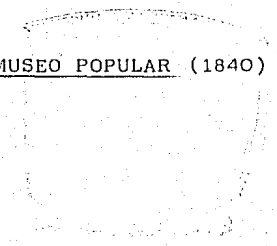


261  
26

Facultad de Filosofía y Letras

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA  
MEXICO

LOS CUADROS COSTUMBRISTAS EN EL MUSEO POPULAR (1840)



\* 1989 \*

SECRETARIA DE  
EDUCACION PUBLICA

Tesis que para obtener el título de  
Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas

presenta

ROSA MARIA PIÑA DEL VALLE

FALLA DE ORIGEN

MEXICO

1989



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N T R O D U C C I Ó N

## INTRODUCCION

La elaboración de esta tesis se debe, en primer lugar, a mi gran interés por nuestra literatura, particularmente la de la primera mitad del siglo XIX, que, como sabemos, gran parte de ella está por estudiarse en los riquísimos acervos de la Hemeroteca Nacional. En segundo lugar, la literatura del siglo XIX está poco difundida, y en un momento dado este tema: "Los cuadros costumbristas en El Museo Popolar (1840)", es un trabajo que aporta un pequeño capítulo de nuestra literatura nacional.

Por otra parte, el acercamiento a las publicaciones periódicas permite afirmar que todo el siglo XIX es una constante lucha para encontrarse a sí mismo y para reafirmar su propia nacionalidad. Desde nuestro presente, puede decirse que conociendo el pasado nos explicamos mejor el presente y podremos, quizá, avizorar el futuro.

A sólo cuatro años de la declaración de independencia de Texas (1836), México vive tensiones políticas muy graves que ponen de manifiesto las emociones propias de una nacionalidad incipiente, de una lucha por mantener "lo propio", y de definir "lo mexicano", que en esa década que empieza habrá de ponerse a prueba.

En ese mismo año (1836) Guillermo Prieto, con sus compañeros de estudio - Manuel Tossiat Ferrer, José María y Juan N. Lacunza - fundan la Academia de Letrán, institución que habrá de ser el medio eficaz en el que surgiera El MP, publicación que dio el gran paso trascendente hacia la emancipación de nuestra literatura.

Los editores de esta revista, Guillermo Prieto y Camilo Bros, no llegaron a concretar sus objetivos principales de emancipar la literatura mexicana, de educar y mejorar la cultura en general de los jó-

venes y de despertar la necesidad de un cambio definitivo en la sociedad, y no llegaron a realizarlos por el sólo hecho de que la situación en que vivía el país se los impidió: subidas y bajadas de poder, enfrentamientos internos en el país, independencia de Texas, guerra de los pasteles (intervención francesa), intervención norteamericana.

Pero el esfuerzo realizado por El MP no fue en vano ya que a partir del llamado Segundo Romanticismo Mexicano, o sea 1849, -terminada la intervención norteamericana-, el Liceo Hidalgo continúa esta labor cultural que se difunde, con algunos intervalos, hasta el último tercio del siglo XIX.

La preocupación social y cultural - y en especial, literaria- de Prieto no es una pose política, sino una meta que mantuvo durante toda su vida, como puede comprobarse en su obra, siempre apoyada en el ejercicio de un liberalismo auténtico.

Para la mejor comprensión de los objetivos de El MP, he presentado un marco histórico y cultural, a través del cual puede apreciarse el gran valor del joven Guillermo Prieto, ante los problemas políticos, económicos y sociales, para llevar adelante su empeño editorial.

A través de los cuadros costumbristas y de los ensayos morales que publica El MP, podemos observar el contexto social en el que vive el México de la primera mitad del siglo XIX. Historia, literatura y sociología parecen hermanarse más que nunca para darnos un marco que nos permite comprender la ideología de los hombres que con mayor luz pretendieron lograr un México mejor.

Los temas de los cuadros costumbristas se centran en: el amor y los convencionalismos sociales; las festividades sociales religiosas

y familiares; las costumbres en el galanteo; la política no es para todos; los defectos sociales observados en un día domingo; conceptos de la mujer soltera en el siglo XIX; el campo opuesto a la ciudad.

En el ensayo moral sus temas centrales son: la conducta social de las mujeres parisinas; las normas que debe seguir la mujer del siglo XIX para ser virtuosa; las normas que debe seguir un hombre casado; la edad, secreto de las mujeres; el amor de la querida y de la novia, y el arte de la conversación.

Como se ve, en los temas centrales de ambos géneros se puede vislumbrar que El MP aparte de que es una publicación nacionalista y liberal, también tiene matices morales y a la vez costumbristas en el que su objetivo es educar criticando, de modo que la sociedad como grupo y como individuo pueda verse en cada cuadro.

\_\_\_\_\_ Dedicó un capítulo a la definición de El MP,<sup>3</sup> me ha parecido importante anexar el índice general de la revista, con una clasificación genérica. Esto permitirá apreciar otros intereses de la revista, así como la nómina completa de sus colaboradores.

Dado que la mayoría de los textos comentados en este trabajo son inéditos, he incluido un apéndice con todos ellos- cuadros costumbristas y ensayos -, para facilitar la comprensión de mis análisis.

C. U. a 26 de septiembre de 1989

R.P.V.

E S T U D I O

## I. CONTEXTO NACIONAL EN EL QUE SURGE EL MUSEO POPULAR

### 1. Hechos históricos

La realidad mexicana de los primeros treinta años del siglo XIX corresponde al deseo y a la realización de la independencia del país, cuyo espíritu empieza a enriquecerse al finalizar el siglo XVIII, estimulado no sólo por las ideologías europeas, sino también por el ejemplo dado por las colonias que en América inician su emancipación política; el modelo más cercano fue el de las colonias inglesas que hacia 1783 hacen surgir a los Estados Unidos de Norteamérica. En 1821 se independiza México, seguido de Guatemala, Venezuela y Ecuador (1823). Hacia 1824 ya se había consumado la independencia de todo el Sur de América, circunstancia que dio lugar a la configuración de un nuevo mapa político. España só lo conservó a Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

La estabilización del gobierno mexicano fue lenta y difícil; el país empezaba a aprender a gobernarse y a manejar su independencia; tuvo que luchar con los intereses creados, con deudas económicas, con los intereses personales que habían sido afectados, etcétera. A los diecinueve años de la consumación de la Independencia, buyen en el país las ideas liberales y los afanes por mantener la independencia política, pero también por encontrar la propia identificación. Es el momento en el que se suceden acontecimientos muy importantes para el destino de México: 1822, Iturbide es coronado emperador y en 1824 es fusilado, y se restablece la República. Este mismo año se jura la Constitución de 1824 y se impone como religión única el catolicismo, y Guadalupe Victoria se convierte en el primer presidente. En 1827 se publica el primer decreto de expulsión de los españoles, con graves daños materiales para el



país. En 1829 Guadalupe Victoria es mandado fusilar por Anastasio Bustamante. En 1833 sube al poder por primera vez -lo habría de hacer once veces- Antonio López de Santa Anna.

En la primera mitad del año 1835 dos formas de gobierno republicano pugnan entre sí: Federalismo y Centralismo. El gobierno conservador de Santa Anna suprime la Constitución de 1824 e impone el Centralismo; esto convierte a los estados federales en departamentos y reduce el poder de los gobernadores. Los tejanos hablan de su independencia y forman un gobierno provisional. Los norteamericanos toman preso a Santa Anna, quien firma un convenio en el que se compromete a no volver a tomar las armas contra Texas y a influir sobre el gobierno de México para no reanudar la guerra y reconocer la independencia de Texas. En 1836 la independencia de Texas es proclamada y firmada por:

48 norteamericanos, 10 europeos, 3 traidores: Lorenzo de Zavala, ex-ministro, ex-gobernador y gran concesionario de tierras en Texas, J. Antonio Navarro y Francisco Ruiz. Eran los libertadores de Texas.

El país no acaba aún de superar la crisis sufrida por Texas cuando Francia exige que se le paguen indemnizaciones por las pérdidas sufridas por algunos franceses durante los movimientos políticos que había padecido el país. Además, pide privilegios comerciales.

El 22 de noviembre de 1837 la Ciudad de México <sup>padecer</sup> el temblor de Santa Cecilia,

cuando la tierra se hacía como un hombre ebrio; las piedras se chocaban; las fuentes derramaban sus aguas; las campanas sonaban solas; las gentes aullaban pidiendo de rodillas misericordia; los sacerdotes se postraban besando la tierra, y los cuadrúpedos, temblando, espantados, abrían sus patas para apoyarse mejor.<sup>2</sup>

En 1838 Francia bombardea Veracruz, y México paga excesivamente hasta las más pequeñas deudas; ~~e/~~ los extranjeros piden indemnización como "víctimas" de las revueltas.

En marzo de 1838 estalla la guerra contra Francia, a la que se llama también, burlescamente, "guerra de los pasteles", por la reclamación de un pastelero francés.

En 1839 se firma el convenio de paz y México se compromete a pagar las deudas francesas.

Como se ve, la situación es realmente caótica, el país queda económicamente arruinado. El presidente Anastasio Bustamante cubre en ese momento el período que va del 19 de abril de 1837 al 20 de marzo de 1839, y actúa con colaboradores centralistas, pero no puede con la oposición de los antiguos estados; para calmar cualquier levantamiento, llama a Santa Anna para ocupar el puesto de vicepresidente:

La administración de Bustamante se apoyó en los poderes locales de los estados, dominados por elementos militares, en el alto clero, principales empleados, propietarios y también en el ejército, que había cuidado de poner bajo un pie muy regular de fuerza y disciplina.<sup>3</sup>

Guillermo Prieto en sus Memorias de mis tiempos, resume así el carácter de este presidente:

Bustamante admiraba el sistema español, y lo que se entiende por tiranía feroz se presentaba a sus ojos como energía y severidad necesaria al bien.../se desentendía de toda cuestión moral y se guía el dictado de las gentes que le rodeaban, pasando por verdaderas atrocidades con la mira de conquistar la paz y el imperio de la ley.../De esto dependía que la administración de Bustamante fuese sangrienta y justamente odiada.④

Antonio López de Santa Anna sube por quinta vez a la silla presidencial para el período del 20 de marzo al 10 de julio de 1839, fecha en la que renuncia por enfermedad. Le suceden Nicolás Bravo (del 10 al 19 de julio de 1839) y nuevamente Anastasio Bustamante (del 19 de julio de 1839 al 22 de septiembre de 1841), quien concluye su mandato para salir a combatir una sublevación del general Santa Anna.

Apartir de 1821, año de la consumación de la independencia de México, y quizá hasta el momento de la Intervención norteamericana (1847), puede hablarse de un período de transición entre la sociedad colonial y la republicana, aunque en la práctica se mantenía el mismo estilo de clases en el que era notorio el enorme contraste económico, social y cultural, ahora matizado con la inseguridad material producto de los altibajos en la política, siempre resueltos con las armas.

Conviene decir aquí que la Ciudad de México, entonces, es pequeña y estaba limitada por el Paseo de Bucareli, los Arcos de Belén, el Canal de la Viga y la calle de Magnolia, y en este período casi

no se construye nada ni se modifica arquitectónicamente. La ciudad, en estos años, conserva aún su imagen dieciochesca con su Mercado del Parián en la Plaza Mayor, llena de colorido, riqueza y peligros de toda índole; con su siempre visitada Alameda, con su Arzobispado y con su Cárcel de la Acordada (5).

## 2. Ciencia, técnica y educación

El siglo XIX se singularizó por sus inventos técnicos y teorías educativas. Estamos, por así decirlo, en el tiempo industrial. Los nuevos científicos aportan los elementos que posibilitarán un prodigioso desarrollo. A continuación hago mención de los más importantes hechos científicos y culturales que a partir de 1800 <sup>hasta 1840</sup> formaron parte del siglo XIX.

### a) Obras que revolucionaron el pensamiento del hombre: \_\_\_\_\_

Son las siguientes: En 1802, Acústica, de Chladni, trata los inicios de la acústica moderna; Relaciones entre lo físico y lo moral del hombre, de Cabanis; Sobre la influencia del hábito en la facultad de <sup>pensar,</sup> de Haine de Bran. En 1807, Fenomenología del espíritu, de Hegel. En 1811, Idea de una nueva anatomía del cerebro, de Bell, En 1822, Accerca de la luz, de Fresnel. En 1824, Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego, de Carnot (segundo principio de termodinámica). En 1825, Prolegómenos de una mitología científica, de Müller. En 1826, Electrodinámica, de Ampere; La educación del hombre, de Froebel. En 1828, Observaciones microscópicas del polen de las plantas, de Brown, (movimiento browniano). En 1829, Lecciones sobre la filosofía de la historia, de Schlegel; Principios de geología, de Lyell; Curso de filosofía positiva, de Comte. En 1835, Lecciones de pedagogía, de Herbart; La democracia en América, de Tocqueville. En 1836, Sobre la variedad

de estructura de las lenguas, de Humboldt. En 1837, Viaje pintoresco y arqueológico en la provincia de Yucatán, de Waldeck.

b) Tratados, teorías y leyes que surgieron durante los primeros treinta y nueve años del siglo XIX: En 1808, Tratado de química, de Berzelius; la teoría atómica de Dalton. En 1822, La teoría analítica del calor y el Tratado de la asociación doméstico-agrícola, de Fourier. En 1827, Ley de las corrientes de Ohm. En 1828, se da a conocer la síntesis de la urea a partir de sustancias inorgánicas de Wöhler. En 1837, surge la teoría celular a través de los trabajos del botánico Schleiden. En 1839, da completa la teoría celular el zoólogo Schwann.

c) — Descubrimientos, inventos y bienes culturales: En 1800, Volta descubre la pila; Goya pinta La familia de Carlos IV y Mme. Staël escribe su ensayo "Acerca de la literatura". En 1808, Gay Lussac investiga sobre la dilatación de los gases; Malus descubre la polarización de la luz. En 1820, Mitscherlich descubre el isomorfismo; Champollion descifra los jeroglíficos egipcios. En 1823, Niepce descubre los principios de la fotografía. En 1824, Ranke inicia la investigación crítica. En 1825, Purkinje describe la vesícula germinativa que lleva su nombre. En 1826, Liebig funda el laboratorio de química en Giessen. En 1827, Von Baer descubre el óvulo de los mamíferos. En 1829, Braille hace conocer su sistema de escritura para ciegos. En 1831, Faraday descubre la inducción electromagnética; Zavala escribe su "Ensayo histórico de las revoluciones de México"; Daumier comienza sus caricaturas. McCormick inventa la segadora mecánica. En 1832, Plateau descubre el principio de la integración del movimiento a partir de imágenes fijas. En 1833, Gaus y Weber inventan el teléfono eléctrico. En 1835, Quetelet escribe su "Ensayo de

la física social" (comienzos de la estadística moderna). En 1836, Pichardo publica el primer diccionario americano de regionalismos; Morse da a conocer su código telegráfico. En 1837, Bessel hace la primera medición de la paralaje de las estrellas; Schleiden, a través de sus trabajos de botánica, descubre la teoría celular. En 1839, Henry descubre la autoinducción; el zoólogo Schwann completa la teoría celular; Goodyear introduce la vulcanización del caucho, y aparecen las primeras daguerrotipias, (6)

Algunos de estos descubrimientos influyen para que EL HP, a través de sus páginas, instruya a la juventud y a sus lectores; algunos de los artículos más importantes, en este sentido, son: "Emigraciones de las aves", "Fabricación del lacre", "Horticultura", "Instrucción pública (Seminario conciliar. San Juan de Letrán; Colegio Seminario)", "Magnetismo animal", "Heterología (Causas de los vientos)", "Hociones generales sobre los egipcios", "Profundidad del mar", "Rarezas que se observan en la historia natural", "Vacuna", todos ellos muy importantes, en cuanto revelan el interés que EL HP tenía de ilustrar a sus lectores y tenerles al día sobre los adelantos de última hora; en el caso de la vacuna, un autor anónimo nos dice:

Convencidos, pues, de esta verdad, claro es, que se deben poner en uso todos los medios posibles para la propagación de la vacuna, y careciendo de ella en muchos pueblos de la república, creemos sería útil tratar algo sobre el modo de propagarla, porque esto podría servir a los individuos que viven en esas poblaciones[...]

Se han inventado varios, pero el mejor y más comunmente usado, es el que se hace por medio de una lanceta o de una aguja que empapada su punta en el pus vacuno, se introduce como a una línea de profundidad paralelamente a la piel, levantando solamente la epidermis => (HP. p.31)

Y también revela el atraso que teníamos entonces: la vacuna fue descubierta<sup>en 1796</sup> por el médico inglés Edward Jenner(1749-1823). Ahora bien, Manuel<sup>José</sup> Quintana(1772-1857), literato y político español, escribe una oda dedicada a la vacuna:

Como en árida mies hierro enemigo,  
Como sierpe que infesta y que devora,  
Tal su ala abrazadora  
Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.  
Miradla abracearse, y cual sepulta  
Allá en la estancia oculta  
De la muerte mis hijos, mis amores.  
Tened, ¡ay!, compasión de mi agonía  
Los que os llamáis de América señores:  
Ved que no basta a su furor insano  
Una generación; ciento se traga;  
Y yo, expirante, verma, a tanta plaga  
Demando auxilio, y le demando en vano. (7)

#### d) Educación

Como bien se sabe, fue hasta el Porfiriato cuando México inició la verdadera organización educativa nacional. El clima de paz y de estabilidad económica permitió ocuparse de los bienes culturales; así lo demuestran las reuniones, congresos, debates que, además de los logros indudables a favor de la educación, mucho revelaron de la preocupación esencial del gobierno por este renglón de la vida nacional. Se logró entonces la uniformidad de los planes de estudio y el laicismo. La figura de Justo Sierra preside estas metas. (8)

Si bien fue hasta el final del siglo cuando la organización educativa fue más propicia, hay que reconocer que la educación fue siempre en México un punto preponderante en todo proyecto político

surgido en el campo liberal. No es ajena a esta preocupación la realidad social y étnica del principio de siglo. Según el Origen de las clases medias, de Miguel Othón de Mendizábal, en la primera década del siglo XIX la Nueva España tenía una población de 5,837,100 habitantes, "rigurosamente separados por las leyes en estratos sociales, de acuerdo con sus categorías étnicas": españoles nacidos en España, 70,000; españoles nacidos en América (criollos), 1,245,000; indios, 3,100,000; negros, 10,000; castas, -----  
 1,412,100. (9)

Fue a instancias de la iniciativa privada que la educación, después de la guerra de independencia, volvió a ser motivo de interés para México.

El 22 de febrero de 1822 quedó fundada en México la Compañía Lancasteriana; sus creadores fueron Manuel Cordoníu, Agustín Buenrostro, Eulogio Villaurrutia, Manuel Fernández Aguado y Eduardo Turreau. En ese mismo año la Compañía pudo fundar la primera escuela con el nombre de El Sol por ser este periódico quien lanzó la iniciativa, El Sol era el órgano oficial del grupo masónico escocés.

El sistema lancasteriano o de enseñanza mutua fue inventado o adaptado por los ingleses Bell y Lancaster para subvenir a la falta de maestros, lo que, puntualmente, ocurría en México por esa época. La organización de esta escuela consiste en que el maestro, en vez de ejercer de modo directo las tareas de instructor, selecciona previamente a los alumnos más aventajados (los monitores), los cuales transmiten después la enseñanza a los demás niños. El papel del maestro en las horas de clase se limita a vigilar la marcha del aprendizaje y a mantener la disciplina. (10)



El buen éxito de las escuelas lancasterianas hizo que se les otorgara subvención pecuniaria. Además, les fueron donados algunos exconventos para el mejor desarrollo de sus sistemas educativos:

En 1840 ocupó la presidencia de la Compañía don José María Tornel. Bajo su gestión, la Compañía hizo progresos muy considerables: aumentó el número de socios, estableció escuelas nocturnas y dominicales, organizó sociedades de señoras, consiguió no pocos donativos y logró interesar al gobierno general y a los gobernadores de los Estados a fin de que suministraran auxilio moral y material a la obra educativa. / Tal fue el éxito de la Compañía que, por decreto del 26 de octubre de 1842, fue erigida ésta en Dirección General de Instrucción Primaria en toda la Nación <sup>(1)</sup>

Será hasta 1870 cuando las escuelas lancasterianas empiezan a decaer, en beneficio de sistemas educativos más ricos y propios a las nuevas necesidades del país. <sup>\*</sup> A los 68 años de haber sido fundada en México, fue disuelta la Compañía Lancasteriana en 1890.

Corresponde, pues, a los años 40 el auge de las escuelas lancasterianas en México.

### 3. Romanticismo y costumbrismo

#### a) El romanticismo

Es un lugar común afirmar que el romanticismo tiene sus orígenes en Alemania, que va a Inglaterra y a Francia y que, con las características que le imponen estos países se difunde por el mundo. Se afirma también que aunque fue un movimiento "genuinamente literario", influyó notablemente sobre todas las manifestaciones artísticas y, desde luego, sobre la vida social y cultural. Se asocian al romanticismo los nombres principales de los alemanes Novalis, Heine,

Brentano, Arnim, Chamisso, Kleist y Uhland, aunque se reconoce la jefatura de los Schlegel; de los ingleses Scott, Moore, Byron, Shelley, Keats, Wordsworth, Coleridge, Bulwer-Lytton, las Brontë y Eliot, y de los franceses Chateaubriand, Staël, Lamartine, Hugo, Musset, Vigny y los Dumas.

Como también ya es sabido, entre las características generales más señaladas del romanticismo se mencionan:

- a) "Lo propio contra lo extraño", como premisa fundamental, de la que habrán de derivar un buen número de actitudes nacionalistas.
- b) Descontento por lo tradicional, actitud que explica un permanente ánimo de libertad.
- c) Lucha de la pasión contra la razón.
- d) Emancipación del yo.
- e) Fantasía extremosa.

Para los fines del trabajo que presento aquí, conviene detenerse un poco en el romanticismo español, porque <sup>de</sup> está él de donde provienen directamente las lecturas que comparten los escritores mexicanos, ya sea de libros o de publicaciones periódicas.

Aunque cronológicamente el romanticismo español pertenece a los difíciles años carlistas (1833-1839), que se inician a partir de la muerte de Fernando VII, su gestación se realiza en los años absolutistas de éste (1814-1833), que dieron lugar a un clima de asechanzas y a una sucesión ininterrumpida de conspiraciones, todo ello favorecedor del ansioso deseo de libertad que habría de culminar en el establecimiento del romanticismo, que en estos momentos, aún no configurado de manera definitiva, pasaba por la categoría de "moda literaria" con su consecuente calidad de efímera.

Todavía por el año de 1839, el romanticismo español era considerado como una consecuencia de los ejemplos franceses.

En 1835 aparece El Artista, primera revista romántica dirigida por Eugenio de Ochoa y por el pintor Madrazo. En sus páginas se precisaron las teorías románticas. Allí se dieron a conocer Espronceda y Zorrilla, entre otros nombres distinguidos. Continuadora de El Artista fue No Me Olvides (1837), defensora a ultranza del romanticismo.

La nómina romántica es amplia; a ella pertenecen, en primer lugar, el crítico Eugenio de Ochoa; Mariano José de Larra, Figaro, ejemplo de romántico puro y considerado como el "primer escritor de su tiempo" y Ramón de Mesonero Romanos, El Curioso Parlante, quien a través de sus "Escenas matritenses", publicadas en 1832 en el periódico Cartas Españolas, cuya segunda serie reunió después en el Panorama matritense, Cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por El Curioso Parlante (escritas entre 1836 y 1842). Los nombres de Larra y de Mesonero Romanos están asociados al costumbrismo, cuyo auge llega a España después de 1840, previo a la novela realista, aunque Mesonero ya había escrito buena parte de su obra, así como Larra, cuya muerte, de claros tintes románticos, llegó en 1837.

En el caso de España, al igual que en el de México más tarde, el romanticismo corre paralelas con su historia. El íntimo y urgente deseo de libertad en cuanto a hechos históricos se refiere, proyecta su influencia en las letras, y lo que se inicia como tono heroico de respuesta a opresiones civiles, termina por hacer alarde en las innovaciones métricas.

El propio Larra habrá de decir:

Si nuestra antigua literatura fue en nuestro Siglo de Oro más brillante que sólida, si murió después a manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en adoradores franceses, y si se vio atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que componemos, toda de verdad, como de verdad es nuestra sociedad; sin más regla que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza, joven, en fin, como la España que constituimos. Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. (12)

Esta necesidad urgente de libertad habremos de encontrarla en la voz de Guillermo Prieto, en el México de los años 40, como veremos más adelante.

b) El costumbrismo

Importan aquí especialmente, los nombres de Larra y de Mesonero Romanos en cuanto mantenedores del género costumbrista como cuadro, es decir, como texto evocador de una circunstancia que, fuera de toda secuencia narrativa o dramática, alude a las formas de conducta reveladoras de los tipos y de las relaciones sociales.

Escenas y tipos proliferan en las publicaciones periódicas españolas. Se trata de un período de transición entre los años activamente románticos y la novela realista con más claras intenciones críticas.

El costumbrismo, en el sentido de cuadro revelador de hábitos sociales, es producto de una mirada sumamente observadora, capaz de un enjuiciamiento <sup>JK</sup>crítico que puede acercarse, en algunas ocasiones, a los tintes caricaturescos. Pero en todos ellos hay una intención de detener, como en una pintura, aquellas cosas que,

por moda o por tradición, el hombre realiza y que el tiempo está empezando a cambiar.

Por los años 40 se inicia en Francia un tipo de cuadros costumbristas dedicados al estudio detallado de un tipo. Se llamaban "fisiologías" y tuvieron gran aceptación entre el público. Pero será después de 1840 cuando los "tipos" predominarán en las letras hispánicas y sus modelos serán urbanos, rurales, populares, etc.

Desde luego, en la vida del cuadro costumbrista no sólo tomaron parte las experiencias y los testimonios personales de los escritores, ellos también se inspiraron en autores de los Siglos de Oro y en fuentes no españolas, entre ellas la del francés Victor Joseph Etienne de Jouy (1764-1846) y de los ingleses Joseph Addison (1672-1719) y Richard Steele (1672-1720).

El indudable valor histórico, que no sólo literario, de los cuadros, radica especialmente en la revelación de las formas evolutivas de la sociedad española, que no siempre son recogidas por la historia. Lo mismo podríamos decir del cuadro costumbrista mexicano que, al igual que el español, se aferra a las clases medias y se desarrolla en la prensa periódica, entonces incipiente en el México del segundo tercio del siglo XIX.

### c) El romanticismo en México

Para una mayor precisión hay que hablar del llamado "primer romanticismo mexicano", es decir, al que va de la fundación de la Academia de Letrán, en junio de 1836, a la del Liceo Hidalgo, en julio de 1850.

Este "primer romanticismo mexicano" está asociado a la gran figura de Guillermo Prieto quien, a través de periódicos y revistas

intentó dar forma y cohesión al espíritu que a partir de la independencia mexicana, buscaba una realidad tangible en la cultura nacional. Guillermo Prieto no sólo participa activamente en las letras, sino también en la política. Fue el romántico y el costumbrista por antonomasia y así se le identificó hasta llegado el día de su muerte (1897). Sus Memorias de mis tiempos recogen a plenitud sus observaciones de los años románticos y, desde luego, de la fundación de la Academia de Letrán. Vestimentas y costumbres, arquitectura y paisaje, periódicos y personajes viven en sus Memorias y nos hacen partícipes de todos sus actos. A estos recuerdos tendrá que recurrir quien desee conocer la primera mitad del siglo XIX, pese a los inevitables tonos coloquiales y emotivos que impulsan sus páginas.

Comparten los años románticos: Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851), reconocido autor teatral; Fernando Calderón (1809-1845), dramaturgo y poeta; Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), poeta lírico y dramático, y, desde luego, Ignacio Ramírez (1818-1879), quien a sus dieciocho años solicita participar de la Academia con su famosa tesis: "No hay Dios", para hablar solamente de aquellos escritores que, hacia 1840, integraban el mundo romántico mexicano.

Este primer romanticismo también mantiene una línea clásica fortalecida por los que habrá que considerar siempre como los maestros de esta generación. La línea clásica está representada por Alejandro Arango y Escandón (1821-1883), jurista y diplomático, y José Sebastián Segura (1822-1889), traductor del latín, del griego y del alemán.

Sólo para cerrar lo que se ha llamado el "primer romanticismo",

hay que decir que el Liceo Hidalgo fue fundado para continuar la labor cultural iniciada por la Academia de Letrán, labor que pudo continuarse hasta que las guerras internas lo permitieron, y el gobierno de José Joaquín de Herrera le dio su protección. Su primer presidente fue Francisco Severo Maldonado. Su órgano de difusión fue La Ilustración Mexicana (1851-1855). La guerra de Reforma obligó a suspender las actividades del Liceo Hidalgo.

Esta bandera cultural y nacional fue retomada en 1867<sup>1/2</sup> a la muerte de Maximiliano<sup>1/2</sup> por Ignacio Manuel Altamirano en sus veladas literarias. En 1869 publica El Renacimiento donde manifiesta su espíritu nacionalista y, en busca de una auténtica restauración cultural de la República, reúne a liberales y conservadores.

La última presencia del nacionalismo en el periodismo nacional está representada por El Renacimiento (1894), de Enrique de Olavarría y Ferrari, cuya obra, enriquecida no sólo en posibilidades materiales, sino en conceptos, parece dar culminación a la iniciada por Guillermo Prieto y Camilo Bros en El Museo Popular de 1840.<sup>(13)</sup>

Este primer romanticismo, del que no podemos aislar el nombre de José María Heredia (1803-1839), el ilustre cubano editor del primer periódico literario mexicano: El Iris (1826), este romanticismo -repito- se nutre considerablemente de la literatura europea, misma que aparece en las publicaciones periódicas del momento, en las cuales también habremos de encontrar el espíritu de libertad entendido no sólo como independencia política, sino como búsqueda de una identidad propia, de un concepto propio de nuestra nueva realidad, la mexicana. En esta búsqueda se intenta el retrato de la sociedad, y se pretende ofrecerle caminos sobre todo a una naciente clase media que aún no encuentra su ubicación exacta. No otra cosa

son los cuadros costumbristas y los ensayos morales: ofrecedores de un retrato sumamente útil para que la sociedad se conozca, y de normas deseables para ser mejores, aunque el tono y los temas no sean tan ajenos al romanticismo europeo.

En las páginas de El Año Nuevo (1837-1840), recopilador de la obra de la Academia de Letrán, podemos encontrar una activa vida literaria en la que aparecen de manera sobresaliente los nombres de José María Lacunza, José Joaquín Pesado, José Ramón Pacheco, Ignacio Rodríguez Galván y Joaquín Navarro, como autores de piezas ya logradas y aprobadas por los integrantes de la Academia.

Asimismo, la presencia editorial de El Museo Popular en 1840, no significa, en este sentido, sino la continuidad de un proyecto permanente de publicaciones que habrían de coadyuvar en el ejercicio cultural de una nación, si bien incipiente, pero deseosa de lograr una identificación propia.

#### d) El costumbrismo en México

El costumbrismo en México a principios del siglo XIX, prácticamente no existía; así lo establece Guillermo Prieto en su ensayo: — "Cuadros de costumbres" que publicó en la Revista Científica y Literaria (1845-1846), allí hace un recuento reflexivo de los acontecimientos y circunstancias que obligaron a la literatura mexicana a quedarse estacionada. Dada la importancia de este ensayo, me detendré a comentarlo más adelante.



## II. LETRAS NACIONALES

1. Los maestros

Durante el primer tercio del siglo XIX fluye por toda América la corriente romántica, acompañada de un ideal de libertad, único camino hacia el encuentro de la propia identidad, cuya búsqueda es la consecuencia natural de una independencia política, que también desea una independencia cultural en el sentido de una <sup>c/3</sup> expresión propia.

Quizá la mejor muestra poética de estos ideales y de estas intenciones es la "Alocución a la poesía", silva de Andrés Bello, en la que el poeta llama a la poesía para que deje a la vieja Europa y acuda al llamado de los poetas de América:

Divina poesía,  
tú, de la soledad habitadora,  
 .....  
tiempo es que dejes ya la culta Europa,  
que tu nativa rustiquez desama,  
y dirijas el vuelo adonde te abre  
el mundo de Colón su grande escena.  
 .....  
Tiempo vendrá cuando de ti inspirado  
algún Harón americano, ¡oh diosa!  
también las mieses, los rebaños cante,  
el rico suelo al hombre avasallado,  
y las dádivas mil con que la zona  
de Febe amada al labrador corona:  
donde cándida miel llevan las cañas,  
y animado carmín la tuna cría,  
donde tremola el algodón su nieve,  
y el ananás sazona su ambrosia;

de sus racimos, la variada copia  
rinde el palmar, de azucarados globos  
el zapotillo, su manteca ofrece  
la verde planta da el añil su tinta,  
bajo su dulce carga desahícese  
el banano, el café el aroma acendra-  
de sus albos jasmínes, y el cacao  
cuaja en urnas de púrpura su almendra (14)

(14) El pensamiento de Andrés Bello no es único en la América hispánica; igual pensaban y decían otros ilustres americanos, como el argentino Juan María Gutiérrez (1809-1878), o el chileno José Victorino Lastarria (1817-1888), aunque habrá que reconocer que las ideas relativas a la realidad social reflejada en la literatura provienen de Madame de Staël y llegan a América en la palabra escrita de Mariano José de Larra, y de aquí surge el llamado de Bello, aunque, como es natural, está enriquecido con la circunstancia política de la América, que en el principio del siglo XIX estrenaba su libertad, y estaba urdida de su propia identificación y de su propia expresión. (15) En el caso de México, estas ideas viven a partir de la consumación de la Independencia, pero habrán de encontrar una plena realización hasta los años posteriores al Segundo Imperio, obedeciendo al llamado de Ignacio Manuel Altamirano

a) Figuras sobresalientes

El Diario de México (1805-1817) es la publicación que puede considerarse el lazo de unión entre el periodismo colonial y el independiente. En sus páginas escriben los poetas neoclásicos y figuran allí composiciones religiosas, amorosas, satíricas y bucólicas de

los miembros de la Arcadia Mexicana, como fray Manuel Martínez de Navarrete, Anastasio de Ochoa, José Manuel Sartorio, Juan H. Lancunza, Francisco Sánchez de Tagle, Mariano Berazábal, Sánchez de la Barquera <sup>entre</sup> otros. (16)

Se trata de escritores cultos y de formación clásica, humanistas y, en su mayoría, religiosos. Su obra pretende la resurrección de la poesía grecolatina, pero su academismo no les permite dar salida a emociones de mayor vuelo. El sometimiento a cánones retóricos estrictos limita la inspiración de estos poetas, aunque su cuidado y pulcritud de expresión siempre serán dignas de elogio.

Los años que inician el siglo XIX presencian los esfuerzos insurgentes y la lucha de los monárquicos; ambos grupos coinciden y en ambos bandos destacan figuras muy importantes para la literatura nacional, tal es el caso de José Mariano Beristáin de Souza (1756-1817), adicto al trono, a quien debemos la importantísima Biblioteca hispano-americana septentrional. Catálogo y noticia de los literatos que, o nacidos, o educados o florecientes en la América septentrional española, han dado a luz algún escrito o lo han dejado preparado para la prensa. Este catálogo contiene noticias de 3,697 autores y el primer tomo apareció en 1816.

En el grupo de escritores cultos, seguidores de una línea neoclásica, hay que nombrar especialmente y en primer lugar a fray Manuel Martínez de Navarrete (1766-1809), Anastasio María de Ochoa (1783-1833), Joaquín H. del Castillo y Lanzas (1781-1878), Andrés Quintana Roo (1787-1851), Francisco Manuel Sánchez de Tagle (1782-1847) y Francisco Ortega (1793-1849). Entre ellos, Quintana Roo y Francisco Ortega participarán activamente en la Academia de Letrán.

En el grupo de los clásico-románticos, con una obra mayor y de

mejor calidad, están José Joaquín Pesado (1801-1861) y Manuel Carpio (1791-1860), ambos participantes de la Academia de Letrán.

Estos maestros habrán de orientar a la juventud que, deseosa de una expresión propia, escribe sin mesura, pero con entusiasmo y con ideas que pugnan por manifestarse para lograr mayores beneficios a la sociedad mexicana que apenas empieza a serlo.

Guillermo Prieto, espíritu animador de la Academia de Letrán, recuerda a los maestros de quienes recibieron una seria formación:

Carpio y Pesado entraron por nuestras puertas como dignos representantes de la literatura clásica [...]

Pero mucho fue que por la primera vez de un modo científico y concienzudo se abrieran discusiones, se expusieran doctrinas y se fijaran principios, o ignorados completamente, o como supultados en las librerías de algunos sabios. La pintura tristísima que hace el señor Pimentel en su precioso libro intitulado Historia crítica de las ciencias y de las letras en México, es exactísima: sermones de oscuridad incomprendible, versos místicos en los que hay, a veces, verdaderas blasfemias; saluciones a los monarcas que se sucedieron en España; frías imitaciones de los poetas latinos o españoles; tal era el vasallaje de las letras, hasta que a principios del siglo actual, Navarrete y Tagle aparecieron como circuidos de una aureola feliz para las letras. (17)

Estos escritores, de profunda raigambre humanista, ayudarán en su iniciación a la nueva generación de escritores ya plenamente románticos, que habrán de buscar <sup>nuevos</sup> instrumentos el camino hacia su propia expresión, y que habrán de reunirse más tarde en la Academia de Letrán.

Sin interés particular en grupos colegiados, pero sí coincidentes en el espíritu liberal y en la búsqueda del afincamiento de

una definitiva personalidad mexicana, hay que mencionar algunos nombres que viven estos mismos años y cuya presencia en las letras y en la política tienen resonancia americana:

José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), autor de El Periquillo Sarniento, cuya <sup>obra</sup> novelística y periodística fue una permanente lucha por la libertad en el más amplio sentido, y fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), quien en su obra Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, escribió la primera historia de la insurgencia, y fue publicada en Londres en 1813. Sus ideales libertarios matizaron su vida que, por aventurera, podemos calificar de romántica.

#### b) La Academia de Letrán

La Academia de Letrán fue fundada en junio de 1836, en el seno del Colegio de San Juan de Letrán, del cual era maestro José María Lancunza (1809-1869), y tertulianos de su celda Juan Nepomuceno (1812-1843), hermano de José María, Manuel Tossiat Ferrer (1812 ó 1814) y Guillermo Prieto. Este grupo de cuatro fue incrementado con la presencia de otros: Joaquín Navarro (1802-1851), Andrés Quintana Roo, nombrado de inmediato presidente perpetuo de la Academia, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado <sup>(1801-1861)</sup>, Fernando Calderón (1809-1845), Eulalio Ortega, Francisco Modesto de Olaguibel (1806-1865), Cle- <sup>(1813-1884)</sup> mente de Jesús Munguía (1810-1868), Ignacio Aguilar y Harocho <sup>(1813-1886)</sup>, Ignacio Ramírez (1818-1879) Ramón Alcaraz, Casimiro del Collado (1822-1898), Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851), Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), entre los más importantes de quienes habla Prieto quien, a su vez, expresa los ideales de la Academia de Letrán:

La Academia <sup>7</sup> tuvo aún más alta significación, democratizando los estudios literarios y asignando las distinciones al mérito, sin distinguir ni edad, ni posición social, ni bienes de fortuna, ni nada que no fuera lo justo y elevado.

Y era natural. Nacida la Academia de cuatro estudiantes sin fortuna, y entrando indistintamente en ella próceres y sabios que cedían su puesto a meritorios de oficina, dependientes de librería y vagabundos como Ramírez, se verificaba espontánea una evolución en la que el saber, la luz, la inspiración, y el genio, alcanzaban noble y generosa supremacía.

Tampoco reunión de esta clase había tenido antecedente en México.

Pero, para mí, lo grande y trascendental de la Academia, fue su tendencia decidida a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar. (E)

## 2. Las publicaciones periódicas

México, al emanciparse de España en 1821, no tenía el equilibrio necesario ni la suficiente consolidación nacional. En el período de 1821 a 1867 son frecuentes los enfrentamientos y las luchas civiles, lo que trae como consecuencia un país carente de unidad. Cabe insistir en que México, con esa atmósfera llena de dificultades en la etapa de insurgencia y en los comienzos de su vida independiente, no tenía el clima adecuado para la producción literaria. Algunos escritores realizan su creación literaria dando testimonio de sus preocupaciones políticas. Para 1826 sale a la luz pública El Iris, Periódico Crítico y Literario, primera revista literaria de la época independiente, publicada por tres extranjeros avencindados en nuestro país, los italianos Claudio Linati y Florencio Galli y el cubano José María Heredia. El Iris en su introducción ofrece su contenido a las personas de buen gusto y en especial al bello sexo; además ofrece crítica teatral y literaria. El Iris se distinguió por su intromisión en asuntos políticos, ya sea de política externa como interna del país, dando a la revista un matiz un tanto nacionalista y liberal. Para 1836 se funda en México la Academia de Letrán, institución en la que germinan tres de las más importantes revistas que dieron gran impulso para que nuestro país llegará a tener la necesaria consolidación cultural y nacional.

Las revistas que sobresalen y surgen con los ideales de la Academia de Letrán son: El Año Nuevo, El Museo Mexicano y El Mosaico Mexicano. Es preciso decir que hay otras revistas con los mismos intereses de la Academia de Letrán, aunque las mencionadas son las que encabezan el grupo, por ese motivo me referiré a ellas con al-

gún detenimiento, especialmente porque en ellas colaboró Guillermo Prieto, escritor importantísimo no sólo en estas tres revistas sino en toda la literatura del siglo XIX.

El Año Nuevo. Presente Amistoso. Periódico Semanario de Literatura, Ciencias y Variedades (1837-1840). Fue el primer órgano directo que la Academia de Letrán tuvo para aportar sus trabajos:

La Academia, o más propiamente dicho, Rodríguez Galván, publicó tres tomitos con el título de Año nuevo, en 1837, 1838 y 1839, que quedaron como recuerdo de los trabajos literarios que he recorrido, y que tendrán su importancia el día que se quiera emprender fundamentalmente el estudio de la literatura nacional. (19)

Actualmente es casi imposible hallar El Año Nuevo, sólo encontré un tomo (1838) en CONDUMEX. Entre sus colaboradores destacan, además de Prieto: Isidro Rafael Condra, José María Lacunza, Juan N. Lacunza, Antonio Larrañaga, Joaquín Navarro, I. R. Pacheco, José Joaquín Pesado, Ignacio Rodríguez Galván y Manuel Tossiat Ferrer.

El Mosaico Mexicano. Colección de Amenidades Curiosas e Instructivas. Siete volúmenes editados por Ignacio Cumplido. Fue órgano literario de uno de los grupos en que se dividió la Academia de Letrán. Colaboraron en él: Camilo Bros, José María Bustillos, Fernando Calderón, Vicente Calero Quintana, Manuel Carpio, José Bernardo Couto, Casimiro Collado, el conde de la Cortina, Luis de la Rosa, Felix María Escalante, Isidro Rafael Condra, José María Heredia, José María Lacunza, Juan N. Lacunza, José María Lafragua, Antonio Larrañaga, Juan Nepomuceno Bolaños, Manuel Orozco y Berra, Manuel Payno, José Joaquín Pesado, Guillermo Prieto, Ignacio Rodríguez Gal-



ván, José María Tornel y Manuel Tossiat Ferrer.

El Museo Mexicano o Micelánea Pintoresca de Amenidades Curiosas e Instructivas (1843-1846). Cinco volúmenes editados por Ignacio Cumplido. Es una revista con personalidad enciclopédica, dedicada a la instrucción pública. Entre sus colaboradores se encuentran, además de Prieto, Ramón I. Alcaraz, Alejandro Arango y Escandón, Casimiro Collado, José de Jesús Díaz, Manuel Díaz Mirón, Félix María Escalante, Francisco Granados Maldonado, José María Lacunza, José María Lafragua, Juan N. Navarro, Juan Nepomuceno Bolaños, Manuel Orozco y Berra, Manuel Payno, José Joaquín Pesado, José María Roa Bárcena, Manuel Sánchez de Tagle, Vicente Segura, José María Tornel, Pablo J. Villaseñor.

Otro grupo de revistas no menos importantes, es el que presento a continuación y que se distinguen por dedicarse a un tema en especial: El Apuntador (1841) se dedica a la crítica teatral, la cual educa a sus lectores por medio del teatro. El Apuntador fue fundado por José María Lafragua y Casimiro Collado; entre sus colaboradores <sup>7</sup> destacan: Casimiro Collado, José María Lafragua, José Joaquín Pesado y Joaquín Pérez Comoto.

El Duende (1839). Periódico, político, un tanto sarcástico, con ciertos matices nacionalistas. La mayor parte de sus colaboraciones están firmadas por seudónimos, ya que algunos artículos son demasiado comprometedores. Los colaboradores de El Duende son los siguientes: La Bruja Tumba Burros, El Censor, Un Colegial, El Corneta, El Cosmopolita, El Duende, El Duende Avispa, Pedro Fernández del Castillo y Luisa Moctezuma.

El Recreo de las Familias (1838). Revista que sólo duró seis meses, reproduce obras de escritores españoles: Manuel Bretón de los Herreros, Alberto Lista, Lope de Vega, Eugenio de Ochoa y los mexicanos: Joaquín Navarro, Manuel Orozco y Berra, Guillermo Prieto, Manuel José Quintana y Concepción Rodríguez.

Repertorio de Literatura y Variedades (1840-1842). Revista que ilustra a sus lectores por medio de artículos remitidos -europeos-; la mayoría de las colaboraciones son de índole literaria. Firman: Manuel Bretón de los Herreros, <sup>4º</sup> Calderón de la Barca, José del Castillo y Ayensa, <sup>José de</sup> Espronceda, Juan Nicasio Gallego, Manuel Garay, Enrique Gil, Luis de Gongora, Juan Eugenio Hartzenbusch, José Jefe de Villa, Ramón de Mesonero Romanos, Eugenio de Ochoa, Mariano Roca de Togores, Antonio Rodríguez de Zepeda, José Zorrilla, los cubanos José María Heredia y José Jacinto Milanés, y el mexicano Ignacio Rodríguez Galván.

El Zurriago Literario (1839-1851). Es la primera revista de crítica literaria, bajo la dirección de don José Justo Gómez de la Cortina; historiador, literato, filólogo, lingüista y científico, era la persona adecuada para llenar el vacío que faltaba en el área de la crítica. En sus artículos podemos ver que El Zurriago revela su repulsión hacia el movimiento romántico al que critica. Entre sus colaboradores se encuentran: Manuel Bretón de los Herreros, Fernando Corradi, José Miguel Fajardo, Pedro Gualdi, Alberto Lista, Pedro Orive y Vargas, José Somosa. Se incluye un ensayo de Alejandro de Humboldt. El Zurriago presenta tres etapas: la primera es de agosto de 1839 a enero de 1840; la segunda de abril de 1843 a junio de 1844; la tercera de mayo a noviembre de 1851.

### III. EL MUSEO POPULAR

#### 1. El título

El Museo Popular es un título muy sugestivo y muy revelador. Sugiere la presencia de todo aquello que es digno de conservarse y de mostrarse, de todo aquello que tiene un significado, en este caso, dentro de la sociedad. La palabra popular nos obliga a pensar en Guillermo Prieto, poeta máximo de esta vena que ya desde sus principios había mostrado amor por lo genuinamente popular, por lo verdaderamente mexicano, por todo aquello que si bien había recibido una inevitable influencia hispánica, ya era necesario que mostrara su propio estilo y se alejara de toda imitación espiritual, emocional o material.

El subtítulo de la revista reza: Periódico de Ciencias, Literatura y Artes. <sup>JK</sup> Cuatro años de la fundación de la Academia de Letrán, y coincidiendo con la edición de El Año Nuevo, El Museo Popular ya tiene armas suficientes para mostrar obras de valor que llevan el destino de la enseñanza, de la mejoría de la sociedad, especialmente del pueblo. Aquí colaboran no sólo Prieto, indudable editor de esta revista, como lo veremos más adelante, sino también Casimiro del Collado, Manuel Eduardo de Gorostiza, Joaquín Navarro, Ignacio Rodríguez Galván, todos ellos miembros distinguidos de la Academia de Letrán, que con su firma apoyan a Guillermo Prieto en su perpetuo afán de lograr una expresión nacional. El Museo Popular cumple así con su título.

2. Guillermo Prieto y Camilo Bros, editores?

Es conveniente aclarar que El MP nunca pone al descubierto quiénes son sus editores, la razón por la cual considero que no se mencionan, es que no desean comprometerse políticamente ya que el gobierno de Bustamante perseguía a aquellos que opinaban en contra de su gobierno o que dejaban ver un liberalismo de fondo.

Francisco López Cámara dice:

Todo el sistema estuvo hecho para mantenerlo en una ignorancia y un embotamiento permanentes, alejado de la luz racional. Así quedaba cerrado el círculo vicioso que ahogaba a la vida colonial: sin libertades y, por tanto, sin derechos, sin justicia, quedaba amordazada la Razón; y sin las luces de la Razón era imposible apuntalar la vida social dentro de un régimen de derecho, de justicia y de ilustración, con lo cual se daba pábulo a la negación absoluta de libertades.<sup>(20)</sup>

Los colaboradores que más participan en El MP son Guillermo Prieto y Camilo Bros, sus ideas son coincidentes con las expresadas en los textos que firman LOS EDITORES. Esta coincidencia me encamina a afirmar que ellos, Prieto y Bros, son los editores de El MP.

Guillermo Prieto colabora con: seis poesías, dos cuadros costumbristas y una traducción, que son en total nueve piezas.

Camilo Bros colabora con: un artículo, un cuadro costumbrista, un ensayo, un ensayo moral, y tres traducciones, que son en total siete piezas.

Ahora bien, las colaboraciones firmadas por LOS EDITORES' son: un artículo, un ensayo, dos gacetas, que en total suman cuatro piezas.

Un fundamento para demostrar que Prieto y Bros son los editores <sup>el de</sup> ~~es~~ sus ideas personales y liberales. Por ejemplo, Bros presenta las dos caras de la moneda en cuanto cómo se debe de publicar una revista; en la "Introducción" se muestra sincero, su única misión es que el suscriptor lea la revista por propia convicción y no por lo que ésta prometa ser:

He aquí el primer número del Museo Popular; ni recurren sus editores a hipócritas disculpas para que se disimule su incapacidad, ni tienen la pueril preocupación de creer que sus escritos serán acogidos con entusiasmo (El MP, p. 1).

Ahora bien, en su ensayo "Lecciones a un periodista novel", Bros nos presenta esta misma idea, pero usando la ironía:

Promete mucho en tu prospecto, aunque no tengas esperanza de cumplir ni la quinta parte de lo que ofreces; que ante todas las cosas conviene dar al público una idea ventajosa de tu empresa y de ti; y eres perdido si de buenas a primeras te acoges a la indulgencia del público, confesando tu impericia, tu inexperiencia, tu timidez; bien que hagas alarde de imparcialidad, patriotismo, buenas intenciones, desinterés y otras prendas semejantes, porque con tales hipotecas no conseguirás catequizar una docena de suscriptores (El MP, p. 130).

Por su parte, Prieto, en El MP muestra también sus ideales en pro de un México mejor, más propio, más nacional, más libre.

Por otra parte, la reputación liberal de Prieto fue durante el siglo XIX absolutamente indiscutible, así como su identificación con todo lo popular de buena ley, lo cual se confirma en el título de su revista.

Ahora bien, Prieto, el supuesto editor de El MP, escritor de convicciones liberales, se apoya en el Colegio de San Juan de Letrán para criticar al Colegio Seminario y a la instrucción en general; lo primero que juzgó fue el anticuado sistema de la instrucción pública en México. En un conjunto de enérgicos artículos revela los insalubres dormitorios, los textos atrasados, la carencia de cursos de castellano y francés en el Seminario Conciliar. Atacó también los terrenos insanos, los atestados dormitorios y el deficiente curso de literatura del Colegio de San Juan de Letrán. Siguiéron polémicas demasiado acaloradas y comprometedoras, ya que criticó al gobierno:

Al gobierno es a quien debe culparse de que sea arbitrario el reglamento que actualmente rige para el régimen interior del colegio; pues hace algunos años que se remitió a la secretaria de lo interior para su aprobación, sin que hasta ahora se haya recibido contestación alguna. Al gobierno debe culparse de las omnímodas facultades que ejerce el Rector sobre los alumnos y catedráticos. Al gobierno, en una palabra, debe culparse de todos los abusos que en virtud de semejantes facultades puede ejercer el Rector (El MP, p. 58).

Criticó severamente la instrucción que daban los eclesiásticos; a su vez les aconsejaba que se prepararan más para que mejorara la educación:

Nosotros atacamos con desinterés y franqueza los abusos de un establecimiento científico y PÚBLICO respetando debidamente el alto carácter de que están revestidos sus directores, pero el maligno escritor niega que debe darse ilustración a los eclesiásticos, cuando precisamente por ser destinados al noble desempeño de dedicadísimos deberes, convendría que fuera muy esmerada su educación y muy extensos y variados sus conocimientos (El MP, p. 91).

Como resultado de estas controversias bastante acaloradas, en lo que toca a Prieto, fue que la revista dejó de publicarse cuando terminó el primer volumen. Si por un momento nos ponemos a pensar ¿por qué causas los editores de El MP se esconden bajo el anonimato?, ¿por qué dejó de salir El MP?, *pu*edo contestar estas interrogantes, — afirman<sup>do</sup> con seguridad que se debe más que nada a las normas represivas en que vivían los escritores; a pesar de que el gobierno decía que había libertad de imprenta, la realidad era otra: cuando el gobierno encontraba un artículo que no convenía a sus intereses, inmediatamente cerraban la imprenta y encarcelaban a los directores de la misma:

Londres, Septiembre 25 de 1839

"Todas las medidas —dice el New York Evening Post— que ha adoptado Bustamante desde su reasunción de la presidencia, están en oposición directa a la política observada por Santa-Anna. El primero de sus actos fue restituir a la prensa sus derechos y privilegios de que se le había despejado."

Este artículo se lee nada menos que en el Diario del gobierno del día doce, y sin duda lo colocó en su parte de exterior maliciosamente, como hace todas sus cosas, para que se viera cómo piensan en los Estados Unidos y en Europa de D. Anastasio Bustamante y D. Antonio López de Santa-Anna, y cuáles son las comparaciones que se hacen entre el uno y el otro, teniendo a

éste como al tirano de su patria, y aquél como al salvador, al justificado, al protector de los derechos del hombre y del ciudadano. ¿Pues qué dirán en los Estados Unidos y en Europa cuando sepan que la administración de D. Anastasio Bustamante, que su gabinete homogéneo, compacto y liberal, cuando tal apología copia en su diario, acaba de dar el ataque más brusco que pudiera concebirse, a esa misma preciosa libertad de Imprenta de que se proclama restaurador? ¡Qué contraste!...ni somos ni queremos meter tampoco a defensores de D. Antonio López de Santa-Anna, pero a fe que el paso que éste dio contra la libertad de imprenta, en las circunstancias y de la manera que lo hizo, admite algún género de disculpa, al menos para los que opinaban por la causa que aquél sostenía en el gabinete y ¿quién podrá justificar que porque se dicen algunas verdades que amargan, se arrastren a las prisiones no sólo a los responsables, sino a los encargados o administradores de las imprentas como acaba de suceder con el administrador de la del Voto Nacional, y con el responsable de un artículo que le plugó denunciar al gobierno?...D. Antonio López de Santa-Anna dijo: "No haya libertad de imprenta" y éste, si no se quieren considerar sus circunstancias, será en hora buena un atentado, pero atentado que no tiene los horribles caracteres de felonía y de traición. El gabinete compacto, por el contrario, para hacerse de prosélitos, proclamó que restituía a su plenitud la libertad de escribir; y después encarcela, no sólo a los escritores, sino a los encargados de las imprentas. El primer procedimiento es el de un tirano, el segundo el de un tirano también, pero tanto más odioso y detestable cuanto que marca sus acciones con el sello de la hipocresía y del engaño. (21)



### 3. Definición de la revista

El MP es una revista didáctica, miscelánea, literaria y científica. Es didáctica porque se preocupa de instruir al pueblo mexicano, especialmente a través de los cuadros costumbristas, los artículos, y los ensayos.

Es miscelánea porque colaboran diferentes escritores y abordan diferentes temas y géneros, desde los literarios hasta los técnicos y científicos.

Es literaria no sólo en su lenguaje, sino en sus géneros como la poesía, el cuadro costumbrista, el ensayo, el ensayo moral, el ensayo poético y el relato.

Es científica porque se preocupa de dar a conocer los adelantos técnicos y científicos para que los mexicanos tengan conocimiento de ellos, a través de los artículos, y se beneficien con su conocimiento y aplicación.

En el renglón ideológico, El MP es una publicación perfectamente coherente con su momento. Como ya se ha dicho en el marco histórico, la Ciudad de México atraviesa por una crisis que afecta lo económico y lo religioso, lo político y lo social. Guillermo Prieto nos ayuda a definir este cuadro social:

Lo que luchó por caracterizar y no acierto cómo, es la fisonomía de aquella sociedad heterogénea, formada de secciones completas, pero sin relaciones con las demás que formaba conjunto a lo lejos y de cerca se componía de lo más disímulo, por ejemplo: el español con caudal o empleo y protección de Es-

paña y el español antiguo en México, postergado, aunque rico, con sus ínfulas de conquistador. El hijo de español aborreciendo al advenedizo que le quitaba posición social y porvenir; las castas, residuos de todas las miserias y todas las impurezas en las que tenía abrigo el hijo sacrílego y el adúltero, el morisco y el judaizante, y los indios explotados por todos, embrutecidos, degradados, objeto de explotación del fraile y del rico. De esto depende, que así como las cuentas sueltas de vidrio forman imprevistas y preciosas figuras en un caleidoscopio, así las forman estos elementos enumerados, con la diferencia de que en este caleidoscopio que yo finjo, las figuras que aparecen son monstruosas, deformes y rebeldes a toda descripción lógica y racional. (22)

Y junto a este cuadro social, Prieto, editor de El Museo Popular, se detiene en el lugar que la mujer de esos años ocupaba en esta abigarrada sociedad:

El ocio más completo, el desdén más absoluto a la gente baja, la idea más arraigada de que la mujer, al casarse, era la víctima, perdía su libertad y renunciaba al estado perfecto de virgen que la llevaba al cielo; y una ignorancia tal, que en tertulias, y en rezos y viacrucis se elegía una entre cien para que leyera, porque a las demás se les avergonzaba. (23)

Me he detenido especialmente en estas citas de Guillermo Prieto porque en ellas define el contexto que él quisiera cambiar; a través de sus páginas "caleidoscópicas", como él las llama en sus Memorias, conocemos los motivos que lo llevaron con urgencia a publicar El Museo Popular. Prieto es un liberal, es decir, tenía en la conciencia el convencimiento absoluto de la necesidad de dignificar al hombre, porque en el camino de su perspectiva honrada sabía que el hombre mexicano, pobre o rico, español o indio, culto o

ignorante, era bueno. En Prieto latía un reformador, un humanista, ciertamente sin la formación clásica de los llamados maestros de su generación, pero sí con el espíritu de bien que da la nobleza de corazón, y en El Museo Popular, primer eslabón de una gran cadena editorial, Prieto quiere extender su manto de protección y dar un mayor alcance a su pensamiento y a su voz. De allí, de ese pensamiento, parte la condición miscelánea de la revista. Prieto sabe que de lo que se muestre, como en buen "museo", algo se recordará.

El Museo Popular es, pues, una revista de tendencia liberal que a cada momento incita a los jóvenes escritores, y a la ciudadanía en general, a tener y mantener la libertad de razón. Como buen participante de la Academia de Letrán, Prieto insiste en la emancipación de la literatura española y en la creación,  $\leftrightarrow$  y consolidación de la literatura netamente mexicana.

El MP es también anticlerical: sus artículos de instrucción pública critican severamente las normas educativas de estos colegios, como ya lo he comentado anteriormente.

El MP es nacionalista no sólo porque quiere que nuestras letras se emancipen, sino porque lucha por mejorar las instituciones académicas y mejorar la educación familiar, esto implica su condición de revista no sólo valiente sino consciente de su realidad y de las necesidades que urge satisfacer al país, aun a costa de la propia libertad y del señalamiento público.

El HP se convirtió en una palestra polémica sobre la instrucción pública. En sus páginas aparecen interesantes artículos sin firma, o firmados por Los Editores, que apuntan ya a la gran preocupación de México en el siglo XIX: la educación, como he señalado ya en el punto 2 de este capítulo.

Es importante insistir en esta actitud de la revista sobre todo si se recuerda <sup>que</sup> hasta 1853, en el último gobierno de Santa Anna, cuando el Departamento de Instrucción Pública apareció como parte del ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos. Este hecho me permite considerar al Museo Popular como una revista pionera en el interés mayor de la educación en México, *que*, desde luego, es la voz de Guillermo Prieto.

#### a) Objetivos

"He aquí el primer número del Museo Popular; ni recurren sus editores a hipócritas disculpas para que se disimule su incapacidad, ni tienen la pueril preocupación de creer que sus escritos serán acogidos con entusiasmo.

"En todos los países requiere un periodista estudio profundo, tacto delicado en la elección de los artículos que debe ofrecer a la lectura, y perspicaz conocimiento del gusto y de la instrucción del público para quien escribe.

"Por desgracia, nuestra patria no recobró con su gloriosa libertad política, la libertad de la razón y de la filosofía: vegetan aún varios de nuestros sabios en vergonzosa servidumbre, mientras la mayoría de nuestra juventud, más audaz, pero más ignorante, desprecia las cosas sin conocerlas; trae al tribunal de su intolerancia juicio a hombres a quienes se tributa con veneración el incien-

so sagrado de la gloria.

"Por esto es, a nuestro entender, difícil el empeño de escribir en México: hay personas verdaderamente sabias, que acumulan durante su vida entera las riquezas de la instrucción, y que tiemblan como el avaro cuando se les propone que muestren sus tesoros a los demás; conocemos sujetos ilustrados, pero a quienes lastima la reputación ajena, y que parece que se desdeñan de admirar a los demás; hemos visto otros, semejantes al cerdo de la fábula, que concurrió al baile sólo a gruñir; sin embargo, confesamos, en obsequio de la justicia, que hay un crecido número de hombres deseosos de que se propaguen los conocimientos útiles, de que campee la razón sin obstáculos, finalmente de que se funde nuestra felicidad pública por la mano robusta de la sabiduría.

"<sup>Así</sup> Estos dedicamos nuestro periódico; sus columnas están abiertas para todos los que <sup>nos</sup>quieran honrar con sus producciones, y quedaremos suficientemente recompensados cuando escuchemos en los labios de alguno, una doctrina, una máxima, un verso de este periódico, o veamos que han producido alguna utilidad las tareas de los EE. del Museo Popular."

Resuenan en estas palabras las ideas de Guillermo Prieto. El espíritu que campea en las Memorias de mis tiempos, en los ensayos sobre "Instrucción pública" (sin firma en El HP), sobre "El Colegio Seminario" (firmado por Los Editores), es el mismo que vive en esta "Introducción" a la revista.

Inicia el primer párrafo con voz desalentada y un tanto pesimista :

Ni tienen [ los editores ] la pueril preocupación de creer que sus escritos serán acogidos con entusiasmo.

Prieto sabe, porque lo vivió en carne propia, que el México de entonces, y quizá el de siempre, no es un México muy entusiasta ante los esfuerzos o buenos éxitos ajenos, sobre todo porque él sabía que sus propuestas y sus juicios sacudirían la rutina y moverían situaciones que hasta el momento habían dado comodidad a unos con el perjuicio de otros:

Vegetan aún varios de nuestros sabios en vergonzosa servidumbre, mientras la mayoría de nuestra juventud, más audaz, pero más ignorante, desprecia las cosas sin conocerlas.

Tras estas palabras hay que recordar que Prieto tiene entonces 22 años y no ha disfrutado de una educación formal; él es, <sup>el</sup> el mejor de los sentidos, un autodidacta; él ha recibido lo que algunos hombres sabios, como Andrés Quintana Roo, han querido o podido ofrecerle en instrucción o en experiencia de vida, y quizá a él se refiere, especialmente, y a los miembros de la Academia de Letrán, cuando expresa claramente el objetivo principal de su revista:

... sin embargo, confesamos en obsequio de la justicia, que hay un crecido número de hombres deseosos de QUE SE PROPAGUEN LOS CONOCIMIENTOS ÚTILES, DE QUE CAMPEE LA RAZÓN SIN OBSTÁCULOS, FINALMENTE DE QUE SE FUNDE NUESTRA FELICIDAD PÚBLICA POR LA MANO ROBUSTA DE LA SABIDURÍA.

El último párrafo de la "Introducción" es el llamado a los escritores a participar en esta obra. Es ésta la primera vez que sucede

en el periodismo mexicano. No lo hizo así El Iris, de Linati, Galli y Heredia: ellos pretendieron divulgar las letras europeas y

ofrecer a las personas de buen gusto en general, y en particular al bello sexo, una distracción agradable para aquellos momentos en que el espíritu se siente desfallecido bajo el peso de atenciones graves, o abrumado con el tedio que es consiguiente a una aplicación intensa, o a la falta absoluta de ocupación. Lejos de nosotros la idea orgullosa de levantar en El Iris un monumento de gloria literaria a la nación o a nosotros mismos. (24)

(24) Todo comentario sobra. El Iris tenía otro destino. Su primer número apareció el sábado 4 de febrero de 1826 y correspondía claramente a un estrato social al que no llegaban las trifulcas del pueblo; estaba destinado a los que habían huido hacia sus haciendas y allá podían leer tranquilamente, ajenos a todo ruido ciudadano. En El Iris no hay un llamado a colaborar, quizá porque Heredia sabía que los espíritus liberales estaban ocupados en la política y en ella realizaban toda posibilidad creadora. Como bien se sabe, la literatura y la política corrieron hermanadas hasta el final del Segundo Imperio. Será hasta 1869 cuando Ignacio Manuel Altamirano, desde la tribuna de su Renacimiento, haga el segundo llamado a los escritores para trabajar hacia las mismas metas que en 1840 señalaba Guillermo Prieto: la nacionalización de la cultura, la expresión nacional.

Ahora bien, los propósitos de El IRP no se cumplen como sus editores se lo habían propuesto; las mismas circunstancias políticas y culturales del país lo impiden, y aunque la intención de los edito-

res era lograr una literatura mexicana, la verdad era que no había escritores suficientes cuya obra pudiera ser presentada en la revista, así lo demuestran sus páginas en las que no se puede evitar la presencia de los maestros españoles: Mesonero Romanos, Larra, Lista y Ochoa y, desde luego, Hugo y Byron.

Otro aspecto que hay que señalar es la presencia de treinta colaboraciones de autoría anónima, dentro de un total de ochenta y tres colaboraciones firmadas. Las ~~piezas~~ <sup>de</sup> autoría anónima tratan temas ~~de~~ enciclopédicos y, posiblemente, proceden de revistas extranjeras o de la pluma de algunos mexicanos que aún no se atreven a ver aparecer <sup>su nombre</sup> en letra de molde.

#### b) Formato

Para este trabajo he consultado el ejemplar que posee la Hemeroteca Nacional y aunque el volumen está completo, la portada corresponde al número 4 (marzo 10 de 1840).

El formato tiene 14 cm. por 21 cm.

El HP no tiene ilustraciones.

La portada está enmarcada dentro de dos rectángulos a la francesa: entre las líneas <sup>los</sup> de ~~rectángulos~~ hay cuatro adornos florales (en la cabeza, en el pie y hacia los costos). ~~de~~ La información está distribuida de la siguiente manera:

EL/ MUSEO POPULAR ./ PERIÓDICO/ de / CIENCIAS ./ LITERATURA Y ARTES ./ NÚM. 4 . / MARZO 10 DE 1840 ./ TOMO. I . / MÉJICO . / Impreso por J. Ojeda, en las Escalerillas núm. 2.

Cada página está formada a doble columna con foliación corrida, sin registro de entregas, pero cada ocho páginas aparece un número progresivo al pie que parece corresponder a cada pliego (equivalente



a cada entrega). Esta deducción queda confirmada por el siguiente hecho: sólo hay dos entregas fechadas: el número 1 (enero 15 de 1840) y el número 4 (marzo <sup>10</sup> de 1840). Del número 1 al 4 hay 32 páginas, es decir, ocho páginas por cuaderno. De acuerdo con estos datos, he obtenido la siguiente lista de entregas:

NÚMERO	PÁGINA	
1	1	(15 ene. 1840)
2	9	
3	17	
4	25	(10 de mar. 1840)
5	33	
6	41	
7	49	
8	57	
9	65	
10	73	
11	81	
12	89	
13	97	
14	105	
15	113	
16	121	
17	129	
18	137	
19	145	
20	153	

21	161
22	169
23	177
24	185
25	193
26	201
27	209
28	217
29	225
30	233
31	241
32	249
33	257

c) Géneros literarios

1. Artículo . . . . .	26 piezas
2. Gacetilla . . . . .	12 piezas
3. Relato . . . . .	11 piezas
4. Poesía . . . . .	11 piezas
5. Ensayo moral . . . . .	8 piezas
6. Cuadro costumbrista . . . . .	7 piezas
7. Ensayo . . . . .	4 piezas
8. Ensayo poético . . . . .	3 piezas
9. Biografía . . . . .	2 piezas

Artículo: Los textos clasificados en este género son abundantes y coinciden en un estilo directo claro, informador que, trata temas científicos, técnicos, históricos, de preocupación educativa o de

curiosidades en general. Diecisiete de estos artículos carecen de firma y es probable que procedan de revistas europeas. Camilo Bros colabora con un artículo sobre "aerografía".

Gacetilla: He incluido en este "género" las noticias breves, anécdotas, anuncios, esquelas, dichos, <sup>poemas,</sup> Aproverbios, etc., todo ello redactado en pocas líneas que permiten aprovechar los espacios blancos. La presencia quizá excesiva de estas piezas nos revela dos cosas, primero: la carencia de materiales con la consiguiente necesidad de textos de "relleno", situación explicable por la circunstancia política del país, ocupada en constantes revueltas; y segundo, la falta de escritores, o de periodistas profesionales, en un contexto social, cultural inevitablemente pobre.

Relato: De los escritores mexicanos, sólo José María Andrade colabora con tres piezas, con una el español Eugenio de Ochoa, con una L. G. Bravo cuya identificación no pude esclarecer, y seis relatos anónimos. Predomina el tema oriental, y sólo un relato trata el tema amoroso.

Poesía: Como ya lo he dicho, Prieto colabora con seis poemas; le sigue Casimiro Collado con dos, y Vicente Calero Quintana e Ignacio Rodríguez Galván con una cada uno. Se trata de poesía romántica con temas alusivos a la libertad, la soledad, la ilusión y las penas amorosas.

Del ensayo moral y del cuadro costumbrista me ocuparé en la parte central de esta tesis.

Ensayo: Si hemos de enunciar el ensayo como una meditación escrita en estilo literario, en El MP he recogido cuatro piezas de este género. Las firman Bros, Rodríguez Galván, Lista y Aragón y Los Editores. Bros aporta consejos editoriales, Rodríguez Galván y Lista co-

mentan sobre teatro, sus objetivos y su expresión dramática. Los Editores se ocupan de la "Introducción" a la revista y nos dan a conocer sus metas.

Ensayo poético: Es éste una meditación que lleva la huella personal, particular e íntima de su autor: pensamientos, imágenes, sentimientos expresados en lenguaje poético, pero carente de rima y de metro. Aquí he recogido las obras de Ossian y de Lord Byron, además de un autor anónimo.

Biografía: Sólo dos publica El HP y cumplen un objetivo informador sin mayor cuidado de lenguaje. Una está dedicada a Bacon y la otra a la actriz <sup>y copano</sup> María Napoleona Albini de Vellani, *quien había estado en México en 1836.*

IV. LOS CUADROS COSTUMBRISTAS EN EL MUSEO POPULAR1. Definiciones

Dos tipos de textos, con los mismos intereses y con los mismos fundamentos, pero tratados de diferente manera, aparecen en EL IIP. La intención que los une es la moral social aplicada a las costumbres. Me refiero a los cuadros costumbristas, motivo de esta tesis, y a los ensayos morales. De los cuadros costumbristas me ocuparé en este capítulo y para obtener de ellos algunas conclusiones he tenido en cuenta dos aspectos: a) Los conceptos implícitos en la intencionalidad de los textos que aquí comentaré, y b) La expresión genérica en la que caben esos conceptos o sean los cuadros costumbristas.

a) Conceptos

1) La palabra moral se deriva del latín mores: costumbre, y alude a las reglas de conducta de los hombres, así como a la propia conducta y a todo lo que se refiere a las relaciones de los hombres consigo mismos y con la sociedad:



A diferencia del derecho, que tiene que ver también con la esfera de las relaciones mutuas entre los hombres, la moral no se apoya en la coerción por el Estado, sino que se basa en la fuerza de la opinión pública y habitualmente es observada en virtud del convencimiento.

.....

El concepto de moral se perfecciona constantemente al modificarse de ~~una~~ época en época. (25)

Habrá que aceptar que la moral está íntimamente ligada a cada clase social. Tradicionalmente lo moral se opone a lo inmoral y a lo amoral:

Lo moral es en tal caso lo que se somete a un valor, en tanto que lo inmoral y lo amoral son, respectivamente, lo que se opone a todo valor y lo que es <sup>in</sup>diferente al valor.

.....

Hegel distingue entre la moralidad subjetiva (Moralität) y la moralidad objetiva (Sittlichkeit); la primera se refiere al cumplimiento del deber por la voluntad; la segunda, a la fijación de las normas, leyes, costumbres, al espíritu objetivo en la forma de la moralidad. (26)

2) En el caso particular de costumbres, Ferrater Mora dice que se llaman así a :

— los hábitos adquiridos por el hombre y por los cuales se desarrollan de un modo peculiar todos sus actos o una parte de ellos. La significación psicológica de las costumbres se refiere principalmente al carácter adquirido de estos actos en el curso de sucesivas acomodaciones o por mera repetición de acciones espontáneas libres; la significación ética, más general,

se refiere al carácter moral de las costumbres por el cual su doctrina ha llegado a adquirir el sentido de ciencia de la moralidad. Según esto, las costumbres son el conjunto de actos que se organizan objetivamente como producciones del espíritu subjetivo y que llegan a erigirse en un sistema de normas consideradas como universalmente válidas por este mismo espíritu. (17)

3) El tercer concepto que aquí se manejará es el tradicionalismo, del cual Ferrater Mora dice que:

— es en general, la tendencia a estimar la tradición en cuanto conjunto de formas transmitidas en el curso de la historia pasada. (18)

#### b) El género

Se ha aceptado que el cuadro costumbrista español —del cual inevitablemente procede el cuadro costumbrista mexicano—, es el testimonio de la transición, del cambio sufrido por España entre los días aciagos del régimen despótico de Fernando VII y la inmediata guerra civil. Los escritores costumbristas, vigilantes de su contexto y de su historia, dan fe de todo cambio que transforma no sólo las relaciones entre los hombres, sino también su marco arquitectónico o su paisaje; todo esto acompañado de una cierta nostalgia por algo que se va, algo que por el cambio mismo, ya no puede permanecer. En los cuadros costumbristas palpita la vida nacional, y el detalle histórico o cronológico sólo proporciona el ambiente que permite la referencia específica en el tiempo. Los escritores manejan el cuadro costumbrista a través de dos recursos: los tipos y las es-

cenos, y tienen su auge después de 1840, y su difusión mayor se logra en el Seminario Pintoresco (Madrid, 1836), que no sólo introduce en España las ilustraciones, sino que permite la divulgación de los cuadros costumbristas. No se trata de nada nuevo, pues ya desde el siglo XVIII existían las colecciones de estampas así como los textos que presentaban variantes de los cuadros, sólo que hacia los años 30 el género se pone de moda.

El cuadro costumbrista tiene una preceptiva que puede ser sintetizada en los siguientes puntos:


- 1) Uso de lemas, refranes o sentencias que se colocan a manera de epígrafe y aluden a un cierto mensaje o resumen de lo que el cuadro pretende mostrar.
- 2) Brevedad esencial, exigencia en la que coincide con el cuento, excepto que el cuadro no debe presentar ningún argumento.
- 3) Estrecho parentesco con el teatro, particularmente en las escenas donde el lector debe "oír" a los que hablan.
- 4) Los personajes deben ser representativos de su clase (social, económica, etc.,) de ciertas conductas, de regiones geográficas, de allí que sus nombres revelan tales regiones, posiciones o caracteres.
- 5) Pueden tomar la forma de memorias, paseos, viajes o peregrinaciones: todo ello sirve al escritor para poner de relieve las características propias de cada región.

Es claro que los requisitos no son sólo de orden técnico y aquí se han citado las características formales. El escritor de costumbres debe tener <sup>iv</sup> también sus propias características, y así lo dice el escritor reconocido en América como el maestro del género, Mariano José de Larra:



Es, pues, necesario que el escritor de costumbres no sólo tenga vista perspicaz y gran uso del mundo, sino que sepa distinguir además cuáles son los verdaderos trazos que bastan a dar la fisonomía; descender a los demás no es retratar una cara, sino asir de un microscopio y querer pintar los poros. (29)

.....  
puede deducir → cuán difícil sea acertar en un ramo de literatura en que es indispensable hermanar la más profunda y filosófica observación con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes a todas ellas, y dónde empieza la línea que la educación establece entre unas y otras; que tenga además de un instinto de observación cierto para ver claro lo que mira a veces obscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas cuyo velo no debe descorrer jamás la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte obscura del lienzo; ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educación; por tanto, ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado. para siempre. (30)



## 2. El cuadro costumbrista mexicano

Conviene traer aquí las palabras de Guillermo Prieto, de su "Prológo" a la segunda época de La linterna mágica, colección bibliográfica de la obra de José T. de Cuéllar, maestro del costumbrismo mexicano, aunque no / su única expresión literaria.

Lo reducido del círculo explotable para el autor cómico y para el escritor de costumbres hace su trabajo más difícil; porque si quiere pintar un usurero notable, Pedro y Juan, que son tan conocidos en México, le saltan a las barbas; si un jugador muy afortunado, se señala con el dedo a Don Perentules, y si una mamá alegre con dos hijas coquetas, le ponen el saco a la mujer del vecino de usted.

Más que yo, debe usted haber pulsado estos inconvenientes y por lo mismo no me extiendo más. Con todo, cuando yo, con el seudónimo de Fidel, me atreví a escribir, el primero después del Pensador, cuadros de costumbres, tuve serios disgustos; se me tachó de soez y ordinario, la gente me desdeñaba, se dijo que la fidelidad de mis cuadros se debía a mis entradas y salidas de la cárcel[...]

Es cierto que, a pesar de mis pocos años, de mi insuficiencia y estudios descuidados, concebí el propósito, a que no he faltado nunca, de descender a lo más íntimo de la sociedad, de desentrañar su educación brutal y sus vicios, de poner en relieve sus buenas y sus malas cualidades, vestido de payaso, adoptando sus gestos y remendando sus manías, dándoseme un ar-

dite de los hipócritas de la decencia, muchos de ellos más malvados y más abyectos que los infelices que pululan en el fango. Mi natural vagabundo, mi pobreza y la suelta que me daba mi carácter alegre, me ponían en buenas condiciones. Acaso por esto o porque no me sentí con talento para ello, mis composiciones son fugaces: aplicaba mi daguerrotipo al baile, a la fiesta popular, a los amorfos más o menos accidentados, y el público pagaba con entusiastas aplausos mis ensayos.

.....

Para mí, entre otras dotes, deben dominar, en el género que usted cultiva, la intención moral y la fidelidad y la verdad de los caracteres[...]

Encararse con una sociedad viciada hasta en lo más íntimo por la mala educación, fuente de toda clase de errores; errores convertidos en elementos esenciales de la vida social, para combatirlos, corregirlos y presentarlos en su desnudez repugnante, tarea es ésta eminentemente humanitaria y patriótica[...]

El cuadro de costumbres que yo cultivé, era, a mi juicio, el adecuado para la sociedad analfabética, frívola y heterogénea que yo alcancé. (31)

En su artículo "Cuadros de costumbres", publicado en la Revista Científica y Literaria, Prieto llega a obtener sus propias conclusiones de lo que tanto el escritor como el cuadro costumbrista deben ser. De ese artículo obtengo, a mi vez, las premisas que, precisadas por Prieto, pueden considerarse como las fundamentales para definir o identificar todo texto que pretenda ser llamado costumbrista. (32)

a) El texto1) El cuadro como reflejo de lo verdaderamente nacional

Los cuadros de costumbres eran difíciles porque no había costumbres verdaderamente nacionales, porque el escritor no tenía pueblo, porque sólo podía bosquejar retratos que no interesasen sino a reducido número de personas.

Aquí, Prieto incide en un problema de índole mayor: la identidad nacional. Las costumbres, referidas a la clase media, no son mexicanas, sino copias de las costumbres europeas, particularmente españolas, que a su vez, por los años 40, también buscan su identidad porque tenían el modelo francés demasiado cerca, producto de la invasión napoleónica. A pesar de la carencia de "lo nacional", las costumbres en cuanto hábitos de lenguaje, de modas en el vestir, etc., valen la pena de ser retratadas<sup>al</sup> aunque sea muy difícil extraer de ellos lo puramente mexicano.

2) El cuadro como lección

La vergüenza es para nuestros gobiernos, que aún no saben formar un pueblo; para muchos de nuestros hombres, que desdénan pertenecer a su pueblo; el escritor cumple, porque mientras más repugnante aparezca su cuadro, será más benéfica la lección que encierre.

No es extraño que algunos cuadros tengan cierto aire caricaturesco, precisamente por esta idea de presentar de una manera incisiva la realidad que se pretendía retratar, sobre todo para lograr un mayor efecto benéfico.

3) El cuadro como crónica histórica

[sus cuadros algún día] serán como el tesoro guardado bajo la primera piedra de una columna, que recuerda a las edades futuras el nombre de la generación que ya no existe.

Puedo creer que aquí radica la intención de Prieto de convertir a su Museo Popular en archivo de costumbres, de intereses, de cambios, que algún día será recordado como muestra de lo que fueron los años 40.

4) El cuadro como reflejo realista de la sociedad

Si la primera de nuestras necesidades, como yo creo, es la de la morigeración social, ~~es~~ si el verdadero espíritu de una revolución verdaderamente regeneradora ha de ser moral, los cuadros de costumbres adquieren suma importancia, aunque no sea más que poniendo a los ojos del vulgo, bajo el velo risueño de la alegoría y entre las flores de una crítica sagaz, este cuadro espantoso de confusión y desconcierto que hoy presentamos.

Estas líneas llevan implícita la definición de lo que debe ser un escritor <sup>costumbrista:</sup> el observador capaz de ver y de decir lo que ve, pero, buen conocedor del lenguaje, sabrá envolver en la retórica todo aquello que pueda lastimar al lector. Es decir, quien lea un cuadro debe recibir su dosis de propio enfrentamiento con su realidad, aunque le sea revelado con gentileza.

b) El escritor1) El escritor costumbrista debe aceptar la realidad de su nación

¿Cómo encontrar simpatías describiendo el estado miserable del indio supersticioso, su ignorancia y su modo de vivir abyecto y bárbaro?

Nosotros, causa de sus males, nos avergonzamos de su presencia, creemos que su miseria nos acusa y degrada frente al extranjero; sus regocijos los vemos con horror, y su brutal embriaguez nos produce hastío...

.....

Esta es la causa de la rechifla en contra de los que conociendo la noble misión de formar una literatura nacional, se hayan referido en sus composiciones a los objetos que tenían ante los ojos.

A pesar de la realidad casi inconcebible de las clases más necesitadas, particularmente en estos años, y del increíble atraso en todos sentidos existente en los barrios no sólo humildes, sino miserables de México, Prieto, en sus Memorias, no escatimó ninguna página para hablar de ellos y presentarlos no sólo sin pena sino hasta con orgullo.

2) El escritor costumbrista debe enfrentar con valor la crítica malsana

¿Quién no llama ordinario y de mal tono al poeta que quisiese brindar a su amada, pulque, en vez del néctar de Lico?, ¿quién no se horripila con la pintura de una china, a la vez que aplaude ciego a la manola española, y recorre con placer los cuadros espantosos de Suc[...], ¿será culpa de los escritores hallar en

una mesa el pulque junto al champagne, y en un festín el mole de guajolote al lado del suculento rosbeef?[...]

Esos críticos espantadizos y nimios que ven la superficie de las cosas, que lloran de rabia contra el escritor que habla en Santa Anita, de jules y canoas, porque no ve ni sardinas ni góndolas, que no puede hacer que sus actores sean Ruggieros ni Pietros, porque son y se llaman Juan Antonio o Pedro José; éstos fulminan sus rayos contra el escritor de costumbres, y le agobian con sus insolentes sarcasmos.

Si consideramos la gran influencia extranjera, presente en casi todos los aspectos de la vida nacional, principalmente en las letras, hay que reconocer que el problema que aquí señala Prieto es muy grave en cuanto se convierte, en sí mismo, en un escollo casi imposible de salvar. Sólo a través de publicaciones como El Museo Popular, de gran conciencia nacional y de total apertura para este género de textos, el cuadro costumbrista puede salvarse, y éste es uno de los grandes méritos de Prieto: conduce a la literatura por los cauces nacionales y orienta la mirada de los jóvenes escritores hacia el paisaje y el contexto propio; como resultado, salvaguarda un género literario que si bien nos llega, como a toda América, a través de los grandes costumbristas españoles, especialmente Larra, resulta ser el género adecuado para que los escritores mexicanos expongan las inquietudes que bullen en su pensamiento y pugnan por darse a conocer, tanto por un interés literario como por un amor patriótico.

3) El escritor costumbrista debe afrontar las consecuencias en el pequeño mundo que describe y para el que escribe

Hay otro inconveniente: el número de las personas que en México lee es reducido, las costumbres comunes a ciertas personas se conocen al momento, y la poca frecuencia de leerse estos escritos, hace que se crean llenos de alusiones personales.

Ésta, sin duda, es la causa de que los hombres dotados de más elevado ingenio hayan sobresalido, o en las ciencias en el siglo pasado, o en la poesía religiosa, y que ni los artistas ni los sabios presenten nada verdaderamente nacional.

Este juicio público extraviado ha hecho que la literatura dramática haya sido nula, porque poetas como Alarcón y Coros-tiza, más pertenecen a España que a nosotros.

Son varios los problemas que aquí menciona Prieto. El primero es el del pequeño mundo letrado y lector, que en realidad es el mundo para el que todo escritor escribe. Ya cité en páginas anteriores el poco interés que se le había dado a la educación. La sociedad en general no tiene el hábito de la lectura, en cuanto acto de deleite y, en último caso, de interés por la información. El segundo problema es que los que leen buscan la anécdota y el chisme, vieja costumbre heredada de una sociedad casi enclaustrada, pero con hábitos de "visitas familiares" que no tenían mejor ocupación que el comentario de los escándalos sociales. Los cuadros de costumbres son señaladores de las peores actitudes humanas, de los vicios, de las "malas costumbres", etc., y al crear tipos portadores de ellas, la sociedad lectora, siempre pequeña, se identifica con facilidad y, si no le agrada, destruye al escritor. El tercer problema es que, generalmente, el ser humano se imagina mejor de lo que es y no gusta de ser retratado con los colores más ingratos. En este principio basa Prie-



to el natural repudio hacia el costumbrismo que, naturalmente, no favorece las actitudes hipócritas. Y, por último, todo escritor, deseoso de tener el apoyo social y, con él, la fama, prefiere no tocar el contexto nacional, nada edificante, y remitirse a las referencias históricas o religiosas, siempre salvadoras y hasta propiciadoras del buen éxito, pero, desde luego, nada favorecedoras para el juicio crítico de una sociedad incipiente muy necesitada de sus escritores.

#### 4) El escritor costumbrista vs. el malinchismo

¿Qué sucedió a Rodríguez [Galván] que el solo nombre de Tezozomoc puesto a uno de sus personajes en El privado [del virrey], arrancaba risotadas de burla y desprecio?

Sin embargo, se aplauden con furor mil insustanciales vaudevilles y otras obras de panlucrando de los poetas españoles. Pero no por esto debe desmayar el escritor de costumbres [...]

No es la primera ni la única ocasión en que Prieto menciona este lamentable y vergonzoso defecto nacional: el malinchismo, cuyo significado todos conocemos y no es necesario desmenuzar en su contenido. La obra de Prieto, eminentemente nacional y nacionalista, patriótica, mas no patriotera, responde claramente al espíritu crítico que le permitió observar, a veces dolorosamente, cómo se desprecia lo propio en beneficio de lo que, de manera natural, nos es extraño. No sólo afecta los nombres propios -que es el caso que aquí señala-, sino también la moda -ropa y peinados-, vocabulario y, por supuesto, costumbres de trato social que, al no tener el fondo auténtico para que puedan funcionar, sólo ofrecen un marco ridículo y absolutamente ineficaz.

5) "El escritor de costumbres, auxiliar eficaz de la historia"

Entonces el escritor de costumbres, auxiliar eficaz de la historia, guardará el retrato del avaro que se enriqueció con las lágrimas del huérfano; entonces la caricatura del rastroero aspirante será una lección severísima, y el chiste cómico derramado en la pintura de esos enlaces mercantiles y disímboles influirá en la ventura doméstica.

Nuevamente Prieto se adelanta en definiciones críticas relativas a la literatura. Aquí la hermana con la historia, punto quizá el más importante que en el párrafo citado se menciona. La literatura expresa -como no puede hacerlo la historia- el mundo en vivo, el pulso auténtico de una sociedad, más allá de fechas y de datos históricos o de interpretaciones que convengan parcialmente al punto de vista de quien lo interpreta. Y es al escritor de costumbres a quien corresponde esta vecindad con el historiador.

3. El cuadro costumbrista en El Museo Popular

Con las características ya señaladas para el cuadro costumbrista, he reunido siete textos: "Los amores de diligencia", de autor y traducción anónimos; "Primer día de año nuevo", de Camilo Bros (firma B); "El amante corto de vista" y "La politicomanía", de Ramón de Mesonero Romanos; "Un domingo" y "Las doncellas", de Guillermo Prieto (firmados con su seudónimo Don Benedetto), y "Costumbres alemanas", de Lorenzo de Zavala (firmado con su seudónimo El Patriota). He incluido estas piezas en el Apéndice C. de esta tesis.

a) Anónimos. "Los amores de diligencia" (Trad. anónima para El MP)

Aunque el texto no está precedido por el lema tradicional que anuncia el mensaje, sí puede ser considerado como un cuadro costumbrista en cuanto presenta una escena que se desarrolla en una diligencia y sólo somos informados, como lectores, de lo más elemental respecto de los personajes que intervienen en él. Los diálogos son precisos y estrictamente ceñidos a lo más indispensable, para permitir al escritor las reflexiones alusivas al tema: las relaciones que se suelen suscitar en los viajes de diligencias entre las mujeres "de treinta años" -tema balzaciano- y "los jóvenes de corazón ardiente".

Lina, tal es el nombre de la joven, es "una mujer como se encuentran muchas en París", es decir, encarna un tipo al que el autor anónimo define así:

Estas mujeres son de ordinario realmente viudas...  
Tienen rubia cabellera, un cutis de raso...  
Habitán una lucida casa, amueblada con gusto...

Subrayo las expresiones que configuran el tipo. Se trata de mujeres iguales: todas son viudas, todas tienen rubia cabellera y cutis de raso, todas habitan una lucida casa, etcétera.

Por supuesto, el marco de este tipo es una diligencia, es decir, el tipo está ubicado en un viaje, posibilidad temática de los cuadros de costumbres.

Aunque se trata de una traducción anónima de un texto a su vez anónimo, sí me ha importado recogerlo porque su presencia en la revista está revelando la simpatía del tema, la aceptación del género y, desde luego, las ideas allí expresadas.

Como Prieto ha dicho, el cuadro costumbrista es una lección y debe cumplir funciones de tal. Así lo dice el autor de este cuadro al final:

He aquí mi historia [...] <sup>16</sup> Así, sin embargo, me ha parecido bien escribirla para instrucción de nuestros hermanos...

No podemos negar que este cuadro nos ofrece no sólo una pintura de época, con sus costumbres, sus modas, su vocabulario, sus tipos de posibilidades de relaciones, sino también con un estilo de vida y una manera de ser y de vivir. ¿Cuáles son las ideas que podemos obtener del texto para ubicar a la sociedad que queda allí reflejada, y con las cuáles El NP se ha identificado?

1) La mujer bella y de buen gusto, pero muy ignorante

sus letras parecen moscas...

no saben más ortografía que las de las palabras muy corrientes...

Su conversación es enteramente nula...

2) La mujer, maestra en las artes de seducción

hay en su lenguaje un no sé qué de fino, en su trato algo de perfumado que encanta y cautiva...

tienen una voz dulce como la de los ángeles, un aire en su semblante, unas miradas, propias para conmovir el alma más estoica...

3) La mujer, sólo preocupada por las apariencias

Estas mujeres juzgan muy bien a un hombre por su re\_dingot y su corbata.

4) La sociedad, propiciadora de los juegos eróticos

La sociedad está organizada de modo que, so pena de pasar por hombre sin educación, debe uno siempre mostrarse enamorado de la mujer a quien se ve a solas por primera vez...

5) Idealización de las "amadas", como evasión de la realidad

no conociendo a mi nueva querida, le prestaba todas mis cualidades favoritas y ya las tenía: me la figuraba tierna, suave, melancólica, tímida, maliciosa[...] pero comprendía yo bien que una vez fuera de la carroza, entraríamos en la vida real, para volver a tomar los vicios y las dudas que acabábamos de olvidar...

6) La sociedad, aceptadora de las actitudes hipócritas para mantener las apariencias

no hay gozo íntimo igual al de saludar con respeto ante el mundo a una mujer bien vestida, a quien se puede apretar la mano luego que el mundo no contempla a uno, y a quien se puede decir tú, luego que el mundo no nos escucha.

7) Las mujeres de las grandes ciudades

Ella, por su parte, se había convertido en mujer coqueta, mujer de París como la he descrito: hermosa, delicada, seductora, pero saciada, vanidosa, llena de mentiras, sin pasión, y el alma desecada.

b) Camilo Bros

Es muy poco lo que se sabe de este escritor. Guillermo Prieto es la fuente mayor que puede proporcionar información. Según él, Bros estudió en la Academia de Letrán y con él redactó El Museo Popular, aunque, por explicable lapsus, lo cita como El Domingo. Afirma también que abandonó los estudios de jurisprudencia para inscribirse en el Colegio de Medicina y que gustaba mucho de la ópera, los conciertos y las reuniones filarmónicas. En el Catálogo de la Colección Lafragua, la ficha número 3655 dice: "Bros, Camilo, Discurso pronunciado por Don Camilo Bros, catedrático de filosofía en el Colegio de San Juan de Letrán y comendadores juristas de San Ramón, en la distribución de premios que la mañana del 30 del actual hizo el Excmo. Sr. Presidente de la República, general D. Anastasio Bustamante, entre los alumnos de dicho Colegio; siendo su rector el Dr. D. José María de Iturralde. México, Imprenta del Águila, dirigida por José Ximeno, 1838. 32 pp. 16 cm. / Sobre el progreso de las ciencias y el ejemplo que deben seguir los jóvenes mexicanos. Incluye poesías de F. Ortega, Guillermo Prieto e Ignacio Rodríguez". No cabe duda de que se trata del mismo Camilo Bros, no sólo por el año del discurso, a dos de la fundación de la Academia de Letrán, sino también por la inclusión de poemas de sus amigos y fundadores de la propia Academia: Francisco Ortega, Guillermo Prieto e Ignacio Rodríguez Calván.

La ficha número 4355 del mismo Catálogo dice: "Bros, Camilo, Refutación al examen crítico de la "Gramática Hispano-Francesa", que después de ocho meses de estudio y meditación publicó en dos párrafos el profesor D. Claudio Gen. México, Imprenta de la Hesperia, 1843. 12 pp. 20 cm. Fechado: México, septiembre 2 de 1843 . De-

tiene las ideas que sustentó en su Gramática Hispánico-Francesa. Considera que Claudio Gen publicó su crítica para perjudicarlo en su calidad de aspirante a catedrático de francés en el Seminario de Minería".

El 5 de diciembre de 1840 se estableció en México El Ateneo Mexicano, sociedad de amigos "que se reunirá legalmente con el objeto de propagar los conocimientos útiles, adquirir nuevos y solazarse con el trato mutuo", y tuvieron como órgano de divulgación una revista con el mismo nombre de la asociación. Aquí colaboró Guillermo Prieto. Esta sociedad fue apoyada por don Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México, y estaba integrada por personalidades de la alta sociedad y de la cultura mexicana. A fines de 1844 se convocó a un certamen con el tema: "Un plan para extender en la República la mejor educación popular primaria". Guillermo Prieto colaboró como segundo secretario de la junta de gobierno. El Ateneo estuvo dividido en secciones, y Camilo Bros presidió la correspondiente a Idiomas (33).

Malcolm Mac Lean afirma que Prieto tradujo con Camilo Bros la ópera titulada Las cárceles de Edinburgo, traducción publicada en El Museo Teatral, tomo I, 1841, pp. 91-120. Francisco Monterde, según Mac Lean, supone que debe ser traducción de la obra de Eugene Scribe y E. de Planard: La prison d'Edimbourg, opéra-comique en trois actes, traducida al español y puesta en verso para El Museo Teatral.

Mac Lean afirma que El Museo Teatral está en la Biblioteca Nacional de México, pero no me ha sido posible conocerlo.

Camilo Bros colabora en El MP con un artículo ("Aerografía"), un ensayo ("Lecciones a un periodista novel"), un cuadro costumbrista ("Primer día de año nuevo"), un ensayo moral ("Ensayo histórico sobre las modas") y tres traducciones de autor anónimo (el artículo "Fabricación del lacre" y los relatos "Lekain-Vendôme" y "Veinte y cuatro horas de la vida de una mujer").

"Primer día de año nuevo"

El cuadro empieza con la traducción de seis párrafos relativos a las costumbres escocesas en año nuevo, y , a modo comparativo, Bros refiere las que se siguen en México. De ellas podemos deducir las siguientes ideas:

1) La familia devota está unida en año nuevo

En el momento en que se oyen las doce de la noche del día 1 de diciembre, la familia entera se arrodilla y reza treinta y tres credos...

2) El primer día de año nuevo es un día religioso

se hacen lo que se llaman rifas de santos. Consiste ésta en sacar por suerte de los santos del calendario, uno para cada individuo de la familia, con el objeto de que le sirva de patrono en todo el año...



c) Ramón de Mesonero Romanos

Se ha dicho que Mesonero Romanos tiene una visión burguesa de la vida, pero podemos decir que sus temas están encaminados a presentar aquella parte de la sociedad que, si bien trabaja, lo hace en un buen nivel que le permite un más que mediano vivir. Son familias cuyas hijas acosan al padre para llevar trajes elegantes y visitar a la modista; <sup>o</sup> pueden recibir en su casa y no sólo disfrutan de un me-  
naje aceptable, sino también de los modales que proporciona cierto trato social que se frecuenta con regularidad; en sus vidas hay paseos, teatros y excursiones.

También se ha comentado que Mesonero es un escritor que no se compromete, a diferencia de Larra cuya pasión brota de cada página. Me parece que la definición es justa porque sus personajes revelan aquellas actitudes que no molestan a nadie, que no ofenden, que no agreden y que, en buena parte, invitan a la sonrisa porque, esto es indudable, caen en situaciones que podemos calificar de típicas.

Mesonero publicó sus primeros artículos en El Indicador de las Novedades, de los Espectáculos y de las Artes, a partir de junio de 1822; el tomo I de su Panorama matritense. Cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante, fue publicado en Madrid en 1835; la edición con cuatro volúmenes apareció en 1842.

Los dos cuadros que Guillermo Prieto y Camilo Bros<sup>la</sup> publican en El MP son "El amante corto de vista" y "La politicomanía", y proceden de las Escenas matritenses, y cabe la posibilidad de que hubieran sido leídos allí por Prieto o Bros, más que en una revista. Ambos cuadros ubican su temática en la clase media y están encabezados por el imprescindible lema que acompaña todos los textos de He-

sonero, aunque <sup>el</sup>ninguno de los dos respeta la brevedad esencial.

"El amante corto de vista"

En un lenguaje representativo, Mesonero nos deja oír los problemas a que dan lugar las equivocaciones de un galán. Mesonero hace uso de la ironía y casi convierte en alegoría el símbolo logrado en los ant<sup>o</sup>jos: la conveniencia de no ver la realidad e idealizar lo que tenemos frente a nos<sup>o</sup>stros, se logra con sólo retirar los lentes.

"Los ejemplos me salen al paso y no tengo más que hacer que la elección de uno", / dice Mesonero, es decir está conform<sup>o</sup>ado el tipo que se repite tantas veces, la conducta usual. ¿Qué ideas nos deja llegar Mesonero?

### 1) Juventud frívola

Mauricio a los veinte y tres años no pod<sup>o</sup>a determinarse a dejar de bailar la mazzowrka.

Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Láinez, no pudo menos de espontanear una declaración en regla.

Ya nuestros amantes habían hablado largamente; tres rigones<sup>do</sup> y una galope no habían hecho más que avivar el fuego de su pasión.

creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina [...] y viendo que de lo contrario perdía la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazón) a hacer un paréntesis a su amor y hablar a la airosa vecina. Baste decir que /Mauricio/ renunció para siempre al amor; pero en fin, era mancebo y al cabo de quince días pensó de distinta manera, y salió al prado con un amigo suyo.

## 2) Costumbres amorosas a escondidas de la familia

Si la hermosa Filia volvía rápidamente hacia él <sup>bellec</sup> sus ojos, o dejaba caer su pañuelo para darle ocasión de hablar con ella...

Al siguiente día la marquesa presentó a Mauricio en casa de Matilde y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso a ello.

## 3) Instrucción femenina

y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), lo que más le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo había atado un billete en que hablaba de su amor...

### "La politicomanía"

Aunque el Panorama matritense fue publicado en Madrid en 1835, su ambiente corresponde a los años de gobierno de Fernando VII (1814-1833), época saturada de inquietudes políticas y pendiente de bandos y decretos que modificaban la vida más común. Es natural que el tipo que vive en este cuadro corresponda al hombre obsesionado por la atmósfera de inquietud social en la que vivían todos los españoles. Mesonero, poco amigo de comprometerse en lides políticas, convierte en farsa una actitud que supongo debió ser trágica: la búsqueda diaria de las noticias políticas, no sólo españolas sino europeas u orientales, actitud que lleva al don Gaspar del cuadro a adquirir "una enfermedad cerebral".

Una línea media hace a Mesonero no tomar partido, simplemente "muestra" estilos de vida que le permiten dibujar <sup>u</sup> sus tipos.

Bajo la aparente intrascendencia de los personajes bullen ideas que podemos leer entre líneas:

1) Función de los periódicos

ahora que los periódicos (crónicas más o menos paralelas del -tiempo presente) deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japón...

2) La lectura cotidiana de temas políticos

no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho si no se despierta cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Londres...

3) La política no es para todos

parecíame a mí que esto de la política no es, o a lo menos no debía ser para todas las cabezas, así bien como ciertos alimentos no son digeribles a todos los estómagos...

.....

las altas cuestiones de la política eran tan difíciles de comprender como de tratar, y que sólo una disposición natural y un estudio profundo podían conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.

Irónicamente:

Levantábase al amanecer y su primera operación era rodearse de todos los periódicos nacionales y extranjeros que podía procurarse; los primeros los leía sin entenderlos, los segundos los entendía sin saberlos leer...

La política es una ciencia natural que se da espontáneamente en nuestras cabezas sin más preparativos ni sementeras; ... el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solón ateniense.

4) La política de café

Luego pasaba a los cafés, y allí, rodeado de oficiales a medio sueldo y de paisanos sin sueldo alguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operación era pedir la gaceta para volver a repasar; después, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusión,...

5) La "política", alejadora del trabajo

No haya que decir que los negocios particulares de mi tío decayeron a medida que se había ido ocupando de los negocios públicos,...

6) La "política", camino hacia la locura

—agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral que dio con él en el hospital de Toledo, adonde se entretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los demás locos...

7) La lección inevitable que debe dejar todo cuadro

—trataré de apartarme de cuestiones ajenas a mi obligación y a mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia, y contribuyendo de este modo al orden y felicidad pública.

d) Guillermo Prieto

Guillermo Prieto es el primer costumbrista mexicano y su obra exige ya un estudio valorativo de su aportación a la cultura nacional y a los caminos que siguió a partir de El Museo Popular que, como ya he dicho, fue su primera labor editorial como director. En 1837, a sólo un año del inicio de la Academia de Letrán, Prieto publica en El Mosaico Mexicano. En 1838 colabora en El Recreo de las Familias; en 1841, en el Seminario de las Señoritas Mexicanas; en el período 1843-1846, en El Museo Mexicano, y en 1844 en El Ateneo Mexicano. Menciono aquí las que corresponden al período que me ocupa, porque, como ya se dijo, la obra de Prieto se extiende a todo lo largo del siglo XIX.

Guillermo Prieto, hombre de ideas liberales, sobre todo poeta popular y creador del cuadro costumbrista mexicano, fue un romántico por excelencia. Como fundador de la Academia de Letrán, encontró en ella el germen generador de las letras mexicanas.

En sus cuadros costumbristas, Prieto refleja la vida socio-política y cultural de México. Sus descripciones no tienen limitación y trata todos los temas, en los que <sup>"/</sup>destacan: el charro, la china, el lépero, el barbero, etcétera. También describe lugares comunes y diversiones: tertulias, paseos, teatros, funciones religiosas; las modas y las comidas siempre están presentes en sus textos.

No está por demás recordar que recibió una influencia directa de Larra y <sup>de</sup> Mesonero Romanos; del primero toma su observación aguda y sarcástica al describir; del segundo su grandilocuencia y su gran amor a la patria.

ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA

"Costumbres mexicanas. Un domingo" (Firma D. Benedetto)

Prieto, el observador, describe amorosamente a la Ciudad de México y, particularmente, a su gente en día domingo. De este daguerrotipo podemos obtener la mirada del costumbrista:

1) La Ciudad de México en perspectiva nacionalista

México, la hija más gentil y opulenta del <sup>Nuevo</sup> mundo, la joven caprichosa y desgraciada; inquieta y desidiosa; cortejada por la ambición extranjera y envilecida por la criminal apatía de sus hijos.

Prieto pretende ser objetivo aunque tenga que ser cruel y correr los riesgos que ya en sus teorías ha revelado. Históricamente, podemos comprobar que la Ciudad de México era codiciada grandemente por las potencias extranjeras. La mirada norteamericana estaba puesta en la Ciudad que tuvo que padecer la intervención no sólo norteamericana, sino también francesa. Pero aquí también Prieto señala algo en lo que siempre habrá de insistir: el carácter apático del mexicano. No se trata de un enjuiciamiento excesivo ni mucho menos falso. Con él coinciden los viajeros que visitaron a México por esos años, entre ellos la señora Calderón de la Barca en cuya Vida en México puede apreciarse, desde una objetividad envidiable, el carácter egoísta, apático y desamorado de su ciudad, que tiene el mexicano, además de otros defectos todos ellos lamentables. Coincidentes en el tiempo -la señora Calderón estuvo en México del 18 de diciembre de 1839 al 8 de enero de 1842-, y aunque ninguno de los dos se nombra en sus respectivas memorias, sí parecen ir de la mano en buena parte de sus juicios relativos al carácter de los mexicanos.

## 2) Dibujo de la sociedad

Su cielo, su única positiva riqueza, contra la cual no conspira la amistad extranjera ni el furor empleomático, ha brillado con la luz que anuncia descanso al perezoso oficinista, y tormento al breve pie de la joven presumida, y a la frágil cintura del almiarado plagio de los elegantes de París.

En grandes pinceladas queda dibujada la clase media, imitadora de las modas y los modos extranjeros; los intereses ajenos con los ojos puestos en México, y la clase burócrata eternamente perezosa. Es indudable que el mayor valor de Prieto en estos cuadros es su gran capacidad para capturar la esencia de lo que permanece. Su actualidad es indiscutible.

## 3) La religión como eje social, como costumbre y como diversión

¿dónde dirigirá sus pasos en domingo uno de tantos? A misa, Dios sobre todo, vamos a misa; de ocho en la Encarnación; de diez, Santo Domingo; de once, San Francisco, de doce Señor San José: he aquí cuatro diversiones y de balde y, si a mano viene, con música nacional o extranjera, <sup>no es nada extraño que</sup> porque <sup>si</sup> el organista de una iglesia tiene sus pretensiones de parecer de buen tono, toque una aria voluptuosísima de Rossini [...] se acabó la misa y es de ver a los abonados a oír diez o doce misas los domingos, cómo se regocijan con la salida de las jóvenes...

No sólo <sup>en</sup> Prieto puede encontrarse estos conceptos; los veremos en el transcurso del siglo y en el propio siglo XX. A las iglesias, a las misas, no se asiste por una devoción espiritual, sino para cumplir con actividades rutinarias, para ver a los amigos, para admirar a las jóvenes y, en fin, para darle ocupación a un día que no exige



la obligación de las actividades de trabajo que se presentan en la semana.

#### 4) El café, mentidero peligroso

¿Cómo encarcelarse en un café donde el arma corta, digo la lengua, puede ser esgrimida por todo bicho viviente a sus anchuras? Ni en la Universidad de Oxford se habla de tantas materias: hombres que todo lo critican sin saber nada, que dicen Rousseau y Voltaire como está puesto...

Los comentarios salen sobrando

#### 5) Las visitas y el riesgo de las colectas

¿Pero en qué pienso, pecador de mí, visitar en México, y un hombre que no es ni rico ni mendigo? ¿Dónde vas, joven descaminado, a una de nuestras casas otomanas, sin saber si las corbatas deben ser de vara y media o dos varas; si un chaleco nácar es mejor de pintas o de cuadros?, ¿no ves que puede ofrecerse una contribución para día de campo, un ecarté, un... un susto que te ponga en ridículo?, ¿a esta gente te atreves a visitar? [...] Pero hombre incauto, ¿dónde vas? [...] a que un mocoso insufrible después de haber hecho caballo en tu pierna, con tu sombrero hundido hasta los ojos, bloquee el nudo de la corbata con sus asquerosas manecitas, si nó es que con torpe encogimiento se te acerca y en el oído te dice: "Dame medio" [...] Esto es, si no <sup>te</sup> asaltan con un escote para merienda, baile de compadres, posadas, o una rifita de un borrego de alfeñique en ochenta acciones de a real; doy por supuesto que no es visita en que se pierde la llave del ropero cuando entra la criada a que se le encargue alguna cosa, ni donde se llama al frutero, y a la hora de pagar, la bolsita del dinero no parece y no se puede parar a buscarla la señora por estar sin medias[.] No más visitas.

Son muchos los aspectos que apresuradamente menciona Prieto con el pretexto de las visitas: primero el hábito de la casa abierta

los domingos para recibir, pero la importancia de presentarse debidamente, a la última moda siguiendo todas las normas europeas, naturalmente, de lo contrario los galanes serán mal vistos porque esta sociedad gusta de cuidar las apariencias materiales. Los jóvenes prefieren abstenerse de estas visitas porque en ellas es necesario demostrar no sólo su atildamiento en el vestir, sino su solvencia económica, que parece ponerse a prueba por medio de cuotas o de erogaciones imprevistas que hacen pensar, por una parte, que es un simple hábito el que las visitas "cooperen" para la merienda y que se valen de subterfugios no sólo ingenuos sino de mal gusto y, por otra <sup>parte,</sup> que las visitas a casa abierta no son del todo bien recibidas por los obligados anfitriones, lo cual dice poco de la generosidad de las familias. Además, la presencia de un niño pedigrüeño que espera su parte en alguna especial complicidad de los anfitriones o de los visitantes. Aquí también encontramos el hábito casi institucional de las cuotas no sólo familiares y sociales, sino también oficiales como lo señala Prieto en otros textos.

#### G) El mundillo de las apariencias

Esto es hermoso: por lo que mira al paseo, es un paseo de fantasía, de disfraz. Ve usted, por ejemplo, una ramera disfrazada de señora; un miserable, de hombre decente; aquel aspirante, de diputado; al rico, de simple particular.

-¿Quién es ese señor que va en este coche?

-¡Ah!, ese diablo no tenía qué comer hace dos días.

La importancia en la apariencia física, material, especialmente de las ropas y de los coches, llega hasta el México actual. El apa-

rentar es más importante que el tener verdaderamente, y esta actitud afecta a todas las clases, actitud que va acompañada con la intención de mantener un sitio y ser tratado con ciertas consideraciones.

7) El hábito de hablar mal de los ausentes

-Voyme; lo bueno es que tengo varios amigos en el portal, en el paseo, y demás, que pueden entre tanto divertirse con mi reputación.

Este hábito revela la habitual manía de hablar mal de los demás, por supuesto cuando están ausentes, pero al tenerlos junto a nosotros nos deshacemos en elogios de sus personas.

8) La cosmética varonil de los "elegantes" en relación con sus conquistas

Dejo consultando con su tocador al elegante, el augurio de sus conquistas en aquella noche; le dejo impacientándose con el rebelde cosmetique que no quiere que aparezca negro y espeso el ralo y naciente bigote.

La preocupación masculina por los cosméticos -tintes y perfumes-, que le permiten prolongar una apariencia juvenil, no es otra cosa más que el miedo a la vejez y, si profundizamos, podría decirse que es el miedo a perder un sitio en una sociedad en la que las canas y las arrugas son una vergüenza. Las actitudes ridículas de los viejos, hombres y mujeres, tratando de parecer jóvenes, es uno de los temas que mucho señaló Prieto. Hay que decir que él sí predicó con el ejem-

plo, aunque exageró un poco: nunca tuvo reputación de dandy, sino de descuidado en su apariencia.

"Las doncellas"

Prieto da el nombre de doncella a la joven que "despertando del sueño de la infancia" se abandona "en la corriente de la vida, al impulso de las dulces ilusiones de la juventud", se trata de una joven tipo que toma, casi en todas las clases sociales, las mismas apariencias, las mismas actitudes; mujer marcada por la tradición para seguir un solo camino: el matrimonio, situación que, a su vez, le dará un sitio en la sociedad:

1) Imagen de una doncella.

Es ya la joven reservada y misteriosa, a la vez ingenua y falaz, candorosa y astuta...

Es obvio que este tipo femenino, el de las doncellas, no es así de manera natural, sino que ha sido educada para dar esta imagen que se convertirá en el señuelo para atraer a un futuro esposo.

2) La doncella, mujer en el despertar de la soberbia, de la indiferencia y del orgullo

el primer homenaje de nuestra adulación, despierta su soberbia; la necesidad de agradar la hace parecer dócil, y perdiéndose insensiblemente su carácter entre multitud de pasiones, ya nos sorprende su indiferencia o nos embelesa su candor, o nos fascina su imprudente orgullo.

Si se trata de cualidades típicas de esta etapa de la vida, es evidente que el marco familiar y, desde luego, <sup>la</sup> tradición, colaboran a mantenerlas, así como la conducta masculina parece gustar de estas maneras de ser.

### 3) La mujer, hipócrita, maestra en el arte del disimulo

Parece que esto prueba, que una de las armas poderosas del bello sexo es el disimulo [...] durante una visita dilatada ha visto a la tímida doncella con los ojos constantemente fijos en su bastidor, sombreando un hermoso galgo de canevá y que a no ser porque algunas veces murmuraba entre dientes algunas palabras, contra la seda floja, la hubiera uno jurado sordo-muda.

Pero, ¡Santo Cristo del Buen Viaje!, salta usted del quicio de la puerta y verá qué granizada de epigramas lanza la doncellita contra usted: el nudo de la corbata, la imperceptible mancha de chocolate de su camisa, el botón que de menos tiene en el frac, nada se ha escapado a su observación escrupulosa; es un diluvio, una inundación de sátiras ingeniosas y malignas; en fin, sufre su señoría una verdadera autopsia moral.

Prieto vuelve a señalar el hábito de la hipocresía social que da lugar a dos conductas, una ante las visitas o personas ajenas, y otra, que es la real, cuando esas personas ajenas no escuchan. El arte de observarlo todo a pesar de, aparentemente, no mirar nada, es un ejercicio nada fácil si no se tiene el hábito de practicarlo. Este retrato social va más allá del formalismo y ataca la condición humana tan poco digna de considerarla confiable y veraz.

### 4) La doncella en sociedad y su conducta uniforme

Una de las cosas que más caracteriza sus reuniones es que no andan, no salen, no corren ni se detienen sino colectivamente:

sus movimientos, sus risas, sus miradas, se hacen con una semejanza tan perfecta, que una compañía de veteranos, los más aguerridos, se honraría con aquella uniformidad.

Como producto de una conducta preestablecida, y obviamente repetitiva que se hereda de madres a hijas, las doncellas dan lugar a una especie de ritual que las hace ver como partes idénticas de un todo femenino en el que no hay individualidad y, por consiguiente, pueden ser remitidas a la categoría de tipos y jamás a la de caracteres. La mujer tipificada busca a sus congéneres y toma una actitud común, responde siempre igual a los mismos estímulos, no tiene vida propia, no tiene emociones propias. Esta mujer está convertida en un robot, pero un robot que obliga a que la conducta masculina también se "robotice".

##### 5) La mujer, actriz social

Veréis entonces a aquellas jóvenes francas y alegres, componiendo el rostro, estudiando actitudes. Esta parece distraída, la otra sonríe como ruborizada de que el hijo de Adán la mira, otra extiende, como descuidadamente, hasta descubrir un breve zapato que encierra un bien formado pie, atado como un fascineroso con redundantes cáligas de listón, otra...

Las doncellas aprenden un ritual y lo acatan; todo ese ritual está encaminado a atrapar un marido y, de manera muy elemental, lo atraen luciendo sus mejores galas y sus mejores maneras, sus más seductoras miradas y hasta se atreven a insinuar sus encantos mediante sugerencias de velado erotismo, como el de enseñar, "con disimulo", un tobillo, es decir, "la que no enseña no vende", viejo refrán que aquí parece encontrar un perfecto acomodo.

## 6) Los peligros que acosan a las doncellas

0088

Prácticamente, las doncellas son un succulento manjar que hay que proteger de casi todo el mundo. Las doncellas, con sus núbiles atractivos, pueden ser "víctimas" fáciles, porque la mujer en estos años es una víctima fácil de engaños, y por engaño debemos entender todo aquello que se sale de la conducta preestablecida para la cual se le ha preparado. Debe temer "a los señores de muy buen corazón que ofrecen colocación a los hermanos"; "a los maestros de baile, música o escritura, sin paga"; a los que durante las posadas acompañan a la niña con la vihuela la letanía; "al diablo o al primer galán de las pastorelas"; "a los caritativos que se comiden a velar al enfermo", etc., etc.

## 7) Definición de una doncella

Prieto excluye de la definición de doncella:

- 1º A toda ronca o de nombre que huela a macho, como Jorja, Longinos...
- 2º A toda hembra [...] que fume puro o tome polvos.
- 3º A la que use botas o zapatones...
- 4º A la que tuviere una dotación rica de bigote y patilla.
- 5º A toda mujer que agarre, pegue o dé muestras de excesiva soltura de muñecas.
- 6º A las que hablen de política y respondan a una declaración amorosa con un artículo de reformas del Independiente o del Cosmopolita.

Entre líneas podemos leer lo que los hombres de la primera mitad del siglo XIX pensaban que debía ser una mujer y cuál era su función en la sociedad. Si invertimos las excepciones mencionadas por Prieto tendremos una magnífica definición de lo que debe ser una doncella,

es decir, una joven casadera: 1) Que tenga hermosa voz, característica que nos recuerda que las niñas debían obligatoriamente aprender a tocar el piano y a cantar. La señora Calderón de la Barca dice en sus memorias que en las reuniones familiares de la alta aristocracia mexicana, se daban a conocer verdaderos talentos musicales y bellísimas voces que no envidiarían nada a las profesionales. Aunque Prieto no se refiere en especial a la clase aristocrática de círculo muy cerrado, sí es explicable que ese ejemplo fuera seguido por las clases medias como ideal de trato social. Queda incluida en esta exigencia la de ser poseedora de un bonito nombre. 2) La doncella puede fumar cigarrillos, no puro. La mujer mexicana siempre ha sido aficionada al tabaco y este hábito fue muy comentado por los viajeros a quienes además llamaba la atención el cabello tan largo de las mexicanas y sus manos muy pequeñas. 3) Debe usar zapatos bellos. Los zapatos se hacían a la medida. Los almacenes se ponen de moda a fin de siglo. En sus memorias, Prieto nos habla de que las señoras usaban con frecuencia los zapatos de los maridos, sobre todo en tiempo de lluvias, porque los zapatos femeninos eran de telas o cabritillas muy delgadas y se rompían fácilmente. Es natural que el escritor se refiera a las clases que pueden darse este lujo. 4) No debe excederse en el bigote. La mujer de la mitad del siglo pasado usaba bigote, es decir, conservaba el vello que nacía arriba del labio superior y esto le daba un cierto toque de erotismo, así lo demuestran algunas pinturas de la época. A Prieto no parece <sup>dis</sup>le gustarle este hábito, sino el exceso de bigote, usual en las mujeres mayores. 5) Ninguna dama debe tener ligeras las manos, sobre todo para usarlas contra un varón; no deben hacer ejercicios pesados ni demostrar una fortaleza mayor



a la de los hombres, aunque la tengan. 6) Las mujeres deben ser ignorantes del mundo que las rodea y, por supuesto, no deben leer los periódicos ni alternar en los temas políticos porque éstos son sólo para hombres. Mientras más ignorantes sean las mujeres serán más gobernables.

c) Lorenzo de Zavala

Nació en Mérida, Yucatán, y murió en Texas en 1836 (ó 1837); aunque fue uno de los primeros propagandistas de la Independencia, a su muerte era considerado como traidor por su participación en la independencia de Texas de donde llegó a ser vicepresidente. Le ha dado fama de escritor su Ensayo histórico de las revoluciones de México. Escribió también un Viaje a los Estados Unidos en el que aparece como un narrador ameno. Durante los años de 1833 y 1834 fue ministro de México en Francia y es posible que <sup>de</sup> esa estancia en Europa proceda el cuadro que publica El MP, obviamente cuando Zavala ya había muerto. Es obvio que el interés de Prieto no es político, sino el de recoger un texto costumbrista de un escritor mexicano.

"Costumbres alemanas"

A modo de lección recomendable para la sociedad mexicana, Zavala cuenta sus experiencias en Madrid, París y Alemania en general. Enjuicia el hábito parisino de permanecer encerrados en los salones con todas las incomodidades propias de los grupos exageradamente grandes que no permiten el disfrute de la naturaleza, tal como sí lo hacen los alemanes, pueblo aficionado a los bosques y a buscar su cercanía los domingos en sitios ideales por su belleza; se refiere especialmente a los vergeles o pensiles -Zavala les da su nombre

en alemán: Luftgarten, a donde las familias se dirigen para tomar el te o algún refrigerio que permita la convivialidad social y familiar. A través de estas líneas, Zavala nos informa que la sociedad mexicana es más semejante a la parisina en su afición de pasar buenos ratos en los salones o en <sup>los</sup> cafés, como los madrileños, en injusta indiferencia por el campo. Termina el texto con la inevitable lección:

Cuando entre nosotros renazcan los deseos de gozar del campo, de sustituir al aire de los corrompidos cafés, el ambiente de los bosques, será una señal de que nuestras costumbres toman otro giro, y que nos dulcificamos y engrandecemos.

V. EL ENSAYO MORAL EN EL MUSEO POPULAR1. Definiciones

En el capítulo anterior me referí a dos tipos de textos con los mismos intereses y con los mismos fundamentos, pero tratados de diferente manera: los cuadros costumbristas y los ensayos morales. En este capítulo voy a referirme a estos últimos.

Para hablar del ensayo moral debo empezar por definir lo que es el ensayo, palabra que fue aplicada en la crítica literaria hacia fines del siglo XIX, pero cuyo ejercicio: "meditación escrita en estilo literario",<sup>(35)</sup> es conocido desde Michel de Montaigne, padre del ensayo moderno. En Hispanoamérica fue frecuentado, aunque no con ese nombre, por Sarmiento, Bello, Montalvo, Martí, Hostos, González Prada. "Sus tios ibéricos se apellidaban Quevedo, Feijoo, Jovellanos, Cadalso".<sup>(36)</sup>

El ensayista, de acuerdo con Ortega y Gasset, suprime las notas a pie de página y demás bagaje académico para hacer surgir "la expansión del íntimo calor con que los pensamientos fueron pensados".<sup>(37)</sup> Y este concepto o característica del ensayo será muy importante para explicar el ensayo mexicano de los años 40 del siglo pasado, no se diga del de principios del siglo XIX, porque la circunstancia que rodeaba a los escritores no les permitía el afinamiento lingüístico o literario en los textos que iban destinados con urgencia a las prensas, en su mayoría con fines políticos. Aquí podemos recordar a la prensa insurgente que, cargada a lomo de mula, recorría las serranías de la tierra caliente, en espera de comunicados de propaganda y de leyes cuya presencia era vital en los campos de batalla.

Aunque John Skirius nos habla de cuatro características del ensayo : confesarse, persuadir, informar y crear arte, en los que voy a

comentar, sólo he advertido dos: persuadir e informar.

Como resumen, puedo decir que se trata de un género multifacético en el que caben toda clase de temas que permitan la divagación ; el comentario personal donde aparezca la perspectiva de la propia experiencia; la conversación animada, irónica o aguda; la información, erudita o no ; todo ello presentado con la libertad absoluta que proviene de toda meditación personal, siempre proclive a diferentes disparaderos temáticos o emocionales.

Pero José Luis Martínez dice:

Sin embargo, hasta el juego mental más divagante y caprichoso requiere, en mayor o menor grado, de algún rigor expositivo; y justamente, en la variada dosificación de estos dos elementos: originalidad en los modos y formas del pensamiento y sistematización lógica, radican los diferentes tipos de ensayo. (38)

(38) De los diez tipos de ensayo en los que José Luis Martínez ha dividido el ensayo, (39) me parece que los textos de El MP podrían quedar inscritos en los llamados "de fantasía, ingenio o divagación" con temática moral, en el sentido aquí ya expuesto, y dentro de las preocupaciones que el propio Guillermo Prieto tantas veces nos ha mencionado.

## 2. El ensayo moral en El Museo Popular

Con las características arriba mencionadas, he recogido siete textos: cuatro anónimos (dos sin autor ni traductor: "Influencia del bello sexo" y "Sobre la excesiva locuacidad"; uno con indicación de traducción, aunque anónima: "Educación y condición social de las mujeres en París", y uno traducido por José María <sup>de</sup> Andrade: "Pensamientos de un soltero"), uno de Camilo Bros ("Ensayo histórico sobre las modas"), otro firmado por D. ("Novias y queridas") y uno más firmado por Mariano José de Larra ("Las palabras"), que aquí aparece sin firma, pero que logré identificar en el contexto de la obra.

### a) Anónimos

Sin firma, "Influencia del bello sexo"

Sin referencia a ningún país o época, el autor de este ensayo reflexiona sobre las características femeninas y la educación y trato que deben recibir las mujeres. Es muy directo y preciso en sus afirmaciones, de las cuales podemos trascender los conceptos al uso en esos años, porque si bien no se sabe quién escribió el ensayo ni a que época pertenece, basta su presencia en la revista para que queden aceptados sus conceptos que, de manera reflexiva y en un lenguaje culto, no se alejan demasiado de los expuestos por Guillermo Prieto en sus cuadros.

### 1) Diferencias entre el hombre y la mujer

Si la naturaleza hubiera dotado a las mujeres del vigor físico y de la fuerza intelectual de los varones, sin quitarles nada de sus gracias, de su ternura, de la vivacidad agradable de su imaginación y de la delicadeza exquisita de sus sentimientos[...]

Pero la naturaleza ha dispuesto las cosas de otro modo, haciendo incompatibles física y moralmente las cualidades de en-

trambos sexos. La mujer domina por el sentimiento, pero en cuanto a la razón, es dependiente del hombre.

El párrafo se explica por sí sólo: al hombre corresponde la fuerza física e intelectual, y a la mujer la ternura, la imaginación, la delicadeza de sentimientos; la mujer es toda sentimiento y el hombre es todo razón, y el sentimiento es dependiente de la razón.

## 2) La servidumbre, inherente a la mujer

La causa esencial que obliga al bello sexo a la servidumbre, debe buscarse en la naturaleza de sus facultades intelectuales: en su imaginación más ardiente, más delicada que la nuestra, más hábil para encontrar recursos momentáneos, pero pasiva, sin facultad creadora, poco fecunda de ideas y de una esfera limitada. Las prendas y defectos de la imaginación mujeril dependen de su constitución física, y, por lo tanto, la educación podrá modificarlos algún tanto, pero no destruirlos.

Se trata de la eterna razón determinista en la cual, durante siglos, se mantuvo en sojuzgamiento a la mujer. No se acepta la posibilidad individual de poseer un carácter, sino que se define de manera rusa a todas las mujeres negándoles la capacidad intelectual sólo por el hecho de serlo.

## 3) La mujer y su sometimiento mental

sólo se someterán a aquella mente de la cual han recibido o han creído recibir luces; esta sumisión les parecerá forzosa en virtud de su debilidad física, o amable si las pasiones la han fortalecido, pero el alma mujeril sirve una sola vez y, semejante a los esclavos de Egipto, se vale de su esclavitud para mandar

después, y las ideas que ha adquirido en su sumisión le sirven para dominar en la sociedad.

La supuesta debilidad física femenina conlleva su servidumbre intelectual y moral, considerada aquí a niveles casi zoológicos. En la segunda parte del párrafo citado, el autor afirma que la fuerza de las mujeres radica precisamente en su debilidad, es decir, es la fuerza del débil, del que hay que tratar bien porque sería una infamia molestarlo o causarle daño. Esta idea lleva implícita otra, la de la inferioridad femenina: el hombre no alterna con mujeres, mucho menos les causa daño, porque no están en su mismo nivel: la mujer es un ser degradado por esta sociedad.

#### 4) Necesidad de educar a la mujer...

Las mujeres siguen siempre el espíritu del siglo. Nunca han sido otra cosa que lo que han querido los hombres que sean, por la imposibilidad en que se hallan de trabajar con otro caudal de ideas que el que presenta a cada una la persona que elige por maestro.

Esta sola consideración basta para hacer ver la urgente necesidad de educar al bello sexo.

Entiendo aquí un concepto muy especial de la palabra educación. Si el hecho educativo consiste en recibir la cultura de la comunidad, es obvio que el autor de este ensayo está hablando de una educación amañada en la que la mujer sólo le será dado, a través de maestros adecuados, aquello que conviene a las doctrinas ya expuestas, es decir al carácter de servidumbre y de sumisión permanente de un sexo ante otro. Ciertamente las ideas de la época que aquí se

comenta mantienen esta ideología, y, por ello, el autor insiste en que estas ideas continúen. Es importante señalar que es hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando las mujeres mexicanas logran evadirse de este yugo y no sólo colaborar en las revistas literarias -primer paso en el periodismo-, sino también convertirse en editoras, aunque sus primeros tanteos fueron dentro de la poesía "familiar" (el hogar, los hijos, etc.) o -para no olvidar sus atavismos- en el campo de las modas y los afeites.

#### 5) La instrucción moral

Nosotros creemos que toda la instrucción literaria de las mujeres, generalmente hablando, debe reducirse o dirigirse al objeto más interesante para ellas, es decir, a la moral. Fortalezcamos su espíritu de modo que pueda resistir vigorosamente a las seducciones futuras de su imaginación.

La palabra moral tiene aquí connotaciones éticas. Hay que alejar a la mujer de todo aquello que sea amoral o inmoral, hay que someterla a las costumbres establecidas, para que pueda responder moralmente a su sociedad. El mayor peligro que la amenaza es la imaginación, y hay que convertirla en un ser sin imaginación o con sólo la necesaria para atender su vida doméstica dentro de los más estrictos cánones morales, o sea aquella conducta que conviene a la familia cuyo representante es el hombre.



G) Máximas generales

Ejercicio de las virtudes morales...

Combatir la inclinación bastante general de las mujeres a todo lo que es exterioridad y prácticas minuciosas.

Para las mujeres es una obligación la buena fama y reputación. El hombre la recobra[...] la mujer no.

No basta ser buena: le es preciso, además, parecerlo.

Inspirad a las mujeres la virtud de la caridad, y habréis completado su educación moral.

Sin firma, "Sobre la excesiva locuacidad"

Reflexiones sobre el hábito que tienen algunas personas de hablar y hablar, por lo general cuando no tienen nada que decir. Sobre este vicio el autor obtiene ocho inconvenientes:

- 1º El de fatigar sus pulmones
- 2º El de verse obligado a repetir las mismas cosas...
- 3º El de exponerse a decir desatinos...
- 4º El ofender a los que quisieran hablar mientras él no calla.
- 5º El de hacer a los demás mucho más severos al juzgarle.
- 6º El de estorbar la difusión de ideas mejores que las suyas.
- 7º El de descubrir[...] los secretos ajenos.
- 8º El de olvidar muchas veces las reglas del decoro...

Sólo se trata de matices de las normas de urbanidad que en forma oral o escrita se transmiten hasta nuestros días.

Sin firma, "Educación y condición social de las mujeres en París"

En este ensayo, cuyo autor debe ser español o mexicano, no es tan importante lo que nos informa respecto de la educación que reciben las niñas, de los doce a los diecinueve años, en los muchos colegios para señoritas que existen en las cercanías de París, lo importante es la perspectiva del autor, la manera de cómo ve ese tipo de educación y sus resultados en la sociedad. El autor observa, con escándalo, que:

en estos establecimientos se pone mucho esmero en todo lo que se refiere a la salud, modales y apariencia exterior de las pupilas, pero su religión y moralidad se mira como cosa de especie secundaria, y en este lamentable abandono las escuelas siguen el impulso de la sociedad [...]. La influencia del clero católico es, de consiguiente, poca o ninguna en estos colegios...  
.....

Las mujeres de París hacen mucho ejercicio al aire libre; abundan a ciertas horas en las plazas y paseos, y sobre todo en los actos públicos. La libertad con que en estos casos ceden a la muchedumbre para abrirse paso, deja atónitos a los extranjeros [...]. A la verdad la mujer goza en Francia una especie de supremacía de que no se tiene idea en otros países, presidiendo en todas las diversiones y aun muchas veces en los negocios, y toman siempre el primer lugar [...] en el interior de la familia, el marido se eclipsa, y la mujer es la que recibe las visitas y arregla todo el ceremonial como si fuera la única propietaria.

Este ensayo indudablemente ha sido publicado en El IIP como modelo de lo que no debe hacerse.

Sin firma "Pensamientos de un soltero"

Con un epígrafe con versos de <sup>(P)</sup> Heredia, el autor reflexiona sobre las cosas que él haría si fuera casado, pero teniendo en cuenta las cosas que hizo cuando era soltero: En este juego de soltero-casado, se deja ver la imagen ideal de lo que debe ser la mujer en su función de esposa:

1) Discreción en el vestir y en el hablar

no querría que mi mujer llamase la atención con su figura, ni con su talento, ni con su adorno, ni con sus modales, y sin embargo desearía que tuviese todas estas cualidades.

Para este escritor lo más importante es la apariencia, y está dispuesto a tolerar en su esposa la elegancia, el talento y la educación, siempre y cuando que ella sepa disimularlos y sólo aparecer como una persona simple en todos sentidos.

2) Los buenos maridos, sinónimo de ridiculez

no temería ser visto al lado de mi mujer [en el teatro y en los paseos], y menos temería aun el ridículo con que los fatuos y los tontos quieren revestir a los buenos maridos.

Es clara la división entre ambos sexos. Los hombres se divierten con los hombres; las mujeres, con las mujeres. Cuando alguien infringe esta norma, llega el ridículo, aunque se trate de parejas de matrimonios.

### 3) Los hijos, lazo que une a la pareja

querría tener muchos hijos, porque ellos forman la cadena que enlaza estrechamente a la mujer y al marido.

Hasta nuestros días, esta vieja premisa parece gobernar a muchos matrimonios, y se convierte en el lema femenino por antonomasia: la mujer atada a la maternidad para poder conservar a un marido proveedor de apellido, de un sitio en la sociedad, de alimento, de vestido, de protección, etc. El tener hijos equivale entonces a la única forma de garantizar esta protección.

### 4) La mujer, sujeto débil ante las tentaciones

no sería confiado porque las mujeres toman muy a menudo la confianza por indiferencia, y acaso las arrastra a cometer una falta.

.....

querría que tuviese talento, que fuera afecta a la lectura y a la música, porque una mujer que ama las artes, nunca se fastidia cuando está sola, y si el marido tiene precisión de ausentarse con frecuencia dejando sola a su mujer, la expone a que preste oídos a las distracciones que le ofrezcan.

.....

en el baile la dejaría bailar con tres personas, pero no consentiría que valsase más que conmigo.

.....

escogería con cuidado las personas que había de recibir en mi casa; despediría muy pronto a esos mozalbetes que, por casualidad, van siempre a la hora que el marido ha salido...

Queda implícito en estos deseos el concepto de que la mujer es un ser amoral que debe recibir, como ya se ha dicho en otros textos, la enseñanza adecuada para que sea una mujer virtuosa. Si esta mujer no es protegida de las tentaciones más vulgares, fácilmente caerá en ellas porque es un ser débil y sin principios éticos, es casi un ser instintivo en el que hay que ejercer una suprema vigilancia.

b) Camilo Dros

Dros ofrece presentar algunas traducciones "con sus respectivas adiciones y comentarios adaptados a nuestras circunstancias", todas ellas alusivas a la moda en el transcurso de los siglos, siempre bajo el título de "Ensayo histórico sobre las modas". Inicia sus traducciones con el ensayo "Edad", alusivo a la edad femenina y al hábito de mantenerla como secreto, a pesar de que la apariencia física la divulgue:

En México hay un método cronológico muy expedito para conocer la edad que tienen realmente las niñas de cincuenta años. Nuestras cronistas ocurren para eso a las llegadas de los virreyes Lacroix o Branciforte, a la peste de las viruelas, a la aurora boreal o a la última inundación de México.

c) D., "Novias y queridas"

En el transcurso de las definiciones de novia y de querida, nombres que se dan las mujeres cuando conceden sus favores a los varones, el autor deja ver ciertas normas no sólo morales, sino éticas, que aún podrían considerarse vigentes.

La querida, "que es lo que más abunda en el día" tiene varias subdivisiones:

- 1º La que quiere al hombre que la quiere y que no da nada por este cariño: es la clase más noble y sólo existe en las jóvenes.
- 2º La que quiere al que no la quiere, y tiene que dar para que la quieran: es la clase más odiosa: son las viejas verdes.
- 3º La que no quiere y el hombre no la quiere y, por razones incomprensibles mantienen armonía: es la clase más divertida y de ella participan jóvenes y viejos porque <sup>a</sup> todos les toca su parte de fastidio y hastío.

Las novias, que son las que el autor prefiere, "sólo existen entre las solteras o las viudas, por consiguiente no hay marido que asuste, no hay escondite que encierre". Ellas despiertan el entusiasmo porque "allí hay pasión, esperanzas, porvenir, ilusiones, y esto es la vida, la vida fantástico, la vida que hace gozar; porque la vida sin esto es nada".

#### d) Mariano José de Larra

Sólo veintiocho años, que no llegó a cumplir, vivió Larra, y su vida personal tuvo grandes fracasos, afortunadamente acompañados de un gran éxito como escritor. Escribió desde los veinte años; publicó poesía, teatro y en gran cantidad artículos periodísticos en los cuales dio a conocer sus críticas teatrales. La mayor parte de su obra es una crítica social y política, en particular encaminada hacia las costumbres.

El editor de sus Artículos completos (Madrid, Aguilar, 1944), dice que a los diecinueve años (1828) publica El Duende Satírico, que se suspendió año y medio después. En 1832 comenzó la publicación de

El Pobrecito Hablador. Revista Satírica de Costumbres, por el Bachiller don Juan Pérez de Munguía, seudónimo de Larra. En 1833 colabora en la Revista Española, ya con el seudónimo de Figaro. Su primer artículo, titulado "Mi nombre y mis propósitos", apareció el 15 de enero de 1833. La Revista acabó en agosto de 1835.

Fue tanta su reputación como periodista que sus artículos tenían gran demanda y eran muy bien pagados. El Español le asignó 20, 000 reales cantidad que en esa época era muy cuantiosa. En este periódico publicó Figaro sus mejores artículos. Desde el 28 de noviembre de 1836 hasta su muerte, Figaro escribió en El Redactor General dos artículos mensuales. Su obra empezó a aparecer reunida en libro desde 1828, y la primera edición de sus Obras completas apareció en Francia en 1857.<sup>(10)</sup>

El texto de Larra publicado en El HP se intitula "Las palabras" y pertenece a la sección de "Artículos de costumbres" en su ya citada edición de Artículos completos, aunque hay que insistir que en El HP no se le dio autoría.

"Las palabras"

Con su característico estilo incisivo y a buenos ratos cruel, Larra muestra su descorazonamiento por la conducta humana que finca en las palabras los verdaderos valores humanos. Reflexiona sobre cómo el hombre ha creado las palabras sólo para servirse de ellas en demérito de los menos afortunados. Desconfía de las masas y de cómo éstas caen en la palabrería inútil. Admira a los animales, cuya falta de palabras les permite un auténtico entendimiento: "Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden". Desde luego, Larra fundamenta sus reflexiones en la costumbre de hablar <sup>y hablar</sup> a la ligera sin construir nada positivo.

VI

ÍNDICE GENERAL

DE

EL MUSEO POPULAR



ÍNDICE GENERAL DE EL MUSEO POPULAR

A.L. [ Vid. Alberto LISTA Y ARAGÓN ]

ANDRADE J. [ José ]. H. [ aría ]. [ de ] (mexicano, 1807-1883)

ENSAYO MORAL

"Pensamientos de un soltero" [ Trad. Vid. ANÓNIMO ]

RELATO

"Abul-Hacem (Novela de 1174)" [ Firma: J.H. de A. ] HP (5)

pp. 104-112

"Historia de una botella contada por ella misma" [ Trad. por J.H.

Andrade. Vid. ANÓNIMO ]

"Margarita (Crónica de 1570)" [ Firma: J.H. de A. ] HP (6)

pp. 132-143

"El seductor y la víctima" HP (10) [ Sin firma\* ] pp. 226-228

ANÓNIMOARTÍCULO

"El café" [ Trad. ] HP (6) pp. 124-129

"Del epigrama" HP (10) pp. 263-264

"Emigraciones de las aves" HP (8) pp. 169-171

"Fabricación del lacre" [ Trad. por B. ] HP (2) pp. 33-35

"Horticultura (Del modo de fertilizar los árboles frutales)"

HP (5) pp. 116-117

-----  
\*En el Repertorio Literario, t. I, 1841 p. 249, aparece esta pieza,  
con variantes, firmado con las iniciales J.M.A.

- "Instrucción pública (Seminario Conciliar, San Juan de Letrán, Colegio Seminario)" MP (2,3,4) pp. 25-28;58-62;89-96;117-120
- "Magnetismo animal" MP (3) pp. 171-181
- "Metereología (Causas de los vientos)" MP (10) pp. 255-258
- "Hociones generales sobre los eclipses" [ Trad. para El Museo ]  
MP (10) pp. 217-222
- "La ópera de la calle" MP (10) pp. 228-230
- "Profundidad del mar" MP (9) pp. 214-215
- "Rarezas que se observan en la historia natural" [ Trad. para  
El MP ] MP (10) pp. 222-224
- "Raro testamento de L. Cortusio de Padua, en el año de 1418"  
MP (9) pp. 194-195
- "Teatro" MP (3) p. 72
- "Teatro (Falso testimonio)" MP (1) pp. 23-24
- "Toma de Zaragoza" [ Trad. por Guillermo Prieto ] MP (3) pp.191-  
192
- "Vacuna" MP (2) pp. 31-33

#### ENSAYO MORAL

- "Educación y condición social de las mujeres en París" [ Trad. ]  
MP (10) pp. 224-226
- "Influencia del bello sexo" MP (1) pp. 19-23
- "Pensamientos de un soltero" [ Trad. por J.H. de Andrade ] MP  
(4) pp. 79-80
- "Sobre la excesiva locuacidad" MP (5) pp. 103-104

ENSAYO POÉTICO

"Descripción pintoresca del mes de enero" MP (1) pp. 16-18

BIOGRAFÍA

"Bacon" MP (2) pp. 207-210

CUADRO COSTUMBRISTA

"Los amores de diligencia" [ Trad. para El Museo ] MP (7)  
pp. 159-164

RELATO

"El aparecido" MP (10) pp. 261-263

"Historia de una botella contada por ella misma" [ Trad. por  
J.H. <sup>A</sup>trade ] MP <sup>(4)</sup> pp. 87-89

"Lekain-Vendôme" [ Trad. por C. Bros ] MP (4) pp. 81-87

"Raro descubrimiento de un tesoro" MP (9) pp. 195-196

"Tradiciones alemanas (El torneo)" MP (9) pp. 193-194

"Veinte y cuatro horas en la vida de una mujer" [ Trad. C.  
Bros ] MP (1) pp. 7-15

GACETILLA

"Chisme" MP (9) p. 216

"Epigrama" [ ¿Cuál es la virtud más grande? ] MP (6) p. 144

"Epigrama" [ Hurio' don Patricio Gil ] MP (5) p. 117

"Epitafio" MP (5) p. 117

"Escribir como ángel" [ Trad. anónima ] MP (3) p. 67

"La leche de la Virgen María" [ Trad. ] MP (1) p. 24

"Háscaras" MP (3) pp. 66-67

"[ El primero que unió las palabras a la música... ]" MP (1)

"Sentencias morales" HP (6) p. 144

B. [Vid. Camilo BROS.]

Don  
BENEDETTO, A. [Vid. Guillermo PRIETO]  
BENEDETTO, I. del F., Do. [Vid. Guillermo PRIETO]

BRAVO, L. G.

"Abdul-Adhel o El Mantés (Cuento del siglo XV)" HP (7) pp.

145-154

BROS, C. [Vid. Camilo BROS.]

BROS, C. [Camilo]. (mexicano ?)

ARTÍCULO

"Aerografía" [Firma: C. Bros.] HP (2) pp. 28-31; 63-65

"Fabricación del lacre" [Trad. Vid. ANÓNIMO]

CUADRO COSTUMBRISTA

"Primer día de año nuevo" [Firma: B.] HP (1) pp. 18-19

ENSAYO

"Lecciones a un periodista novel" [Firma: B.] HP (6)

129-132

ENSAYO MORAL

"Ensayo histórico sobre las modas" [Firma: B.] HP (2)

pp. 47-48

RELATO

"Lekain-Vendôme" [Trad. Vid. ANÓNIMO]

"Veinte y cuatro horas de la vida de una mujer" [ Trad. Vid.

ANÓNIMO ]

*Nel*

BYRON [ George Gordon ], Lord (inglés, 1788-1824)

ENSAYO POÉTICO

"Las tinieblas" [ Trad. para El Museo Popular por José María

Lafragua y Casimiro Collado ] HP (10) pp. 253-255

C.C. [ Vid. Casimiro COLLADO ]

CALERO QUINTANA, Vicente (mexicano, 1817-1853)

POESÍA

"Un árbol de invierno" (A mi amigo D.F.H. de Olaguibel)\* HP

(10) pp. 252-253

COLLADO [ DE ALBO ], Casimiro [ del ] (Santander España, 1822-Ciudad  
de México, 1898)

POESÍA

"El bosque (a Elvira)" [ Firma: C. Collado ] HP (10)

pp. 231-234

"La campana de las doce" HP (7) pp. 164-166

ENSAYO POÉTICO

"Las tinieblas" [ Trad. Vid. lord BYRON /

-----  
\* Don Francisco Modesto de Olaguibel

D.

ENSAYO MORAL"Novias y queridas" HP (10) pp. 259-261E.E. /Vid. EDITORES/

EDITORES /Firman E.E./

ARTÍCULO"Colegio Seminario" [Firma: EE.] HP (3) p. 66[En contra del artículo "Teatro Principal" de RUZ DE CEA. Vid.]ENSAYO"Introducción" [Firma: EE. del Museo Popular] HP (1) pp. 1-2GACETILLA"Apega (Suplicio de la)" HP (9) p. 216"Campanas" (Almacén Pintoresco)" HP (9) p. 216

F.G

BIOGRAFÍA

"Reseña biográfica de doña María Napoleona Albini de Vellani"

HP (5) pp. 114-116

FERNÁNDEZ DE LA VEGA, José

ENSAYO POÉTICO"La ciega" HP (4) pp. 73-74

GÓRSTIZA, H[aniel]. E [duardo]. de

POESÍA"Romance morisco" HP (2) pp. 46-47

HUGO, Victor (francés, 1802-1885)

ARTÍCULO

"Fragmentos de historia" [ Trad. anónima ] HP (7) pp. 154-159

J.H. de A. [ Vid. José María de ANDRADE ]

J.H.L. [ Vid. José María LAFRAGUA IBARRA ]

J.H. [ Vid. Joaquín HAVARRO ]

L.F.

ARTÍCULO

"Los tembladores ( 1833. Recuerdos e impresiones de mis viajes)"

HP (6) pp. 121-124

LAFRAGUA [ IBARRA ], José María (mexicano, 1813-1875)

ENSAYO POÉTICO

"Las tinieblas" [ Trad. Vid. lord BYRON ]

LARRA, Mariano José de (español, 1809-1837)

ENSAYO MORAL

"Las palabras" [ Sin firma ] HP (1) pp. 4-6

LISTA Y ARACÓN, Alberto (español, 1775-1848)

ENSAYO

"De las formas dramáticas" [ Firma: A. L. ] HP (10)

pp. 245-252

HESOHERO ROMANOS, Ramón de (español, 1803-1882)

CUADRO COSTUMBRISTA

"El amante corto de vista" HP (3) pp. 52-58

"La politico-manía" MP (5) pp. 97-101

H.P.P.

ARTÍCULO

"Las catacumbas de Alejandría" MP (5) pp. 113-114

HAVARRO, Joaquín (mexicano, 1802-1851)

ARTÍCULO

"Ideología" [ Firma: J.H. ] MP (1) pp. 2-4

GACETILLA

"Pensamientos"      < / >      [ Firma: J.H. ] MP (1) p. 16

OCHOA, Eugenio de (español, 1815-1872)

RELATO

"Ramiro" [ Firma: E. de O. ] MP (9) pp. 196-207

OSSIÁN (irlandés, siglo III)

ENSAYO POÉTICO

"Carric-Thura" [ Trad. para El Museo Popular ] MP (10)  
pp. 234-245

PATRIOTA, El [ Vid. Lorenzo de ZAVALA ]



PRIETO [ PRADILLO ], Guillermo (mexicano, 1818-1897)

POESÍA

"A...Letrilla" HP (4) pp. 77-79

"El caballo salvaje" (A Agustín Parada) HP (3) p. 62

"El celaje" (A Joaquín Navarro) HP (5) pp. 101-102

"La desesperación" HP (1) pp. 15-16

"Ernesto" HP (?) pp. 43-46

"La libertad" HP (6) pp. 143-144

ARTÍCULO

"Toma de Zaragoza" [ Trad. Vid. ANÓNIMO ]

CUADRO COSTUMBRISTA

"Costumbres mexicanas (Un domingo)" [ Firma: D. Benedetto ]

HP (2) pp. 36-43

"Las doncellas" [ Firma: D. Benedetto I. del F. ] HP (4)

pp. 74-77

RODRÍGUEZ, I. [ Vid. Ignacio RODRÍGUEZ GALVÁN ]

RODRÍGUEZ GALVÁN, Ignacio (mexicano, 1827-1899)

POESÍA

"Eva ante el cadáver de Abel" [ Firma: I. Rodríguez ] HP

(9) pp. 211-213

ENSAYO

"Teatro" [ Firma: I. Rodríguez ] HP (3) pp. 67-71

ROULIN, H.

ARTÍCULO

"Ciencias naturales (Mutaciones observadas en los animales domésticos transportados del Antiguo al Nuevo Continente)" [ Diario de los Conocimientos Útiles: París ] HP (3) pp. 49-52

RUZ DE CEA, G.

ARTÍCULO

"Teatro Principal" [Artículo remitido] HP (8) pp. 181-189

ZAVALA [SÁENZ], Lorenzo de [Seud: El Patriota] (mexicano,  
CUADRO COSTUMBRISTA 1738-1836)

"Costumbres alemanas" HP (7) pp. 166-168

0116

V I I

C U A D R O S   E S T A D Í S T I C O S

S O B R E

E L   M U S E O   P O P U L A R

CUADROS ESTADÍSTICOS

## 1. GÉNEROS

AUTORES NACIONALES		GÉNEROS*										
MEXICANOS		P	A	B	CC	E	EH	EP	G	R	T	Tot
1.	ANDRADE, José María									3	2	5
2.	BROS, Camilo		1		1	1	1				3	7
3.	CALERO QUINTANA, Vicente	1										1
4.	COLLADO, Casimiro	2									1	3
5.	EDITORES		2			1			2			5
6.	GOROSTIZA, Manuel Eduardo de	1										1
7.	LAFRAGUA, José María										1	1
8.	NAVARRO, Joaquín		1						1			2
9.	PRIETO, Guillermo	6			2						1	9
10.	RODRÍGUEZ GALVÁN, Ignacio	1				1						2
11.	ZAVALA, Lorenzo de				1							1
TOTAL		11	4		4	3	1		3	3	8	37

\* Claves de los géneros

P - Poesía

A - Artículo

B - Biografía

CC - Cuadro costumbrista

E - Ensayo

EH - Ensayo moral

EP - Ensayo poético

G - Gacetilla

R - Relato

T - Traducciones

Tot - Totales

0118

AUTORES EXTRANJEROS	GÉNEROS											Tot
	P	A	B	CC	E	EM	EP	G	R	T		
ESPAÑÓLES												
11. LARRA, Mariano José de						1						1
12. LISTA Y ARACÓN, Alberto					1							1
13. MESOHERO ROMANOS, Ramón de				2								2
14. OCHOA, Eugenio de									1			1
FRANCÉS												
15. HUGO, Victor		1										1
INGLÉS												
16. BYRON, lord							1					1
NO IDENTIFICADOS												
17. BRAVO, L.G.									1			1
18. D.						1						1
19. F.G.			1									1
20. FERNÁNDEZ de la VEGA, José							1					1
21. L.F.		1										1
22. N.P.P.		1										1
23. ROULIN, H.		1										1
24. RUZ de CEA, G.		1										1
IRLANDES												
25. OSSIAN							1					1
TOTAL		5	1	2	1	2	3		2			16
ANÓNIMOS		17	1	1		4	1	9	6			39

2. INICIALES Y SEUDÓNIMOS

- 1) A.L. . . . . . Alberto
- 2) B. . . . . Camilo Bros
- 3) C. BROS . . . . . Camilo Bros
- 4) C.C. . . . . . Casimiro Collado
- 5) C. COLLADO . . . . . Casimiro Collado
- 6) D. . . . . No identificado
- 7) D. BENEDETTO . . . . . Guillermo Prieto
- 8) D. BENEDETTO I. del F. . . . . Guillermo Prieto
- 9) E.E. . . . . . Editores
- 10) E. de O. . . . . Eugenio de Ochoa
- 11) El Patriota . . . . . Lorenzo de Zavala
- 12) F.G. . . . . No identificado
- 13) G. RUZ de CEA . . . . . No identificado
- 14) J.M. de A. . . . . José María de Andrade
- 15) J.H. ANDRADE . . . . . José María de Andrade
- 16) J. M. L. y C.C. . . . . José María Lafragua  
y  
Casimiro Collado
- 17) J.H. . . . . Joaquín Navarro
- 18) I. RODRÍGUEZ . . . . . Ignacio Rodríguez Galván
- 19) L.F. . . . . No identificado.
- 20) L.C. BRAVO . . . . . No identificado
- 21) M.E. de GOROSTIZA . . . . . Manuel Eduardo de Gorostiza
- 22) M. ROULIN . . . . . No identificado
- 23) N. P. P. . . . . No identificado

3. AUTORES TRADUCIDOS

AUTOR TRADUCIDO	TÍTULO DE LA PIEZA	TRADUCTOR
ANÓNIMOS	"Pensamientos de un soltero"	José María Andrade
	"Historia de una botella conta- da por ella misma"	José María Andrade
	"Fabricación del lacre"	Camilo Bros
	"Lekain-Vendôme"	Camilo Bros
	"Veinte y cuatro horas de la vida de una mujer"	Camilo Bros
	"Toma de Zaragoza"	Guillermo Prieto
BYRON, Lord	"Las tinieblas"	Casimiro Collado y José María Lafragua
HUGO, Victor	"Fragmentos de historia"	ANÓNIMO
OSSIÁN	"Carric-Thura"	Irlandés

## 4. TRADUCTORES

TRADUCTOR	TÍTULO DE LA PIEZA	AUTOR	GÉNERO
ANÓNIMO	"Fragmentos de historia"	HUGO, Victor	A
ANÓNIMO	"Carric-Thura"	Ossián	E P
ANDRADE, José Ma.	"Pensamientos de un soltero"	ANÓNIMO	E II
	"Historia de una botella contada por ella misma"	ANÓNIMO	R
BROS, Camilo	"Fabricación del lacre"	ANÓNIMO	A
	"Lekain-Vendôme"	ANÓNIMO	R
	"Veinte y cuatro horas de la vida de una mujer"	ANÓNIMO	R
COLLADO, Casimiro y LAFRAGUA, José Ma.	"Las tinieblas"	Lord BYRON	E P
PREETO, Guillermo	"Toma de Zaragoza"	ANÓNIMO	A



## VIII. CONCLUSIONES

He tratado de ubicar a El Museo Popular como obra que representa, bajo la mano segura de Prieto, el deseo de independencia de las letras nacionales, y el de ofrecer una clara y saludable crítica de la sociedad mexicana.

El HP es una muestra del liberalismo militante, del intento de emancipación del mundo hispánico y particularmente de sus letras, y nos muestra cómo un joven periodismo trata de llevar al público una manera diferente de ver la vida y lo que elle implica, especialmente en el aspecto educativo. Producto de una etapa crítica, El HP surge como una necesidad de expresión de lo que Prieto juzga vital para el México de esos años: conocerse a sí mismo.

Guillermo Prieto, en El HP, trata de hacer que conozcamos nuestras raíces ignoradas, que nosotros, siendo mexicanos, nos sintamos orgullosos de nuestras tradiciones y no nos enajenemos por gustos y modas extranjeras prefiriéndolas por encima de las nuestras.

Especialmente he querido destacar la figura de Guillermo Prieto como verdadero animador de El HP, dada su importancia en las letras nacionales y su constante interés no sólo por impulsar la literatura mexicana, sino por concretizar una auténtica identidad nacional, interés que ya desde las páginas de El HP, a sus apenas veintidós años, expresa de manera muy enérgica y logra difundir hacia otras publicaciones.

Lamentablemente, el llamado de Prieto no alcanza la amplitud que él desea y tiene que recurrir a la copia de textos extranjeros, especialmente españoles (Mesonero y Larra), por ser éstos quienes más se avenían a sus intenciones críticas y a su estilo de ejemplificación de todo aquello que él juzgaba inconveniente en la sociedad mexicana.

He hecho una separación entre "Cuadro costumbrista" y "Ensayo moral" de acuerdo con criterios modernos que a su tiempo explico, para hacer notar el interés del momento por atender a una renovación en todos los aspectos posibles.

El cuadro costumbrista en El MP describe el medio social en que viven sus personajes, retrata los aspectos exteriores, las costumbres y los sentimientos colectivos.

El ensayo moral, con la misma intención del cuadro costumbrista, difiere de éste en su reflexión y permanece estático mientras que el cuadro costumbrista fluye a través de sus personajes.

Tanto el ensayo moral como el cuadro costumbrista contribuyen o pretenden contribuir a la educación de la sociedad ofreciendo la crítica de las instituciones -que incluye a la familia-, y abogando por las doctrinas reformadoras. Por esta vía el escritor busca ejercer una influencia sobre el espíritu del lector y ofrecer su aportación a la reorganización de la sociedad.

Después de mi cercanía con El Museo Popular y con las publicaciones periódicas con las que coincide en el tiempo, puedo afirmar que se trata de la primera revista nacionalista que se publica en México, por su clara intención de buscar la identidad nacional, por hacer que la sociedad <sup>mexicana</sup> volviera los ojos a su propia realidad y por ofrecer una crítica fundamentada a la educación en México como pun-

to inicial del camino hacia mejores planes educativos.

Puedo agregar que el acercamiento a esta época permitirá siempre un mayor conocimiento no sólo de nuestra literatura sino también de nuestro país.

R. P. V.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

## 1. BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA GENERAL

## 1. ANDERSON IHERBERT, Enrique

Historia de la literatura hispanoamericana. I. La Colonia. Cien años de República. 10ª ed. México, Fondo de Cultura Económica. 486 pp. (Colec. Breviarios, 89).

## 2. ANDONEGUI CUENCA, María de los Angeles

Los poetas de El Renacimiento. (1894). México, 1989. 225 pp. tesis, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.

## 3. ARRANGOIZ, Francisco de Paula de

México desde 1808 hasta 1867. 4a ed., Pról. de Martín Quirarte, México, Edit. Porrúa, S.A., 1985. 966 pp. ("Sepan cuantos...", 32).

## 4. BABINI, Rosa D. de

Los siglos de la historia. Tablas cronológicas. México, Fondo de Cultura Económica, 1960. 348 pp. (Colección Popular, 15).

## 5. BARROS, Cristina y Arturo SOUTO

Siglo XIX: romanticismo, realismo y naturalismo. México, Edit. Trillas, 1982. 99 pp. (Area: Lengua y Literatura. Serie: Temas Básicos).

6. BATAIS, Huberto

Índices de El Renacimiento . Semanario Literario Mexicano (1869). Est. prel. de...México, UNAM. Centro de Estudios Literarios, 1963. 328 pp.

7. BLAUBERG, I.

Diccionario marxista de filosofía. México, Ediciones de Cultura Popular, 1978. 344 pp.

8. BAZANT, Hílada

Debate pedagógico durante el porfiriato. Antología preparada por... México, SEP Cultural, Eds. El Caballito, 1985. 157 pp. (Biblioteca Pedagógica).

9. CALDERÓN DE LA BARCA, Madame [Frances Erskine Inglis]

La vida en México durante una residencia de dos años en ese país. Trad y pról. de Felipe Teixidor. 7a ed. México, Edit. Porrúa, 1984. 403 pp. ("Sepan cuantos...", 74).

10. CÁRDENAS DE LA PEÑA, Enrique

Mil personajes en el México del siglo XIX. 1840-1870. I.  
Comp. gráfico José Ignacio Conde. México, Banco Mexicano Somex, S.A., 1979. 661 pp.

## 11. CARILLA, Emilio

El romanticismo en la América Hispánica. Madrid, Edit. Gre-  
dos, 1958. 512 pp. (Biblioteca Románica <sup>Hispánica</sup> II. Estudios y En-  
sayos).

## 12. CLARK DE LARA, Guadalupe Belem

La Ilustración Potosina (1869). Estudio e índice. México,  
1986. 169 pp. Tesis, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.

## 13. CORREA CALDERÓN, Evaristo

"El cuadro de costumbres" en Iris M. Zavala, Romanticismo  
y realismo. Barcelona, Edit. Crítica, Grupo Editorial Gri-  
jalbo, 1982 (Historia y Crítica de la Literatura Española  
Al cuidado de Francisco Rico). t V, pp. 349-354.

## 14. COSÍO VILLEGAS, Daniel, coord.

Historia general de México. I. Obra preparada por el Cen-  
tro de Estudios Históricos. México, El Colegio de México,  
1981. 734 pp.

## 15. CUÉLLAR, José T. de (Facundo)

Baile y cochino... Novela de costumbres mexicanas. 3a ed.  
"Prólogo" de Guillermo Prieto. Ilustraciones de Villasana.  
Barcelona, Espasa Calpe y Cia., 1889, 266 pp. (La Linterna  
Mágica. 2a época).

## 16. DÍAZ DÍAZ, Fernando

Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Ál-  
varez. México, El Colegio de México, 1972. 345 pp. (Centro de  
Estudios Históricos, Nueva serie, 15).

17. Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México.

3a ed. corregida y aumentada con un apéndice. México, Edit. Po-  
rrúa, S.A., 1226 pp.

## 18. FÉNELON, François de Salignac de la Mothe

Tratado de la educación de las hijas. Escrito en francés por  
El ilustrísimo señor don Francisco de Salignac de la Motte  
Fénelon, arzobispo de Cambray. Trad. al castellano por don  
Remigio Asensio. París, Librería de Rosa y Bouret, 1870. 184  
pp.

## 19. FERRATER MORA, José

Diccionario de filosofía. México, Edit. Atlante, S.A., 1944.  
760 pp. (Diccionarios Científicos Atlante).



## 20. FILISOLA, Vicente

Memorias para la historia de la guerra de Tejas. I. por el Sr. general de división y actual presidente del Supremo Tribunal de Guerra y Marina de la República... México, Tipog. de R. Rafael, 1848. 601 pp. (facs. Editora Nacional, 1952).

## 21. GONZALEZ PEÑA, Carlos

Historia de la literatura mexicana. Desde sus orígenes hasta nuestros días. México, Edit. Porrúa, 1969. 362 pp. ("Se-pan cuantos...", 44).

22. LARRA, Mariano José *de*

Artículos completos. Recop, pról. y notas de Melchor de Almagro San Martín, Madrid, M. Aguilar, Editor, 1944. 1189 pp.

## 23. LARROYO, Francisco

Historia comparada de la educación en México. 3a ed. considerablemente aumentada. México, Edit. Porrúa, S.A., 1952. 454 pp.

## 24. LÓPEZ CÁHARA, Francisco

La génesis de la conciencia liberal en México. 3a ed. México, UIAM. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1977. 324 pp. (Serie Estudios, 9).

## 25. MAC LEAN, Malcolm D.

Vida y obra de Guillermo Prieto. México, c/ El Colegio de México, 1960. 137 pp.

## 26. MARTÍNEZ, José Luis

El ensayo mexicano moderno, I. 2a. ed. 1a. reimpresión, selec., introd. y notas de...México, Edit. Fondo de Cultura Económica, 1984. 554 pp. (Letras Mexicanas, 39).

## 27. MATUTE, Álvaro

México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas. México, UNAM. Coordinación de Humanidades. Dirección General de Publicaciones, 1984. 565 pp. (Lecturas Universitarias, 12).

## 28. MEDINA CASTRO, Manuel

El gran despojo (Texas, Nuevo México, California). 4a ed. México, Edit. Diógenes, 1980. 94 pp.

## 29. MESONERO ROMANOS, Ramón de

Obras. I. Ed. y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano. Madrid, Eds. Atlas, 1967. XCVIII + 247 (Biblioteca de Autores Españoles, 199).

30. MESTRE GHIGLIAZZA, Manuel

Femérides biográficas (defunciones-nacimientos). México,  
Antigua Libr. Robredo, 1945. 347 pp.

31. MILLÁN, María del Carmen

Literatura mexicana. 10a. ed. México, Edit. Esfinge, S.A., 1980.  
340 pp.

32. MONTESINOS, José F.

Costumbrismo y novela. 2a ed. Madrid, Edit. Castalia, 1965  
138 pp.

33. MONTESINOS, José F.

"Mesonero Romanos: Los límites del costumbrismo", en Iris M.  
Zavala, Romanticismo y realismo. Barcelona, Edit. Crítica,  
Grupo Editorial Grijalbo, 1982 (Historia y Crítica de la Li-  
teratura Española. Al cuidado de Francisco Rico). t V, pp.  
357-363.

34. MORENO TOSCANO, Alejandra, coord.

Ciudad de México: ensayo de construcción de una historia.  
México, SEP/INAH. Depto. Investigaciones Históricas, 1978.  
235 pp. (Colección Científica. Historia, 61).

35. La novela corta en el primer romanticismo mexicano. Est. prel., recop., ed. y notas de Celia Miranda, con un ensayo de Jorge Ruedas de la Serna ["La novela corta de la Academia de Letrán. Formas de la novela romántica europea"]. México, UNAM. Instituto de Investigaciones Filológicas. Centro de Estudios Literarios, 1985. 400 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 96).
36. OCAIMPO DE GÓMEZ, Aurora H. y Ernesto PRADO VELÁZQUEZ  
*Con un*  
Diccionario de escritores mexicanos. A "Panorama de la literatura mexicana", por María del Carmen Millán. México, UNAM. Coordinación de Humanidades. Centro de Estudios Literarios, 1967, XXX+422+XXXIII pp.
37. OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de  
Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911. 3a ed. ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, Pról. de Salvador Novo, México, Edit. Porrúa, S.A., 1961 (Biblioteca Porrúa, 21, 23), tomo I.
38. PERALES, Alicia  
Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX. México, UNAM. Centro de Estudios Literarios, 1957, 275 pp.
39. PRIETO, Guillermo  
Memorias de mis tiempos. Pról. de Horacio Labastida. México, Edit. Porrúa, S.A., 1985. 355 pp. ("Sepan cuantos...", 481).

## 40. QUINTANA, José Manuel

Obras. París, Edit. Librería Española de Garnier hermanos, 1882.  
572 pp.

## 41. RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen

Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México. Coautor Sergio Márquez Acevedo. México, UNAM. Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1985.  
290 pp. (Instrumenta Bibliographica, 6).

## 42. RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen

El conde de la Cortina y "El Zurriago Literario". Primera revista mexicana de crítica literaria (1839-1840, 1843 y 1851). México, UNAM. Inst. de Inv. Fil. Centro de Estudios Literarios, 1974. 85 pp. (Cuadernos del Centro de Estudios Literarios, 8).

## 43. SAINZ DE ROBLES, Federico

Los movimientos literarios. Madrid, Edit. Aguilar, 1957.  
408 pp.

## 44. SECO SERRANO, Carlos

"Hesonero Romanos, el escritor y su medio social", estudio preliminar de Obras I. de Ramón de Hesonero Romanos. Madrid, Eds. Atlas, 1967. pp. IX-XCIII (Biblioteca de Autores Españoles, 199).

## 45. SKIRIUS, John

El ensayo hispanoamericano del siglo XX. México, <sup>4)</sup> Fondo de Cultura Económica, 1981. 394 pp. (Colec. Tierra Firme).

## 46. UCELAY DA CAL, Margarita

"Escenas y tipos", en Iris H. Zavala, Romanticismo y realismo. Barcelona, Edit. Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1982 (Historia y Crítica de la Literatura Española. Al cuidado de Francisco Rico). t V pp. 354-357.

## 47. URBINA, Luis G[onzaga].

La vida literaria en México y la literatura mexicana durante la guerra de Independencia. 2a. ed. Ed. y pról. de Antonio Castro Leal. México, Edit. Porrúa, S.A., 1965. 397 pp. (Col. de Escritores Mexicanos, 27).

## 48. VALVERDE, José María

Antología de la poesía española e hispanoamericana, I. México, Edit. Renacimiento, S.A., 1962. 583 pp.

## 2. HEMEROGRAFÍA CONSULTADA

## A. PERIÓDICOS

1. El Año Nuevo. < > Presente Amistoso. México, D.F, Imprenta Librería de Galván, 1838. 256 pp.
2. El Apuntador. Semanario de Teatros, Costumbres, Literatura y Variedades. México, Imp. de Vicente García Torres [Calle de Espíritu Santo # 2], 1841, 1 vol. 388 pp. + 4 + 2.
3. El Cosmopolita. Periódico Bisemanario. México, D.F, Imprenta de Manuel R. Gallo, 1837. 1 vol.
4. El Duende. Revista Política de Literatura y Variedades. México, D.F, Impreso por Antonio Díaz, 1839-1840. 1 vol. 228 pp.
5. El Instructor. O Repertorio de Historia, Bellas Letras y Artes. Londres, Inglaterra, Casa de Ackermann y comp. Imprenta de Carlos Wood. VIII-376 pp.
6. El Iris. Periódico Crítico y Literario. Dirigido por [ Claudio ] Linati, [ Florencio ] Calli y [ José María ] Heredia. México, 1826. Ed. facsimilar. Introducción por María del Carmen Ruiz Castañeda. "El Iris: primera revista literaria del México Independiente" e Índice por Luis Mario Schneider. México, UNAM. Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1986. 2 t. ———/

( Facsímiles de la Hemeroteca Nacional de México ).

7. El Mosaico Mexicano O Colección de Amenidades Curiosas e Instructivas. México, D.F, Imprenta Ignacio Cumplido, 1836-1842. 7 vols.
8. El Museo Mexicano O Miscelánea Pintoresca de Amenidades Curiosas e Instructivas. Semanal. México, D.F, Imprenta Ignacio Cumplido, 1843-1845. 5 vols.
9. El Museo Popular. Periódico de Ciencias, Literatura y Artes. México, D.F, Impreso por J. Ojeda, Calle de las Escalerillas # 2, 1840, 1 vol. 264 pp. [ dirige<sup>Guillermo</sup> Prieto y Camilo Bros ].
10. El Recreo de las Familias. México, D.F, Impreso por Mariano Arévalo, 1838. 1 vol.
11. El Renacimiento. Periódico Literario. Editores: Ignacio M. Altamirano y Gonzalo A. Esteva. Reda<sub>c</sub>tores: Ignacio Ramírez, José Sebastián Segura, Guillermo Prieto, Manuel Paredo y Justo Sierra [ y 62 colaboradores ]. México, Imp. de F. Díaz de León y Santiago White, 1868. 2 t.



12. El Renacimiento. Periódico Literario. 2a época. Editor: Francisco Díaz de León. Director: Enrique de Olavarría y Ferrari. Secretario: Luis González Obregón. México, Imprenta y Litografía de F. Díaz de León, Sucesores, 1894.
  
13. Repertorio de Literatura y Variedades. Periódico de Literatura y Variedades. México, D.F, Imprenta de Miguel González. 1840-1841, t I, 315 pp. t II, 330 pp. t III, 127 pp. 3 t. en 2 vol.
  
14. Revista Científica y Literaria de México. Publicada por los antiguos redactores de El Museo Mexicano [ Manuel Payno y Guillermo Prieto ]. México, 1845. ii + 510 pp. Segunda época [ con el título Revista Mexicana ]. Imprenta y Litografía de Blanco e Iriarte. México, 1846.
  
15. El Zurriago Literario. Periódico Literario. México, D.F, Impreso por Ignacio Cumplido. 1a. época agosto de 1839 a enero de 1840; 2a. época abril de 1843 a junio de 1844; 3a. época de mayo a diciembre de 1857.

## B. TEXTOS EN PUBLICACIONES PERIÓDICAS

ANDRADE, José María

1. "El seductor y la víctima" en El Repertorio de Literatura y Variedades, t. I (México, 1841), p. 249.

AÑONINOS

En El Duende (1840)

1. "Política. Contraste ridículo", t. I, pp. 1-2.

En El Iris (1826)

1. "Moral", t. II, pp. 125-126.

En El Museo Popular (1840)

1. "Los amores de diligencia", pp. 159-164
2. "Influencia del bello sexo" pp. 19-23
3. "Pensamientos de un soltero", pp. 79-80
4. "Sobre la excesiva locuacidad", pp. 103-104

BROS, Camilo

En El Mosaico Mexicano (1837, 1838)

1. "Historia natural. Ornithología", t. II, pp. 265-266.
2. "Fontana. Anécdota histórica", t. II, pp. 439-443.
3. "A una paloma", t. III, p. 458.
4. "A mi lira", t. III, pp. 524-525.

D.

1. "Novias y queridas" en El Museo Popular (México, 1840), pp. 259-261.

G.

1. "Educación moral" en El Iris, t. II (México, 1826), pp. 60-62.

LARRA, Mariano José de

1. "Las palabras", en El Museo Popular (México, 1840), pp. 4-6.

MESONERO ROMANOS, Ramón de

1. "El amante corto de vista" en El Museo Popular (México, 1840), pp. 52-58.
2. "La político-manía" en El Museo Popular (México, 1840), pp. 97-101.

PRIETO, Guillermo

En El Mosaico Mexicano (1837, 1838, 1839, 1842)

1. "La inocencia y la muerte" t. II, p. 139.
2. "El tedio" t. II, p. 223.
3. "El amor en la desgracia" t. II, p. 447.
4. "Guerra civil" t. IV, p. 141.
5. "A María madre de Dios" t. VII, p. 288.
6. "El torrente" t. VII, pp. 388-401.
7. "El sol" t. VII, pp. 419-421.
8. "Rasgo histórico" t. VII, pp. 585-590.
9. "Canto del salvaje" t. VII, pp. 590-591

En El Museo Mexicano (1843,1844)

1. "Mi hijo dormido" t. I, pp. 35-36.
2. "El ciervo en la red" t. I, pp. 58-59.
3. "El arcángel de la muerte" t. I, pp. 103-104.
4. "Meditación" t. I, pp. 198-199.
5. "El salta-pared" t. I, pp. 127-128.
6. "A María madre de Dios" t. I, pp. 244-245.
7. "¡¡¡Una vieja!!!" t. I, pp. 457-459.
8. "Tradiciones. Fidel" t. I, pp. 506-509.
9. "La cuna vacía" t. I, pp. 510-511.
10. "Trova a María" t. II, p. 15.
11. "Canción popular" t. II, pp. 307-308.
12. "Inquietud. A mi amigo H. Navarro" t. II, pp. 315-316.
13. "Cartas sobre México" t. II, pp. 337-340.
14. "Estudios morales. El templo" t. II, pp. 375-376.
15. "Cartas sobre México. Alameda y Bucareli" t. II, pp. 377-380.
16. "Estudios morales. Sciate omni speranza" t. II, pp. 397-398.
17. "El lago del bosque" t. II, pp. 414-415.
18. "Cartas sobre México. Diversiones públicas" t. II, pp. 428-230.
19. "Estudios morales. La joven sin amor" t. II, pp. 430-431.
20. "La agonía. A mi amigo Domingo Revilla" t. II, pp. 559-560.
21. "Una nube" t. III, pp. 18-19.
22. "Cartas de México. Teatro de Nuevo México" t. III, pp. 25-28.
23. "A Escobedo" t. III, p. 48.
24. "Aventura de carnaval" t. III, pp. 68-72.
25. "La mujer perdida" t. III, pp. 88-89.
26. "Costumbres. Máscaras" t. III, pp. 89-92.

27. "Un rasgo de amor conyugal. Anécdota histórica" t. III, pp. 138-140.
28. "Chapultepec" t. III, pp. 212-216.
29. "Salmo teatral" t. III, p. 264.
30. "El dolor mudo" t. III, p. 372.
31. "Costumbres y trajes nacionales. Cocheros" t. III, pp. 373-377.
32. "Ser o no ser" t. III, p. 396.
33. "A María. El primer amor" t. III, p. 417.
34. "Novela de costumbres contemporáneas. Amor de verano" t. III, pp. 418-427.
35. "Un puesto de chía en Semana Santa" t. III, pp. 428-430.
36. "Amor popular" t. III, pp. 526-528.
37. "Recuerdos de un viaje a Zacatecas" t. III, pp. 569-571.
38. "Adiós. A mi amigo el sr. don Manuel Carpio" t. IV, pp. 13-14.
39. "La joven sin amor" t. IV, pp. 91-92.
40. "Una leyenda de la época de Luis XI de Francia" t. IV, pp. 165-170.
41. "A mi padre" t. IV, pp. 232-233.
42. "El café diálogos en el Progreso. Pepito Melindre: Roque Toronja" t. IV, pp. 323-324.
43. "La oración de la noche" t. IV, pp. 515-516.
44. "Algunos desordenados apuntes" t. IV, pp. 354-360.

En El Museo Popular (1840)

1. "Costumbres mexicanas. Un domingo" pp. 36-43.
2. "Las doncellas" pp. 74-77.

En La Revista Científica y Literaria (1845)

1. "Literatura nacional. Cuadros de costumbres" t. I, pp. 27-29.

ZAVALA, Lorenzo de

1. "Costumbres alemanas" en El Museo Popular, (México, 1840), pp. 166-168.

## NOTAS A PIE DE PÁGINA

CAP. I. CONTEXTO NACIONAL EN EL QUE SURGE EL MP.

1. Manuel MEDINA CASTRO, El gran despojo (Texas, Nuevo México, California), p. 34.
2. Guillermo PRIETO, Memorias de mis tiempos, p. 148.
3. Fernando DÍAZ DÍAZ, Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez, p. 93.
4. G. PRIETO, op. cit., pp. 180-181.
5. Cf. Alejandra MORENO TOSCANO, Ciudad de México: ensayo de construcción de una historia, pp. 189-200.
6. Rosa D. de BABINI, Los siglos de la historia. Tablas cronológicas, pp. 150-161.
7. Manuel José QUINTANA, "A la expedición española para propagar la vacuna en América bajo la dirección de don Francisco Balmis", en Obras..., pp. 471-475.
8. El primer Congreso se realizó del 10 de diciembre de 1889 al 31 de marzo de 1890, mismo que se continuó en un segundo Congreso del 1º de diciembre de 1890 al 28 de febrero de 1891, ambos convocados por el entonces ministro de Justicia e Instrucción Pública, Joaquín Baranda. Cf. Milada BAZANT, Debate pedagógico durante el Porfiriato, pp. 17-19.

9. Citado por Alvaro MATUTE, en México en el siglo XIX, p. 80.
10. Francisco LARROYO, Historia comparada de la educación en México, p. 171.
11. F. LARROYO, op. cit., p. 173.
12. Mariano José de LARRA, "Literatura", en Artículos completos, p. 751.
13. Cf. El Renacimiento, México, 1869, y El Renacimiento, México, 1894.

#### CAP. II. LETRAS NACIONALES

14. Andrés BELLO, "Alocución a la poesía", en José María VALVERDE, Antología de la poesía española e hispanoamericana, pp. 438-443.
15. Cf. Emilio CARILLA, "El americanismo literario", en El romanticismo en la América Hispánica, pp. 148-155.
16. Cf. María del Carmen MILLÁN, Literatura mexicana, pp. 113-114.
17. G. PRIETO, op. cit., pp. 78, 95-96.
18. Idem.
19. Idem.



CAP. III. EL MUSEO POPULAR

20. Francisco LÓPEZ CÁMARA, La génesis de la conciencia liberal en México, p. 232.
21. Sin firma, "Política. Contraste ridículo", en El Duende (México, 17 de enero de 1840), pp. 1-2.
22. G. PRIETO, op. cit. pp. 137-138.
23. Ibidem, p. 143.
24. H/EREDIA, José María de, "Introducción", en El Iris..., p. 1.

CAP. IV. CUADROS COSTUMBRISTAS EN EL MUSEO POPULAR

25. I. BLAUBERG, Diccionario marxista de la filosofía, p. 213.
26. José FERRATER MORA, Diccionario de filosofía, pp. 476-477.
27. Ibidem, p. 140.
28. Ibidem, p. 701.
29. M. J. de LARRA, "Panorama matritense", en op. cit., p. 756.
30. Ibidem, p. 758.
31. Dada la importancia del texto de Guillermo Prieto, lo ofrezco como APÉNDICE A en esta tesis.

32. Dada la importancia de este texto, lo ofrezco como APÉNDICE B en esta tesis.
33. Cf. Alicia PERALES OJEDA, Asociaciones literarias mexicanas, pp. 60-62.
34. Malcolm MACLEAN, Vida y obra de Guillermo Prieto, p. 112.
- CAP. V. EL ENSAYO MORAL EN EL MUSEO POPULAR
35. Cf. John SKIRIUS, El ensayo hispanoamericano del siglo XIX, p. 9.
36. Ibidem, p. 10.
37. Idem.
38. José Luis MARTÍNEZ, "Introducción" a El ensayo: Siglos XIX y XX, p. vii.
39. J. L. Martínez clasifica el ensayo en diez tipos: 1, Ensayo como género de creación literaria. 2, Ensayo breve poemático. 3, Ensayo de fantasía, ingenio o divagación. 4, Ensayo-discurso u oración. 5, Ensayo interpretativo. 6, Ensayo teórico. 7, Ensayo de crítica literaria. 8, Ensayo expositivo. 9, Ensayo crítico y memorias. 10, Ensayo breve, periodístico.
40. Cf. El Editor, "Nota del editor", en M. J. de Larra, Artículos completos, pp. ix-xii.

A P É N D I C E S

## APÉNDICE A

PRÓLOGO DE GUILLERMO PRIETO A LA EDICIÓN DE LA SEGUNDA ÉPOCA  
DE LA LINTERNA MÁGICA, DE JOSÉ T. DE CUÉLLAR.

Al saber que las novelas de usted iban a publicarse en Barcelona, en una edición de lujo, quiere decir, vestidas a la dernier, de guante blanco y con todos los primores de las estampas que han dado en llamar ilustraciones, espontáneamente ofrecí a usted dedicarle un juicio crítico. Pero es el caso que, aun suponiendo en fuga mis achaques, en derrota mi natural pereza, y sumiso mi insubordinado magín, Pepe de mi alma, el juicio crítico es una obra que no puede hacerse al vapor. Y, por otra parte, como amor y aborrecimiento no quitan conocimiento, al hablar a usted de sus propios hijos, fingiendo modestia el pretencioso, arranques de valor el cobarde, e inspiraciones de elevado numen el tardito de entendederas, me expondría a que me dijeran: ¡qué chasco te pegas y qué romo de entendimiento te ha hecho Dios!

La novela, para mí, es el drama narrado, con su plan en forma, sus personajes característicos, su exposición, su nudo y su desenlace; y analizar una obra de esa importancia tiene tres bemoles.

En México, que me aventuraría a llamar una sociedad en formación, la tarea es un tanto más difícil, porque en la clase infima los hábitos son repelentes y difíciles de sacarse a luz, aun embellecidos por el arte; en la clase media impera la anarquía y se verifican transformaciones constantes; y la clase alta se compone de agresiones variables, muy difíciles de caracterizar.

Por esto en el Periquillo, obra maestra, luminar fidelísimo y acabado, y modelo de la novela de costumbres mexicanas, se creó

una especie de viajero, turista, como hoy se dice, que vagaba del tugurio a la cárcel, de la cárcel al bailecito de la clase media y de éste a los enjambres de léperos, soldados y frailes, en que sobrenadan borlas de doctores, sombreros acanalados y bastones de próceres de alta jerarquía.

Y el mismo Pensador, tan levantado y competente, tuvo que circunscribirse, para intentar la novela, a cuadros que, como Don Castrín de la Fachenda y La Quijotita, presentan fases muy aisladas de la sociedad. Y esto que ya en aquel tiempo había puntos salientes que sirvieran de segura guía, como por ejemplo: la educación monástica, el círculo español, la misma plebe embrutecida y abyecta y el estatu quo producido por el aislamiento.

Por esta causa habló el Pensador sólo de México y sus alrededores; eso sí, de un modo admirable y verdaderamente trascendental.

Lo reducido del círculo explotable para el autor cómico y para el escritor de costumbres hace su trabajo más difícil; porque si quiere pintar un usurero notable, Pedro y Juan, que son tan conocidos en México, le saltan a las barbas; si un jugador muy afortunado, se señala con el dedo a Don Perentules, y si una mamá alegre con dos hijas coquetas, le ponen el saco a la mujer del vecino de usted.

Más que yo, debe usted haber pulsado estos inconvenientes y por lo mismo no me extendo más. Con todo, cuando yo, con el seudónimo de Fidel, me atreví a escribir, el primero después del Pensador, cuadros de costumbres, tuve serios disgustos; se me tachó de soez y ordinario, la gente me desdeñaba, se dijo que la fidelidad de mis cuadros se debía a mis entradas y salidas de la cárcel, y por último, se calumnió al gran Pedraza, llamándome su hijo na-

tural, tal vez por el cariño paternal que aquel hombre eminente me dispensó, y por mis conocimientos con personas de la alta sociedad.

Es cierto que, a pesar de mis pocos años, de mi insuficiencia y estudios descuidados, concebí el propósito, a que no he faltado nunca, de descender a lo más infimo de la sociedad, de desentrañar su educación brutal y sus vicios, de poner en relieve sus buenas y sus malas cualidades, vestido de payaso, adoptando sus gestos y remediando sus manías, dándome un ardite de los hipócritas de la decencia, muchos de ellos más malvados y más abyectos que los infelices que pululan en el fango. Mi natural vagabundo, mi pobreza y la suelta que me daba mi carácter alegre, me ponían en buenas condiciones. Acaso por esto o porque no me sentí con talento para ello, mis composiciones son fugaces: aplicaba mi daguerrotipo al baile, a la fiesta popular, a los amoríos más o menos accidentados, y el público pagaba con entusiastas aplausos mis ensayos.

Usted estaba en otras condiciones: la primera era haber tocado en las playas mundanales, unos doce años después que yo, lo que importaba adelanto humano en todas las materias: segunda, porque la vida de su distinguido padre le amparó hasta formar su educación, y porque sus bienes de fortuna y sus numerosas relaciones le hicieron actor en las costumbres que con tanta maestría sabe pintar.

Usted narra lo que veía: son las de usted las novelas hechas de de clase media que se roza con la alta y con la ínfima; sus personajes no descienden, sino pocas veces, la escalera. En lo general las novelas de Cuéllar son estudios al natural de familia o grupos de familias en acción, a las que procura el novelista que el lector las sorprenda en sus intimidades más interesantes.

El señor padre de usted tuvo por mucho tiempo tertulias en su

casa, y usted mismo, hasta hace poco, sostenía veladas deliciosas en la suya con artistas distinguidos, con escritores y poetas célebres, y si mal no recuerdo, tenía usted en su casa un teatrillo en que se representaban sus ensayos dramáticos con solaz y contento de todos sus amigos... Usted ha visto pasar a la musa callejera, de bata y panturllas de terciopelo bordadas, desde los balcones de su casa.

Dejándome de digresiones e impaciente por llegar a mi objeto, le diré que quiero rendirle un tributo de admiración por sus novelas, en su género sin rival, por la fidelidad de sus cuadros y personajes, y por la sana, patriótica y purísima intención moral que guía constantemente su privilegiada pluma.

Para mí, entre otras dotes, deben dominar, en el género que usted cultiva, la intención moral y la fidelidad y verdad de los caracteres; y en estos puntos sinceramente digo a usted que ha tenido aciertos admirables.

Encararse con una sociedad viciada hasta en lo más ínfimo por la mala educación, fuente de toda clase de errores; errores convertidos en elementos esenciales de la vida social, para combatirlos, corregirlos y presentarlos en su desnudez repugnante, tarea es esta eminentemente humanitaria y patriótica que coloca al Pensador y a usted en el primer término de los escritores mexicanos.

El cuadro de costumbres que yo cultivé, era, a mi juicio, el adecuado para la sociedad analfabética, frívola y heterogénea que yo alcancé.

Usted hizo cuadros con su trama dramática, los volvió episódicos, les comunicó interés, poniéndose al nivel de las nuevas exigencias del progreso, prosiguió la obra de Fernández de Lizardi,

haciendo más fecundos aquellos rasgos de buen sentido, conservados en el invernadero de mi admiración por el autor del Periquillo.

Para probar el éxito de sus esfuerzos, no hay sino ver al niño mimado y consentido, entregado a los vicios, a quien llaman las gentes Chucho el Niño; al hombre ordinario que escala en las revoluciones los altos puestos, a quien conoce todo el mundo con el nombre de Jacobo Baca; a ese Pío Prieto, de la Ensalada de pollos; y a ese Saldaña, arbitrista y pícaro; a ese admirable Sánchez; a esa Chata, conocidísima, y a esa madre odiosa que vende a su hija en Baile y cochino.

A todos esos personajes los conocemos, los tratamos, los oímos hablar, y sospechamos que usted mismo disfraza originales que ha tenido al frente de su caballete, al trasladar al lienzo sus retratos irreprochables.

Ése es para mí el realismo visto a través del cristal del arte que idealiza y sublima.

Así comprendieron y cultivaron los escritos de costumbres los grandes maestros; así Addison en Inglaterra, Jouvoy en Francia, Mesonero, Larra, Serafín Calderón y otros en España enriquecieron las letras y han perpetuado tradiciones que pueden servir de guías seguras para la historia del progreso intelectual y moral de las sociedades.

Ya usted comprenderá, por lo que llevo escrito, la importancia que doy a sus novelas; y no le hablo de la naturalidad envidiable en el decir, ni la soltura de sus diálogos, ni de la ternura deliciosa con que desliza su pluma en escenas que quisiera reproducir letra a letra, pero se trata de una carta que tiene de recordarle aquello de: -Señora, vengo a darle razón de la mula. -¿Qué suce-



haciendo más fecundos aquellos rasgos de buen sentido, conservados en el invernadero de mi admiración por el autor del Periquillo.

Para probar el éxito de sus esfuerzos, no hay sino ver al niño mimado y consentido, entregado a los vicios, a quien llaman las gentes Chucho el Niño; al hombre ordinario que escala en las revoluciones los altos puestos, a quien conoce todo el mundo con el nombre de Jacobo Baca; a ese Pío Prieto, de la Ensalada de pollos; y a ese Saldaña, arbitrista y pícaro; a ese admirable Sánchez; a esa Chata, conocidísima, y a esa madre odiosa que vende a su hija en Baile y cochino.

A todos esos personajes los conocemos, los tratamos, los oímos hablar, y sospechamos que usted mismo disfraza originales que ha tenido al frente de su caballete, al trasladar al lienzo sus retratos irreprochables.

Ese es para mí el realismo visto a través del cristal del arte que idealiza y sublima.

Así comprendieron y cultivaron los escritos de costumbres los grandes maestros; así Addison en Inglaterra, Jouy en Francia, Mesonero, Larra, Serafín Calderón y otros en España enriquecieron las letras y han perpetuado tradiciones que pueden servir de guías seguras para la historia del progreso intelectual y moral de las sociedades.

Ya usted comprenderá, por lo que llevo escrito, la importancia que doy a sus novelas; y no le hablo de la naturalidad envidiable en el decir, ni la soltura de sus diálogos, ni de la ternura delicosa con que desliza su pluma en escenas que quisiera reproducir letra a letra, pero se trata de una carta que tiene de recordarle aquello de: -Señora, vengo a darle razón de la mula. -¿Qué suce-

dió por fin? -Que no parece .

El juicio crítico no parece, Pepe, pero en cambio aquí me tiene de cuerpo presente para decirle que le ama y admira su

GUILLELMO PRIETO

## APÉNDICE B

## CUADROS DE COSTUMBRES

No es mi ánimo sacar en este artículo a luz mi erudición periodística, citando a Addison, martirizando a Jouy, y aventurando magistrales comentarios al inmortal Figaro y al sesudo Mesonero Romanos.

Los cuadros de costumbres son hijos legítimos del periodismo, como la empleomanía, de las revoluciones; mejor dicho, el primitivo pensamiento filosófico degeneró en una especie de comodín, para llenar las insaciables columnas de un periódico. De ahí nacieron esa multitud de artículos estrambóticos, caracteres, tipos, reseñas y bosquejos: de ahí se crearon recursos para acallar las exigencias del cajista y del editor desinteresado y filántropo.

Los cuadros de costumbres en todos los países, ofrecen dificultades, por que esas crónicas sociales, sujetas al análisis de todas las inteligencias, esos retratos vivos de la vida común, que pueden calificarse de una sola ojeada, comparándolos con los originales, requieren de sus autores, observación prolija y profunda del país en que escriben, tacto delicado para presentar la verdad en su aspecto más risueño y seductor, y un juicio imparcial, enérgico y perspicaz, que los habilite para ejercer con independencia y tino la ardua magistratura de censor.

Si en todos los países, repetimos, ofrecen dificultades estos trabajos morales y literarios, en México más, por razones que se palpan a primera vista.

Una generación nueva, europea, de lo más atrasado de Europa, vino a injertarse con la punta del sable conquistador en otra sociedad, si bien civilizada a su manera, es forzoso confesarlo, se-

mibárbara, y hasta cierto punto heterogénea con la raza invasora.

Los españoles planteaban la religión como recurso político para asegurar su conquista; no se valieron del cristianismo como <sup>un</sup> medio civilizador para regularizar las costumbres de la comunidad.

De ahí es que entre el español o criollo y el indio, mediaron casi siempre las relaciones del señor y del esclavo, del caballero y su corcel.

Sea por el espíritu orgulloso e intolerante de dominación, sea por <sup>una</sup> política, los españoles convertían al criollo en extranjero en el que llamaba su país, inspirándole ideas de superioridad sobre la clase abyecta a quien debió unirse desde el principio con lazo fraternal.

Por otra parte, el indio se convencía de su inferioridad y abatimiento, y aun las imágenes cristianas, sustitución ideal y sublime de su culto grosero, eran otros tantos <sup>med</sup>imientos que en la tiniebla de su superstición los hacían aparecer como verdugos cuando combatían contra las banderas españolas.

Causa profundo sentimiento recorrer la historia, y ver citado como auténtico, que Santiago, la Virgen de Guadalupe, la de los Remedios y otros santos, aparecieran en medio de las huestes de Cortés y Alvarado: el primer santo como Atila, hollando a sus contrarios con su bridón inteligente y cruel, y a la Virgen, símbolo inefable de ternura, cegando a los indios con tierra en el calor <sup>de</sup> la pelea.

Esta diversidad, aun en la creencia, la que existía en las costumbres y el idioma, y la separación que zanjó más y más la soberbia castellana, hacían que en el desarrollo de las razas sus intereses permanecieran disímbolos, y que fueran sus afecciones hipó-

critas y superficiales.

Esta diferencia caracterizó desde tiempo inmemorial la sociedad mexicana, presentando sobre las ruinas recientes del pueblo azteca el reflejo colonial, descolorido y monótono durante tres centurias.

De aquí nació que los restos de la antigua historia se exhumasen por una que otra mano inteligente, para colocarse, como los idolos de barro, en un museo, y en las librerías de una parte reducidísima de hombres ilustrados.

Como hemos dicho, esta fracción criolla no tenía existencia propia, vivía con el aire de España, descubría su cabeza al nombre del monarca de ambos mundos, y con los escombros de los templos y palacios de los aztecas edificaba las casas feudales a los risibles aristócratas que se improvisaban de este lado del mar.

La literatura pudo haber conservado ese sacerdocio, recogiendo las reliquias de un gran pueblo que zozobraba en el dominio rudo de los hijos de Pelayo, pero la literatura era un eco de España; y la historia, hasta el siglo XVIII, y por decirlo así, conspirando oculta para inquirir <sup>la</sup> verdad, apareció en extraño clima a la sombra de Clavijero, del diminuto Cavo <sup>de</sup> y otros.

Hubo uno que otro ingenio esclarecido que, como Góngora y Alzate, quisieron permanecer a su país, pero era tan reducido su número, tan indiferente su auditorio, que algunos más se conocían en ultramar que en México, en donde más de una vez su talento les preparó una especie de ostracismo, como sucedió a Gamboa y a Portilla.

Volviendo a mi objeto, ~~se~~ diré: que siendo los que hoy nos llamamos mexicanos una raza anómala e intermedia entre el español y el indio, una especie de vínculo insuficiente y espurio entre dos naciones, sin nada de común, su existencia fue vaga e imperfecta du-

rante tres siglos.

La historia de los indios, vista con tanta indiferencia por la mayoría, quedó virgen y estacionaria en algunos archivos de conventos y algunos gabinetes de reconditos sabios; arrojamos indolentes o despreciadores al olvido ese tesoro de ciencia y poesía que después han explotado con más o menos éxito observadores extranjeros, y rompimos ese vínculo, con el que aunque de un modo puramente ficción podíamos enlazarnos con los que después a la luz sublime de la libertad, llamamos, de un modo verdaderamente irrisorio, nuestros hermanos.

Nuestro período colonial fue de marasmo y vergüenza, sin costumbres, sin idioma, sin nada propio, conjunto de hipocresía y de avaricia, de insuficiencia y petulancia, es más bien el sueño que la vida, más la vegetación que la existencia.

Entonces, promover cualquier cosa que se pudiese llamar nacional, hubiera sido <sup>vía</sup> tentativa revolucionaria; el espionaje organizado por abuso del confesionario, penetraba hasta el hogar doméstico; la mano de fierro de la política, a un tiempo sutil y conciliadora, hacía insegura y trabajosa la respiración de todas las clases; y el ojo de buitre del fanatismo, asomado por entre las verjas de la Inquisición, era una amenaza para el pensamiento y un anatema que nos seguía implacable más allá de la tumba.

El grito sublime de independencia parecía habilitarnos para figurar como nación, amalgamar todos los intereses, robustecer y confirmar las creencias de una sociedad nueva en un mundo virgen y esplendido, revelado a las sociedades caducas, a la luz de la gloria, y en pro de la causa sacrosanta de la humanidad. Como nuestro objeto no es político, por eso no preguntaremos ¿a donde está esa raza

de héroes? ¿por qué se han frustrado tantas esperanzas?, ¿por qué se desvanecieron tan dulces ilusiones?, ¿por qué donde existió un bosque de laureles, hay sólo fango y sangre que dejó en pos de sí la discordia fratricida?...

La potencia popular era nula, su soberbia ficticia; en los destinos sociales se ha ejercido una especie de monopolio, y nosotros, con pocas diferencias, por impericia, por desdén o por corrupción, continuamos <sup>siendo</sup> extranjeros en nuestra patria.

Los cuadros de costumbres eran <sup>de ficción</sup> porque no había costumbres verdaderamente nacionales, porque el escritor no tenía pueblo, porque sólo podía bosquejar retratos que no interesasen sino a reducido número de personas.

¿Cómo encontrar simpatías describiendo el estado miserable del indio supersticioso, su ignorancia y su modo de vivir abyecto y bárbaro?

Nosotros, causa de sus males, nos avergonzamos de su presencia, creemos que su miseria nos acusa y degrada frente al extranjero; sus regocijos los vemos con horror, y su brutal embriaguez nos produce hastío...

El resto de las costumbres españolas también lo ocultamos con vergüenza, mientras el anciano venerable de una familia presenta al célebre castellano viejo de Figaro, el niño mimado de la casa es un león parisiense almirado e ignorante, cuyo delicado tímpano, acostumbrado a oír mentar los boulevards y los Champs-Elisées, se heriría a los muestros de Ixtacalco y Santa Anita.

Ésta es la causa de la rechifla en contra de los que conociendo la noble misión de formar una literatura nacional, se hayan referido en sus composiciones a los objetos que tenían ante los ojos.

¿Quién no llama ordinario y de mal tono al poeta que quisiese brindar a su amada, pulque, en vez del néctar de Lico?, ¿quién no se horripila con la pintura de una china, a la vez que aplaude ciego a la manola española, y recorre con placer los cuadros espantosos de Sue, refiriéndose a aquella familia nauseabunda de Bras-Rouge y de la Chouett?, ¿será culpa de los escritores hablar en una mesa el pulque junto al champagne, y en un festín el mole de guajolote al lado del succulento rosbeef?, ¿será su culpa que en vez de la Marsellesa, de Dios salve al rey, y de todos esos himnos que formulan el regocijo o la plegaria solemne de un pueblo, no tengamos verdaderamente nuestro más que el alegrísimo jarabe? La vergüenza es para nuestros gobiernos, que aún no saben formar un pueblo; para muchos de nuestros hombres, que desdeñan pertenecer a su pueblo; el escritor cumple, porque mientras más repugnante aparezca su cuadro, será mas benéfica la lección que encierre.

Esos críticos espantadizos y nimios que ven la superficie de las cosas, que lloran de rabia contra el escritor que habla en Santa Anita, de juiles y canoas, porque no ve ni sardinas ni góndolas, que no puede hacer que sus actores sean Rugieros ni Pietros, porque son y se llaman Juan Antonio o Pedro José; éstos fulminan sus rayos contra el escritor de costumbres, y le agobian con sus insolentes sarcasmos.

Hay otro inconveniente: el número de las personas que en México lee es reducido, las costumbres comunes a ciertas personas se conocen al momento, y la poca frecuencia de leerse estos escritos, hace que se crean llenos de álusiones personales.

Ésta, sin duda, es la causa de que los hombres dotados de más



elevado ingenio hayan sobresalido, o en las ciencias en el siglo pasado, o en la poesía religiosa; y que ni los artistas ni los sabios presenten nada verdaderamente nacional.

Este juicio público extraviado ha hecho que la literatura dramática haya sido nula, porque poetas como Alarcón y Gorostiza, más pertenecen a España que a nosotros. Soria buscaba sus asuntos en la historia y las vidas de los santos, y Calderón revolvía las crónicas extranjeras para poner en escena sus generosos paladines.

¿Qué sucedió a Rodríguez que el sólo nombre de Tezozomoc, puesto a uno de sus personajes en El privado, arrancaba risadas de burla y desprecio?

Sin embargo, se aplauden con furor mil insustanciales vaudevilles y otras obras de panlucrando de <sup>los</sup> poetas españoles. Pero no por esto debe desmayar el escritor de costumbres; sus cuadros algún día serán como las medallas que recuerdan una época lejana; serán como las señales que ha ya ido dejando la sociedad al internarse en el laberinto de las revueltas políticas, y que marcaron un día su punto de partida; serán como el tesoro guardado bajo la primera piedra de una columna, que recuerda a las edades futuras el nombre de la generación que ya no existe.

Si la primera de nuestras necesidades, como yo creo, es la de la morigeración social, si el verdadero espíritu de una revolución verdaderamente regeneradora ha de ser moral, los cuadros de costumbres adquieren suma importancia, aunque no sea más que poniendo a los ojos del vulgo, bajo el velo risueño de la alegoría y entre las flores de una crítica sagaz, este cuadro espantoso de confusión y desconcierto que hoy presentamos.

Entonces el escritor de costumbres, auxiliar eficaz de la his-

toria, guardará el retrato del avaro que se enriqueció con las lágrimas del huérfano; entonces la caricatura del rastrero aspirante será una lección severísima, y el chiste cómico derramado en la pintura de esos enlaces mercantiles y disímbolos influirá en la ventura doméstica.

Si en ese estilo, que parece insustancial y grosero, pintamos nuestras revueltas, sus resortes secretos, los móviles recónditos del patriotismo fementido, nos aterrarían esas revelaciones, y el toque del pincel del artista vestido de arlequín, sería como la mano de Homedey puesta sobre el hombro de Ezelino de Romano al advertirle su nombre verdadero.

Cierto es que para esto se necesitaba la pluma de Figaro, pero estos hombres no nacen en la cuna de las sociedades, y mucho avanzan los que abren una senda, por más que el buen éxito no corone sus esfuerzos. Esto es más noble en México, donde lo que existe en literatura, bueno o malo, con pocas excepciones, lo decimos con orgullo, es obra de los esfuerzos aislados de una juventud eminentemente patriótica y generosa.

¿Dónde el joven que se lanza a una nueva vía, por mal que lo haga, puede ponerse frente a frente a sus críticos y preguntarles: ¿quién lo hace mejor?, ¿cuál es la herencia que nos legaron nuestros mayores?, ¿qué han hecho esos hombres que sólo murmuran y se llaman a sí mismos los luminares de la nación?

Por hoy nadie ha sobresalido en el difícil género de costumbres; su novedad, las pocas afecciones que tiene, dependen tal vez de la poca habilidad de los escritores, de sus descripciones sin vida, de sus episodios pueriles, de sus gracias insípidas y de mal gusto; pero ellos han comenzado y deben proseguir en su honrosa tarea, has-

ta el día que, deponiendo sus plumas humildes ante un ingenio rival de Jouy y de Mesonero, al retirarse del escabroso sendero puedan decir satisfechos: Nuestros trabajos se dirigieron al bien, éste es nuestro premio, recoge tú los lauros de gloria que en vano buscamos en la senda que nosotros pisamos los primeros en nuestro país.

FIDEL

## APÉNDICE C.

LOS CUADROS COSTUMBRISTAS EN EL MUSEO POPULAR.

Sin firma "Los amores de diligencia"

Era esta una mujer como se encuentran muchas en París: elegante, bella, joven de 30 años y con dos mil pesos de renta. Estas mujeres son de ordinario realmente viudas y tienen un hijo de siete u ocho años en un colegio. A veces su matrimonio las ha hecho baronesas, pero no se envanecen de esto; fían demasiado en sí mismas, para adornarse con una palabra. Tienen rubia cabellera, un cutis de raso, uñas blancas, cuerpo delicado, fisonomía dulce, medias de hilo de Escocia, trajes hechos por la mejor modista, pañuelo de olán y guantes de Suecia. Toda su persona tiene una finura exquisita, y dejan tras sí un perfume casi insensible de mil olores suavísimos.

Habitaban una lucida casa, amueblada con gusto, siempre adornada de flores; pasan ordinariamente el estío en el campo y jamás reciben antes de medio día. Saludadas respetuosamente por los ancianos, cortejadas por los jóvenes, muy consideradas por las jóvenes, concurren a las mejores tertulias donde son consideradas como modelos del gran tono. Poseyendo en alto grado lo que se llama buen gusto, desdeñan los salones del rey, y si tuviesen alma bastante para tener una opinión política serían republicanas. Por lo demás, son muy ignorantes, leen poco, sus letras parecen moscas, y con el más leve motivo os envían una carta escrita en papel Bath, y no saben más ortografía que las de las palabras muy corrientes. Su conversación es enteramente nula, pero hay en su lenguaje un no sé qué de fino, en su trato, algo de perfumado que encanta y cautiva.

Cuando se encuentra alguna de estas mujeres en cualquiera parte, en un camino o en un salón, en el teatro o en la calle, es necesario estar sobre sí, de otro modo habrá que pensar en ellas ocho días porque es verdad que ellas no se podrán encarnadas, pero tienen una voz dulce como la de los angeles, un aire en su semblante, unas miradas

propias para conmover el alma más estoica.

Aquella de que hablé al principio de esta historia, entró una mañana a la diligencia, donde me encontraba yo para ir no importa a dónde, estábamos solos, los caballos corrían veloces, y el camino, según me acuerdo, era poco conocido. Luego que estuvo sentada se quitó graciosamente el guante, y pasó sus dedos con elegancia por entre los rizos de sus cabellos: esto quería decirme, que tenía lindo pelo rubio, dedos *bien* contorneados, y una gruesa sortija perfectamente cincelada representando un follaje ancho y brillante con todo el primer inglés.

Cuando vi esto me dio gran miedo y me puse a reflexionar sobre lo que podía sucederme.

Pocos minutos después respiró un pomo de esencias; le pregunté si se sentía mala, y me respondió fríamente: "No señor". Mi pregunta era bastante necia para dar lugar a esta frialdad. Por un cuarto de hora al menos guardé silencio.

La mujer estaba en calma, y no dirigió sobre mí durante todo este tiempo, mas que una mirada <sup>de</sup> indiferente. Esta era mirada de observación; quería saber con quién trataba. Estas mujeres juzgan muy bien a un hombre por su redingot y su corbata. Entre tanto, me acordé de que mi madre me había echado en la bolsa, antes de partir, una caja de tablillas de chocolate, comí una, y presenté la caja: se me respondió con una sonrisa llena de gracia, pero se reusó al obsequio.

No me restaba sino mirar al campo y comenzaré à picarme; la diligencia remudó, y me creí feliz con entretenerme en mirar los caballos. Así paso lo menos media hora larga.

Después me preguntó el nombre de una ciudad que íbamos atravesando, y como esta ciudad era célebre por grandes bellezas del arte, y antigüedades de las que había yo oído hablar, me puse a charlar y se entabló la conversación. En el curso de ella, le hacía yo la corte, sin saber a donde iría a parar esto y sin un objeto bien determinado. La sociedad está organizada de modo que, so pena de pasar por hombre sin educación, debe uno siempre mostrarse enamorado de la mujer a quien se ve a solas por primera vez. ¿Qué había yo de hacer? Mi compañera tenía por otra parte demasiado mundo, para extrañar mis galanterías, y acaso no las tomaba sino como un medio de pasar el

día sin fastidio. Fría y saciada, se creía en estado de jugar impunemente a este juego. Se engañaba. No era seguramente tan desvergonzada, que se rindiese a las palabras de ternura del primero que se le presentaba, pero sí bastante pervertida para buscar un combate siempre deshonroso, porque se jugaba segura de la victoria.

En nuestras coqueterías nada hubo al principio personal: todas las cosas de amor se decían indirectamente como se dicen tales cosas en semejantes circunstancias. Uno y otro conocíamos nuestro papel; era evidente sin embargo que mi adversaria tenía gran deseo de burlarse de mí: esta intención se traslucía a su pesar, y a cada momento me sentía yo herido por expresiones irónicas que no me dejaban duda sobre sus designios.

Sucedió desdichadamente lo que me sucede siempre: había comenzado chanceando, casi por un deber de educación; había cortejado a esta mujer en la diligencia, como la habría saludado en un salón; pero yo no puedo tomar el amor sino a lo serio; mi corazón asiado de emociones tiernas se ensancha con embriaguez luego que está conmovido y ya no puedo engañar: me hago grave, apasionado, fogoso; soy sincero. La hermosa señora viéndome así se puso seria a su vez; en vano quiso desembarazarse con chistes y ligerezas, ya no era dueña de sí misma, y sea simpatía, sea cualquier otro sentimiento que se le quiera prestar, al cabo de algunas horas me miraba con ternura a sus pies, y me repetía: "Iván, te amo", cuando yo le decía: "Lina, te amo". Cómo habíamos llegado hasta aquí, bien se comprenderá que me es imposible decirlo. Fue por una multitud de gradaciones que renuncié a analizar, por un cambio de coqueterías y movimientos apasionados que se depuraban a medida que se hacían más vivos. Hubo cóleras, recuerdos, confidencias, celos y mil recuerdos romancescos.

Una vez, habiendo bajado del carruaje mientras una remuda para descansar un poco y respirar, al volver a entrar la encontré triste y preocupada. Sólo había necesitado un minuto de reflexión, según me dijo, para espantarse de lo que había hecho y yo debía despremiar, añadía, a una mujer que entregaba su alma en tan pocas horas. Esto no era más que una comedia. En su soledad de un instante había recordado sus pensamientos del mundo, pero yo tenía demasiado interés,

encontraba demasiado gusto en mantener su exaltación para abandonarla por consiguiente, hice uso de palabras bien tiernas para destruir estas antiguas ideas, para hacerla salvar nuestras estrechas convenciones sociales y probarle que el amor no se calentaba por días, sino en medio de una sociedad corrompida como la nuestra, que para disfrutar sus vicios a sus propios ojos, todo lo ha arreglado, ordenado según la etiqueta, todo aun los sentimientos más íntimos. Tales principios le agradaban: el ardor con que yo los sostenía parecía excitar su curiosidad, me escuchaba atentamente, y al fin la serenidad volvió a aparecer sobre su hermoso semblante. Sonreía dándome gracias; apoyaba mi cabeza en sus blancas manos; sus labios tocaban dulcemente mi frente; los rizos odoríferos de su pelo, más finos que la seda, rozaban suavemente mi rostro, y me miraba yo en sus ojos húmedos. El camino no fue más que una larga caricia de una voluptuosa castidad; sentíamos la necesidad de parecer puros y cándidos a los ojos el uno del otro, de mostrarnos dignos de esta pasión rápida que había bajado a nosotros como un rayo del cielo, y sin darnos cuenta, procurábamos crearnos una ilusión sobre nosotros mismos; porque el amor de los niños, este amor sin sentimiento y sin remordimiento, este amor tan vivo y tan dulce, tiene tantos encantos en su inocencia general, que siempre se querría volver a él, aun cuando se ha gustado toda la embriaguez de la tierra. En cuanto a mí, cuando vimos los muros de la ciudad en que debíamos separarnos, cuando mi compañera exclamó con un tono de sentimiento: "¡ya!", experimenté, lo confieso, una verdadera tristeza. Era yo feliz con la felicidad ficticia que me había creado: no conociendo a mi nueva querida, le prestaba todas mis cualidades favoritas y ya las tenía: me la figuraba tierna, suave, melancólica, tímida, maliciosa, y ya era todo esto, pero comprendía yo bien que una vez fuera de la carroza, entraríamos en la vida real, para volver a tomar los vicios y las dudas que acabábamos de olvidar; comprendía bien que la sociedad vendría a caer con toda su prosaica pesadez entre ella y yo, y quedaba triste.

¡Acaso tenía ella el mismo pensamiento porque también estaba triste!

En fin fue necesario resignarse; nos dimos el adiós con largo tiempo de anticipación; nos prometimos veinte veces volvernos a ver a nuestra vuelta a París y escribirnos todas las mañanas; convenimos en

que sólo Dios había podido hacer en tan poco tiempo, dos amantes apasionados de dos indiferentes, y en que ella no tenía represión alguna que hacerse. La diligencia se detuvo, se me esperaba; bajé después de haberle apretado la mano; luego, saludándonos con respeto delante del mundo, ella continuó su viaje.

Ni sé si me engañó, pero me parece que no hay gozo íntimo igual al de saludar con respeto ante el mundo a una mujer bien vestida, a quien se puede apretar la mano luego que el mundo no contempla a uno, y a quien se puede decir tú, luego que el mundo no nos escucha. Se concibe en efecto una alegría más verdadera, que la de ver a una mujer entrar pomposa y soberbia en un teatro, encontrarse en medio de la multitud que murmulla y se admira a su aspecto, y oír a esta divinidad deciros con una mirada de ternura: Tuyo es este triunfo, ángel mío, todo para ti. ¿Hay una felicidad más inefable, que la de estar así dos solos sobre la Tierra?

El amor es en el fondo una impresión dulce y tranquila cuyo curso regular no puede engendrar más que placer. Tal labrador honrado siente el verdadero amor, y sin embargo ama del mismo modo que se sienta a la mesa con un buen apetito para tomar una comida espléndida; pero hay hombres que son arrastrados, no sé cómo, a sentir de muy diverso modo que nuestro honrado labrador: su irritabilidad no se excita sino por la quinta esencia de las perfecciones reales o imaginarias, y cuando se enamoran, lo que les sucede muy frecuentemente, su imaginación se temple en un diapason tal que con nada se ha<sup>ll</sup>a en armonía: de aquí éxtasis, arrebatos, alegrías del cielo, pero muy poco después chascos y desengaños, porque es casi imposible que estas gentes encuentren mujeres bastante locas para responder a su delirio con un delirio igual.

Nada de esto ignoraba yo: no ignoraba que Lina había perdido el primor de pensamiento necesario a la idealidad que quería yo conservar en nuestra unión y sin embargo al otro día por la mañana le escribí, pero no tardé en verme obligado a renunciar a mis ilusiones todas: sus cartas eran otros tantos modelos de egoísmo, lugares comunes, resoluciones meditadas. Nada natural ni verdadero en esta correspondencia: era una compasión ver aumentarse la frialdad y la in-



sensibilidad a medida que el tiempo corría, a medida que se desvanecían los recuerdos del viaje. La primera carta era triste, se veían en el estilo los ojos de Lina medio cerrados, y decía al terminar: "Te estrecho sobre mi corazón". En la segunda escribía más tranquilamente: "Toda tuya". En la tercera: "Te aprieto la mano". En la otra: "Os ofresco mi amistad". La última, en fin, concluía casi con etiqueta: "Mil tiernos cumplimientos".

La última decía: "la casualidad ha querido que estuviese yo ausente ayer tarde, espero que podréis volver mañana antes de las once, <sup>a</sup>cuya hora parto al campo al castillo de Seade. Una palabra: mil tiernos cumplimientos".

No tengo necesidad de decir que mucho tiempo hacía ya no consideraba yo esta aventura, sino como materia de observación: tomaba interés en estudiar las facces de esta rápida disminución, y aunque conociese bien la mala cualidad de la materia que había empleado para forrar mi ídolo, confieso que me asombraba todavía verlo tan pronto descomponerse y caer convertido en polvo. Así, no dejé de ser exacto a la cita de Lina, la cosa valía la pena. La encontré brillante recostada sobre un rico sofá, encantadora con su buen tono y su indecisión. Jamás he visto disposición de cuarto que estuviese mejor a una mujer, jamás he visto media luz que fuese más favorable a un semblante un poco fatigado. Acaso en su correspondencia no había mucho talento, pero lo había muy grande en su gabinete. Me recibió con una gracia capaz de trastornarme el cerebro, y creo que habría yo vuelto a caer bajo el encanto, si con anticipación no hubiese estado tan prevenido; pero llegué frío y permanecí frío. Ella por su parte, se había convertido en mujer coqueta, mujer de París como la he descrito: hermosa, delicada, seductora, pero saciada, vanidosa, llena de mentiras, sin pasión, y el alma desecada. Se convirtió en una gran señora: pareció confusa con los recuerdos de la diligencia; quería comenzar una intriga en regla; no comprendía el papel que yo le quería hacer desempeñar, pero representó el suyo con un encanto inexplicable; todo esto me pareció digno de compasión y al cabo de una hora me levanté para despedirme. Conocí bien que ella comprendía lo que pasaba en mí. Más no quiso darse por en-

tendida y salió a dejarme hasta la puerta del salón con una política exquisita. Jamás he vuelto a poner un pie en su casa, y cuando nos encontramos en el teatro o en el paseo, no me parece muy embarazada. Ya no nos saludamos.

Cuando una mujer fije sobre vos sus miradas y os haga oír palabras dulces, escuchadla, pero dudad, y si al otro día ha desaparecido, no os cubráis de ceniza, no rasuréis vuestra cabeza; no huys al desierto.

He aquí mi historia: acaso parecerá bastante futil, en un tiempo sobre todo en que se ocupa uno seriamente de cosas serias. A mí, sin embargo, me ha parecido bien escribirla para instrucción de nuestros hermanos, jóvenes de corazón ardiente, que viajan en diligencia.

(Trad. para El  
Museo.)

## APÉNDICE C.

Camilo Bros "Primer día de año nuevo"

"En las provincias meridionales de la Escocia, luego que los relojes han dado las doce de la noche del día 31 de diciembre, se dirige un miembro de la familia, lo más pronto posible, al lugar donde haya un pozo, y quita la capa superior del agua. A esto llaman recoger la nata de los pozos.

"Las doce han dado (dice una canción de aquellos naturales); dos jóvenes de las cercanías se levantan y corren trémulas y presurosas. La flor de los pozos venga a nuestra casa, y serán nuestros los más amartelados y finos amantes.

Por flor de los pozos quieren dar a entender el primer cántaro de agua que se saca de ellos, y la joven que es tan dichosa que consigue este premio, tiene, según opinión de aquellas buenas gentes, más probabilidad de conseguir por marido al mozo más hermoso y amable de la parroquia. Al dirigirse al pozo entonan las doncellas la canción que hemos dicho.

Esta superstición es muy antigua en aquellos países, y tuvo origen probablemente en el respeto con que eran vistos los pozos por los poetas: fue sin duda conocida de los romanos, para quienes la acción de espumar el agua con la mano, era uno de los ritos indispensables cuando se quería tener seguridad de las consultas que se hacían a los oráculos.

Muchas personas tienen el mayor empeño en estrenar vestido el día primero del año, y la omisión de esta formalidad la consideran como funesto presagio.

El uso de hacer visitas a los amigos, data desde la más remota antigüedad; lo mismo debe decirse de los regalos que se hacen en tales días."

(Traducción)

Entre nosotros, además de acostumbrar algunos hacer visitas y regalos y de estrenar su vestido el primer día del año, hay la siguiente costumbre entre las familias devotas:

En el momento en que se oyen las doce de la noche del 31 de diciembre, la familia entera se arrodilla y reza treinta y tres <sup>veces</sup> credos, seguramente en conmemoración de los treinta y tres que vivió Jesucristo, a quien se dan las gracias por los favores que ha dispensado en el año que fenece, y se le pide igual favor para el venidero.

Las matronas respetables y regañonas y las tiernas y apacibles doncellas, después de haber encendido una vela bendita, que permanece ardiendo lo restante de la noche, se entregan al descanso, y al día siguiente se hace lo que llaman rifa de santos. Consiste ésta en sacar por suerte de los santos del calendario, uno, para cada individuo de la familia, con el objeto de que le sirva de patrono todo el año.

Entre algunos hay la preocupación de esperar o de temer para todo el año, las dichas o desgracias que acaesen el día primero de enero: fue este feliz, será entonces el año próspero; fue aciago, en tal caso será fatal, tormentoso. Sin embargo de este ridículo agüero, el día 2 de enero nadie se acuerda ya de lo que le pasó la víspera. -B

## APÉNDICE C

Ramón de Mesonero Romanos "El amante corto de vista"

"¡Ay cielos!, sueño despierto,  
 pierdo cuando estoy ganando,  
 soy lince y a oscuras ando,  
 y en fin, apunto y no acierto"

Tirso de Molina.

"¡Cómo! -exclamará con sorpresa algún crítico al leer el título de este discurso-. ¿Tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros del Curioso? ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten a sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?"

Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es difícil. Venga <sup>usted</sup> acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen a caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien <sup>que</sup> el escritor de costumbres los pase por alto sin sacar partido de las varias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el orden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus bailes, sus ejercicios gimnásticos? ¿Pues por qué no se ha de pintar el amor corto de vista donde apenas hay amante que no lo sea? Por otro lado, ¿quién le ha dicho a usted que esta enfermedad de moda no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su origen de la depravación de costumbres, de los vicios de la educación, o de los excesos de la juventud? Con que ya ve usted, señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdicción de mi benigna correa; con que ya usted conocerá que no hay inconveniente en hablar de él... ¿No? Pues manos a la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo más que hacer que la elección de uno. Tóquele por hoy la suerte a Mauricio R., y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis amables lectoras.

"¿Y quién es el tal?" El tal, señoras mías, es un joven de veintitres años, cuya figura expresiva y aire sentimental descubre a primera vista un corazón tierno y propenso al amor; no es, por lo tanto, extraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al joven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es el ser corto de vista, muy corto de vista; lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras, no hay que reírse, que mi héroe no lo toma a risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser más atrevido y exigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, o para sorprender con su inevitable lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso. Mauricio es sensible, pero muy comedido; y más bien quiere privarse de un placer que causar un disgusto a otra persona. Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpetuos, como hacen otros sin necesidad y sólo por petulancia, ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compás de la mazurca! Y Mauricio, a los veintitres años, no podía determinarse a dejar de bailar la mazurca. Buen remedio era, por cierto, el lente colgante; pero además de la prudencia con que le usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban a suceder para estar prevenido con él en la mano? Si la hermosa Filis volvía rápidamente hacia él sus bellos ojos, o dejaba caer su pañuelo para darle ocasión de hablar con ella, ¿quién lo había de prever un minuto antes? Si creyendo sacar a bailar a la más hermosa de la sala se hallaba con que se había ofrecido a una momia de Egipto, ¿de qué le servía el lente un minuto después? Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocía esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se había complacido en punzarle ligeramente, vino por fin a atravesar de parte a parte su corazón; y una noche, en el baile de la marquesa de ..., Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Láinez, no pudo menos de espontanear una declaración en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó a reprenderle.

Faute d'avoir le temps de se mettre en courroux".

Y he aquí a mi buen mancebo en el momento más feliz del amor, el de mirarse correspondido por la persona amada. Ya nuestros amantes

habían hablado largamente; tres rigodones y una galop no habían hecho más que avivar el fuego de su pasión; pero el sarao se terminaba y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos, tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaría al balcón, la iglesia donde acudía a oír misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá; en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no des-cuidáis en tales casos. Pero el inexperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente a la mamá y a una hermana mayor de Matilde que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de ésta, coronel de caballería, y por último, no se atrevió a prevenir a su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dio después a conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente día a la calle donde vivía su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa. Matilde le había dicho que era número 12, y que hacía esquina a cierta calle; mas por cuánto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fue la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde, que le vio venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estáis enamorados!), tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcón ostentó a su amante todas las gracias de su hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado a seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apenas hizo alto en la belleza que se había asomado al otro balcón. Este desdén inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente y la volvía la espalda para ocuparse en el otro objeto. Una hora y más duró esta escena, hasta que desesperado el buen muchacho y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resitirlas, y viendo que de lo contrario perdía la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazón) hacer un paréntesis de su amor, y hablar a la airosa vecina. Dicho y hecho; atraviesa la calle,

marcha determinado bajo el balcón de Matilde, alza la cabeza para hablarla, pero en el mismo momento tírale ella a la cara el pañuelo que tenía en la mano (al que durante su furor había hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra, entrase adentro y cierra estrepitosamente el balcón. Mauricio desdobló el pañuelo, y reconoció en él bordadas las mismas iniciales que había visto en el que llevaba Matilde la noche del baile...Miró después la casa, y alcanzando a ver Visita General, número 12, ¿cómo pintar su desesperación?

Tres días con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcón permanecía cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. A la tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del doble antejo, recorre con avidez el coliseo y nada ve que pudiera lisonjearle; sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver a la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma a la puerta del palco; no hay que dudar...son ellas..., Mauricio se deshace a señas y visajes, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas a su descenso, y en la parte más oscura de la escalera acércase a la niña y la dice:

-Señorita, perdone usted mi equivocación; si sale usted luego al balcón la diré...Entre tanto, tome usted el pañuelo.

-Caballero, ¿qué dice usted? -le contestó una voz extraña, a tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino a revelarle que hablaba a otra persona, si bien muy parecida a su ídolo.

-Señora...

-¡Calle!, y el pañuelo es de mi hermanita.

-¿Qué es eso, niña?

-Nada, mamá; este caballero, que me da un pañuelo de Matilde.

-¿Y por dónde tiene ese caballero un pañuelo de Matilde?

-Señora..., yo..., dispense usted...; el otro día..., la otra noche, quiero decir..., en el baile de la marquesa de...

-Es verdad, mamá; el señor bailó con mi hermana, y no es extraño dejase olvidado el pañuelo.



-Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado...olvidado...

-A la verdad que es extraño; en fin, caballero, damos a usted las gracias.

Un rayo caído a sus pies no hubiera turbado más al pobre Mauricio, y lo que más le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo había atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocación de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacía toda la exposición del drama, y él no sabía qué suerte iba a correr el tal papel.

Trémulo e indeciso siguió a lo lejos a las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle, en el más oscuro abandono. En balde aplicaba el oído por ver si escuchaba algún diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, o la sonora marcha de los sucios carros de la limpieza, era lo único que hería sus oídos, y aun sus narices; hasta que, cansado de esperar sin fruto, se retiró a su casa a velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto, ¿qué sucedía en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender a la niña, había descubierto el billete, se había enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, había resuelto, por consejo de la hermanita, callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y determinante al galán con el objeto de que no le quedase gana de volver; haciéndolo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por más señas con un alfiler. Hecha esta operación se fueron a dormir, seguras de que a la mañana siguiente pasaría por la calle el desacertado galán. En efecto, no se hizo de rogar gran cosa, pues no habían dado las ocho cuando ya estaba en el portal de enfrente, sin atreverse a mirar. Estando así oye abrirse el balcón: ¡oh felicidad!, una mano blanca arroja un papelito; corre dichoso a recibirle y encuentra... el balcón se había cerrado ya y la esperanza de su corazón también.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella serie de desgracias; baste decir que renunció para siempre al amor; pero, en fin, era mancebo, y al cabo de quince días pensó

de distinta manera y salió al Prado con un amigo suyo. Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan a gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles, y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversación de sus amores. Mauricio, con su franqueza natural, contó a su amigo su última aventura con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habían proporcionado; pero al acabar esta relación sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde entre otras personas observó sentados a un militar y a una joven; arrímase un poco más, saca su anteojo (¡insensato! ¿Por qué no le sacaste desde el principio?) y conoce que la que tenía sentada junto a él oyendo su conversación era nada menos que la hermosa Matilde. "¡Ingrata!", fue lo único que pudo articular, mientras el papá llamaba a un muchacho para encender el cigarro. "Yo no he escrito ese billete". (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora). "¿Pues quién...?" "No sé... Llévelo usted; a las doce estaré al balcón".

La esperanza volvió a derramar su bálsamo consolador en el corazón del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcón. En efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano, ya... Más ¡oh, y qué bien dice Shakespeare que cuando los males vienen no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones! Aquella noche se le había antojado al papá tomar el fresco después de cenar, y era él el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave agitación de Matilde, que le rogaba se fuese a acostar para evitar el "relente".

-Bien mío-dijo Mauricio, con voz almibarada-, ¿es usted?

-Chica, Matilde-la dice el padre por lo bajo-, ¿es contigo eso?

-Papá, contigo, no, señor; yo no sé...

-No, pues estas cosas, tuyas son o de tu hermana.

-Para qué vea usted-continúa el galán amartelado-si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete.

-A ver, a ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy a leerle...

Dicho y hecho; éntrese a la sala mirando a su hija con ojos ame-

nazadores, abre el billete y lee..."Caballero, si la noche del baile de la marquesa pude con mi indiscreción hacer concebir a usted esperanzas locas...

-Cielos, ¡pero qué ve! Esta letra es letra de mi mujer...

-¡Ay, papá mío!

-¡Infame! A los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas...

-Pero papá...

-Déjame que la despierte, y que alborote la casa.

En efecto, así lo hizo, y en más de una hora las voces, los gemidos, los llantos, dieron que hacer a toda la vecindad, con no poco susto del galán fantasma, que desde la calle llegó a entender el inaudito quid pro quo.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por más tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama a la puerta; asómase el padre al balcón.

-Caballero, tenga usted a bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta.

El padre coge dos pistolas y baja precipitado, abre la puerta.

-Escoja usted-le dice.

-Serenese usted-contesta el joven-; yo soy un caballero, mi nombre es N., y mi casa bien conocida; una combinación desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de usted, y no debo consentirlo sin explicársela.

Aquí hizo una puntual y una verdadera relación de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitación del celoso coronel.

Al siguiente día la marquesa presentó a Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso a ello.

Desde aquí siguió más tranquila la historia de estos amores; y los que desean apurar las cosas hasta el fin pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada, a pesar de que ésta, mirada de cerca, a buena luz, y con anteojos, le pareció a aquél no tan bella, por los hoyos de las viruelas y algún otro defectillo; sin embargo, sus cualidades morales eran muy apleciabiles, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar éstas sino una sencilla operación, que era...quitarse los anteojos.

## APÉNDICE C

Ramón de Mesonero Romanos "La politicomanía"

"Traten otros del gobierno  
del mundo y sus monarquías,  
mientras gobiernan mis días  
mantequillas y pan tierno,  
y las mañanas de invierno  
naranjada y aguardiente;  
y ríase la gente".

Góngora.

Pero señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿Todo ha de ser proclamas, y discursos, y notas, y discusiones, y cálculos, y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mí, que no conozco al filósofo ginebrino más que de oídas en un sermón, ni al presidente de Burdeos más que de vista en la comedia de la Llave falsa, intente colocar mis pobres razonamientos aunque sea al abrigo del cañón de la ciudadela de Amberes? ¿O habré de estar siempre sujeto a que mis discursos salten a cada paso de la prensa para ceder su lugar a cualquiera disertación política que impolíticamente venga a tomarme la delantera?

-Sí, señor, preciso será que usted lo sufra: no faltaba más, sino que ahora que el aspecto guerrero de la Europa ofrece al discurso tantas combinaciones, ahora que los periódicos (crónicas más o menos parciales del tiempo presente) deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japón, nos viniese usted con tres o cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres; eso, amigo, desengáñese usted, era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epigramas de la Crónica o los versos de Rabadán formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho si no se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Londres.

-Sin embargo, señor don Zollo, parecíame a mí que esto de la polí-

tica no es, o a lo menos no debía ser, para todas las cabezas, así bien como ciertos alimentos no son digeribles por todos los estómagos; y, por otro lado, estaba persuadido de que el útil dulce del poeta latino, y el per troppo variare del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirían con algún motivo. Creía yo, ¡qué no cree la ignorancia!, que las altas cuestiones de la política eran tan difíciles de comprender como de tratar, y que sólo una disposición natural y un estudio profundo podían conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.

-Pues, señor mío, debe usted convencerse de todo lo contrario, y si no, escuche usted las conversaciones de hombres y mujeres, de viejos y de niños, de grandes y pequeños: escuche sus reflexiones, sus discusiones y sus conclusiones; y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia natural que se da espontáneamente en nuestras cabezas sin más preparativos ni sementeras; y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputas con el mismo Solón Ateniense.

-Así será bien que lo crea, pues que el inapelable dictamen de usted me lo afirma; sin embargo, y sin que sea visto contradecir en un punto su opinión, ¿me permitirá usted que le entretenga con un verbi gratia, que, o yo soy un bobo, o viene aquí de molde? ¿Sí? Pues óigale usted.

"Yo tenía un tío llamado don Gaspar, el cual tío era natural de Navarra, y siéndolo, podrá usted venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir un navarro verdadero; honrado y testarudo, generoso y determinado. Los estudios de este buen señor se habían limitado a las primeras letras y algo de contar, con lo cual, y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y después en la corte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella, y con una prosperidad correspondiente, había llegado en paz a la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir el resto del mismo modo; pero la revolución de 1808 vino a alterar su tranquilidad, mudando completamente su carácter.

"Enemigo irreconciliable del invasor de España, y declarado desde luego acérrimo partidario de aquel 'no importa' que por tantas

veces ha hecho triunfar a nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su opinión, como en el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus patrióticas ideas convirtió su casa en un receptáculo general de todos los noticiosos de Madrid; los cuales, reunidos día y noche, se complacían en tejer fábulas análogas a sus esperanzas, que a pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas a los ojos de los mismos que las habían formado. Y era lo más gracioso de esta escena el oírles glosar los papeles y boletines franceses, siempre por el lado favorable; v. gr., decían aquéllos:

"En la batalla de tal, perecieron quinientos franceses".

"Al instante, no faltaba uno que replicaba:

"- Algunos más serán.

"Continuaba luego el boletín diciendo:

"...y cien mil de los españoles", y todos prorrumpían exclamando:

"- ¡Ya se ve; ellos, qué han de decir!

"Asegurábase que tal plaza había sido ocupada por los enemigos.

"Imposible.

"- Hombre, que lo dicen las cartas.

"- Se equivocan las cartas.

"- Que lo dan de oficio los periódicos.

"- Mienten los periódicos.

"Pero al fin las semanas y los meses pasaban, la noticia se confirmaba, y entonces mi tío solía decir con aire misterioso y satisfecho:

"- No tengan ustedes cuidado, eso es un ardid del Lord; tanto mejor, dejarlos que se internen.

"Y estando en esto solía entrar algún otro, a quien, dirigiéndose el saludo ordinario de: "Qué hay de nuevo?", no dejaba nunca de responder:

-Hombre, yo no sé; dicen que se van; dicen que vienen los nuestros.

"Con lo cual las esperanzas de toda la reunión se fortificaban, y mi tío, con el mapa delante, solía lucir entonces sus conocimientos geográficos y estratégicos, haciendo maniobrar la caballería en cumbre del Moncayo, o acampar la artillería en medio del Guadalquivir.

"Pero, en fin, aquella época pasó, y mi tío vio realizadas sus esperanzas, si no por efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del heroísmo de la nación entera. Parecía, pues, natural que, restifuida la calma, y restablecida en Europa la paz general, tornaría <sup>en</sup> mi don Gaspar a su tranquilidad primitiva, y haría prosperar su comercio con el mismo interés que en otros tiempos. Pues nada menos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personaje principal entre los demás espíritus infernales) se había agarrado tan bien de él, que ni aun la voluntad le dejó de escaparse de sus uñas, antes bien atormentándole con sus continuas inspiraciones, le hacía correr aquí y allí buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial.

"Levantábase al amanecer, y su primera operación era rodearse de todos los periódicos nacionales y extranjeros que podía procurarse; los primeros los leía sin entenderlos, y los segundos los entendía sin saberlos leer; quiero decir que como ignoraba otras lenguas que la suya, sólo podía adivinar aquellas palabras que <sup>le</sup> presentaban alguna analogía; con lo cual, y con los nombres propios de los generales y de las plazas, hacía su composición de lugar para formar luego su opinión; y solíale acontecer a veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, o hacer maniobrar a un río creyéndole general de división.

"Pero luego que bien penetrado de estos antecedentes se creía en estado de poder fijar todas las cuestiones, salía a la calle, y sin más rodeos se dirigía a la Puerta del Sol, donde siempre tenía dos o tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad para oír de su boca los proyectos ulteriores del ruso, o los secretos recónditos del inglés. Allí era el oírle disertar y argüir con sus contrincantes, haciendo trizas el mapa con más garbo que un sastre opera en una pieza de tela; allí el verle saltar montañas, adjudicar ríos, firmar tratados, <sup>de</sup> pasar notas, expedir correos, reunir congresos, publicar manifiestos y manejar, en fin, la política universal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes a un prestamista sobre alhajas, a un corista de la ópera, dos mozos de cuer-

da y tres aprendices de almacén.

"Luego pasaba a los cafés, y allí, rodeado de oficiales a medio sueldo, y de paisanos sin sueldo, ninguno ocupaba su conocido lugar, y su primera operación era pedir la Gaceta para volverla a repasar; después, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusión, unos en pro y otros en contra, asegurando<sup>que</sup> todos los motivos en que fundaba su opinión los sabían de muy buen tinta, citando autoridades tales, que cualquiera hubiera creído que habían cenado la noche anterior con el rey de Francia o con el emperador de Rusia; hasta que cansados de estragos y mortandades, se separaban en distintas direcciones, encaminándose unos al patio del correo a ver si era cierta la salida del extraordinario, otros al gabinete de la lectura a cielo raso de la calle de la Paz, cual a las tiendas de la calle de la Montera, cuál, en fin (y este era mi tío), a la escalera de Palacio, a ver subir y bajar los magnates; y agurar por las arrugas perpendiculares o transversales de sus semblantes lo que pasaba en lo interior del gabinete.

"Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba a comer a su casa, y ni la tierna solicitud de su esposa ni las gracias amables de sus hijos le conseguían sacar de aquella abnegación, de aquella cavilosidad que constituían ya su estado favorito. Tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia, sobresaltada, le preguntaba la causa de su tristeza, y no le dejaba hasta que había declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvía lleno de alegría, y averiguada la causa, sabíamos que era nada menos que la mudanza del ministerio dinamarqués.

"Por la tarde salía rodeado de dos o tres amigos de su mismo carácter, y paseaban por sitios extraviados y solitarios, parándose a cada momento y disputando a voces sobre la navegación del Escalda o sobre las fronteras de Hungría. De allí venían a nuestro país y hacían caer a su antojo todos los magnates por otros; luego decían en confianza los proyectos de decretos de todo el año corriente y toda esta máquina continuaba después en el café, sazónada con un bol de ponche, o en la tertulia, entre jugada y jugada del ajedrez.

"No hay que decir que los negocios particulares de mi tío deca-



veron a medida que se había ido ocupando de los negocios públicos, siendo tanto más chocante cuanto que, a pesar de que su mujer, en vista de su debilidad, quiso sacar partido de ella excitándole a pretender algún empleo, él nunca vino en ello, porque decía que no quería sujetar su opinión ni depender de ninguna influencia. Mas por de pronto aquello que él llamaba independencia y franqueza le valió tres o cuatro delaciones, en virtud de las cuales tuvo que saltar de un punto a otro sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral que dio con él en el hospital de Toledo, adonde se entretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los demás locos, que si he de decir verdad, podía pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos a ver hoy.

"Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relación de acreedores, y un sistema completo de amortización de la deuda pública; dos o tres papeles sobre la paz interior y un pleito de divorcio con su mujer; tres o cuatro libros de filosofía y una pistola, que, según él repetía, era para cuando se hubiese cansado de vivir; un tratado general de educación pública y cuatro muchachos que no sabían leer; un...

-Basta, basta -interrumpió vivamente don Zollo, con el rostro encendido y la voz trémula-; basta que usted me haya bosquejado las principales escenas de mi vida; no se complazca usted en presentarme las que sucederán después de mi muerte.

-Yo, amigo, no intenté...

-Conozco la sana intención de usted, estoy convencido de que de ninguna manera fue la de retratarme, pero, ¡ay amigo mío!, me ha presentado usted un espejo y me he mirado en él: ¿quiere usted más?

-Pues si ello es así, debo felicitarle por la conmoción que usted manifiesta y que no dejará de producir su resultado.

-Sí, amigo, desde este momento veo que mis ideas toman otro giro, y si bien no renuncio al interés que todo ser bien organizado debe sentir por la felicidad de su país y del mundo entero, trataré de apartarme de cuestiones ajenas a mi obligación y a mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia,

0186

y contribuyendo de este modo al orden y la felicidad pública.

-Entonces no pude contenerme, y abrazándole arrebatado exclamé:

-¡Ay, amigo mío, si todos me entendieran como usted!

(Diciembre de 1832)

## APÉNDICE C

Guillermo Prieto "Costumbres mexicanas. Un domingo"

México es siempre hermosa; pero un día festivo, como que se puede observar su fisonomía con mas detención, y abandonarse a la contemplación de sus encantos y defectos con más desahogo.

México, la hija más gentil y opulenta del Nuevo Mundo, la joven caprichosa y desgraciada; inquieta y desidiosa; cortejada por la ambición extranjera y envejecida por la criminal apatía de sus hijos; pues ved hoy domingo a esta capital, como quien dice, vestida de limpio, religiosa y preocupada, galana y ridícula; presentando a todos los ojos su conjunto indescrible, pero con no se qué de risueño y bondadoso. Su cielo, su única positiva riqueza, contra la cual no conspira la amistad extranjera ni el furor empleomático, ha brillado con la luz que anuncia descanso al perezoso oficinista, y tormento al breve pie de la joven presumida, y a la frágil cintura del almibarado plagio de los elegantes de París.

Pero uno de tantos ¿qué hace? ¿en qué se emplea? Todo es agitación y movimiento: los miserables asistentes de nuestros oficiales, se encarnizan haciendo brillar la bola de barniz en las maltratadas botas de su jefe, para que entren en acción en el baile que se da la noche de ese día: el criado del R.P. Fr. Antonio, prepara el pañuelo de <sup>57</sup> puntas bordadas, la alva con randas y encajes, que le regaló a su amo la Sra. marquesa para decir la misa conventual que es a la que concurren las mejores mozas de la vecindad; y miles de nuestros caballeros de industria obligan al pelo del sombrero a que oculte el raído borde superior: pintan con delicado tino sus levitas, y esperan impacientes la hora en que se debe volver su hermana mayor de la iglesia, para que sus medias figuren al lado de una chinela desencuadernada y sin lustre; le consuelan sus ilusiones y tiene la dulce esperanza de que aquel su equipo achacoso y mal curado le dará entrada en el templo (cuando no se les impida a los de barragán o capote): le nivelará a los caballeros en el baile; por fin le dará superioridad en muchas partes, por que ¿quién se figura en el siglo XIX al verdadero mérito, de barragán y sin corbata, con botas del parían

o con unos pantalones que no tengan en el anverso de cada botón, un claro y bien gravado Uruguén y Ragneau?

Es el caso, que ahora que estaba yo embelesado con mi facundia y admirando la prodigiosa propensión de mi genio a divertirse con las flaquezas del prójimo, recuerdo que soy periodista, y que debo ser conciso antes de todo, ¿dónde dirirá sus pasos en domingo uno de tantos? A misa, Dios sobre todo, vamos a misa; de ocho en la Encarnación, de diez Santo Domingo, de once San Francisco, de doce Señor San José: he aquí cuatro diversiones y de Valde y si a mano viene, con música nacional o extranjera, por que no es nada extraño que si el organista de una iglesia tiene sus pretensiones de parecer de buen tono, toque una aria voluptuosísima de Rossini, cuando el sacerdote en voz alta y poniendo la mano lo mas cómodo posible, para que resue- ne contra la casulla sin lastimarle un golpe de pecho, dice, "Domine non sunt Dignus" Se acabó la misa y es de ver a los abonados a oír diez o doce misas los domingos, como se regocijan con la salida de las jóvenes. Por nadie se cambiará, un meritorio de oficina, ni un sub-teniente sin cuerpo, ni un primianista de medicina, ni un dependientillo de vinatería o cajón de ropa en aquellos momentos deliciosos. Hombrés felices a quienes el maravilloso órgano de la vista abastece de todas las satisfacciones imaginables!!!

Han sonado las doce: las innumerables gentes, que no concurren a diversión alguna (de paga) pero que tal vez quieren hacerlo creer, se agolpan a la boca del portal y no es difícil, que uno que otro ricacho aprendiz de jinete, sonría satisfecho con las figuras que en el cartel de toros representan el diestro manganeo o el arriesgado coleadero.

Es difícil la elección para pasar en un verdadero solaz estas horas. ¿Cómo encarcelarse en un café donde el arma corta, digo la lengua, puede ser esgrimida por todo bicho viviente a sus anchuras? Ni en la Universidad de Oxford se habla de tantas materias: hombrés que todo lo critican sin saber nada, que dicen Rousseau y Voltaire como esta puesto, aunque al hablar de estos escritores los aniquilan con sus sátiras; que tutean al ministro H y al marques B y si se presentan dichos personajes les saludan con adulator rendimiento; que apuestan mil pesos delante de V. a que hay habitantes en la Luna, y

a su espalda, piden un cigarro al que tiene V. al lado opuesto; instruidos, sabios, experimentados &c. &c. en su café.

¿Y en esto de reputaciones...? No señor, vamos a visita. ¿Pero en qué pienso, pecador de mí, visitar en México, y un hombre que es rico ni mendigo? ¿Dónde vas joven descaminado, a una de nuestras casas otomanas, sin saber si las corbatas deben ser de vara y media o dos varas; si un chaleco nácar es mejor de pintas o de cuadros? ¿No ves que puede ofrecerse una contribución para día de campo, un ecarte, un...un susto que le ponga en ridículo? ¿a esta gente te atreves a visitar? No, no, es mejor ir a ver a mis conocidas las hijas de la viudita poblana que cosen ajeno: eso es más análogo a mis circunstancias; pero hombre incauto ¿dónde vas? A que la señora te parta el alma diciéndote que no pagan en la comisaría: que su marido era el dedo cliquito del emperador: a que las niñas la interrumpen, haciendo ver que si tuvieran zapatos irían aquella tarde a la casa de su primo Melesio que está enfermo; a que un mocoso insufrible después de haber hecho caballo en tu pierna, con tu sombrero hundido hasta los ojos, bloquee el nudo de la corbata con sus asquerosas manecitas, si no es que con torpe encogimiento se te acerca y en el oído te dice: "Dame medio", y te ve, y se retira con malicia, y tu entre tanto, (se supone por la falta del medio,) te finges distraído, y entonces el muchacho grita ¿lo digo? pregúntanle todos ¿qué cosa? ríe uno distrayendo la atención de los circunstantes: alaba la viveza del angelito; pero le desconcierta otro ¿lo digo? uno sin un octavo, afligido, tartamudeando de sonrojo le dice: otro día; en fin, se informan todos de la pobreza, ¿y qué remedio? Entre el desprecio, terminar sonrojado la visita con una conversación sobre lánguida guerra intestina y calamidades públicas.

Eso sí, ¿quién no tiene la certeza de que disculparán a V. de no tener medio, haciendo hasta el suscito inventario de su ropa? Esto es, si no le asaltan con un escote para merienda, baile de compadres, posadas o una rifita de un borrego de alfeñique en ochenta acciones de "1" real: doy por supuesto que no es visita en que se pierde la llave del ropero cuando entra la criada a que se le encargue alguna cosa, ni donde se llama al frutero, y a la hora de pagar, la bolsita del dinero no parece y no se puede parar a buscarla la señora por estar sin medias...No más visitas: las cuatro y media al

paseo. Esta es mano de una descripción poética.

El Sol desciende con blancura al ocaso: su luz moribunda ilumina un paisaje tan encantador, que la mano más diestra no pudiera trasladar al lienzo; desde en centro del concurridísimo Bucareli, se tiende la vista y le enajena la contemplación de la fértil y extensa llanura que está en el primer término de este cuadro magnífico: se presenta a los ojos dicha llanura con su apacibilidad melancólica, con el dócil rebaño que padece esparcido, y con el humo espeso que en el éter purísimo y sereno, sube y se extiende de la humilde chozuela del cuidador pacífico de los rebaños.

A poca distancia y descollando sin obstáculos se ostenta con su romancesca presencia el augusto palacio de Chapultepec, parece que la naturaleza caducando, se refugió en aquel sitio para eternizarse; parece que la ancianidad de aquellos árboles, solemniza los recuerdos de la antigua grandeza de este suelo, y parece que/aquel edificio soberbio, se materializó la memoria de los siglos caballoscos de la patria de nuestros conquistadores. Véanse después del sombrío bosque, las lomas escarpadas de Santa Fe, y en el último término se confunden el azul oscuro de los montes con el más claro de los cielos, y se mecen en el espacio intermedio nubecillas que al deslizarse voluptuosas en la aura apacible de la tarde se tñen con los colores del Sol moribundo, y se dispersan conservando en mil caprichosas formas su brillantez hasta que las desaparece la noche de los cielos, semejantes al desengaño que disipa de la imaginación las ilusiones risueñas de la juventud.

Esto es hermoso: por lo que mira al paseo, es un paseo de fantasia, de disfraz. Ve V. por ejemplo: una ramera disfrazada de señora: un miserable, de hombre decente: aquel aspirante, de diputado: al rico, de simple particular.

-¿Quién ese señor que va en este coche?

-¡Ah! ese diablo no tenía que comer hace dos días.

-Y este animal que viene disfrazado de gente ¿quién es?

-Pregúntalo...no se lo preguntes a nadie: porque es fuerza que le conozcas en cuanto se acerque.

-Con que ¿quién era ese que no tenía que comer hace dos días?

-Era el único que entraba a todas horas a hablar con el ministro D.

-¡Cáscaras! con razón.

-Esa señorita que viene en el coche amarillo dicen que ha vendido no se qué cosa para el baile de fantasía.

-¡Bribona!

-¡Qué alaraca! ha llegado lo mejor, esos que vienen mortificando a sus caballos; estos otros que aturden a la concurrencia: ése es nuestro tono.

-Mira a J. trae amarrada la mano que se lastimó en el coleadero esta mañana. Este otro joven, es de las mejores familias; y es un hombre notable.

-¿Qué hace de bueno?

-¡Como qué! no hay quién coma en México como él.

-¿Es posible?

-Si señor, se desayuna con cinco tortas de pan, come medio ternero; y sin respirar, apura tres botellas de champaña.

-Sería excelente buzo.

-¡Buen resuello!

-¡Ah del platón de puchas y rodeos que cae en sus manos! ¡ay de aquel que da una merienda, y lo convida!

-Ya no se vé: vámonos.

-No señor, esta es la hora del tono.

-Reniego del tono.

-Voyme: lo bueno es que tengo varios amigos en el portal, en el paseo, y demás, que pueden entre tanto divertirse con mi reputación.

Empolvado y lleno de fatiga, vuelvo del paseo: ha faltado su luz a la linterna mágica que daba vueltas a mi vista, y solo quedan impresas en la memoria las vidas y milagros de cuantos han paseado aquella tarde en el delicioso Bucareli.

Dejo consultando con su tocador al Elegante, el augurio de sus conquistas en aquella noche; le dejo impacientándose con el rebelde cosmetique, que no quiere que aparezca negro y espeso el ralo y nacimiento bigote; le dejo entregado a sus inspiraciones, para que cuente de una manera enfática y verosímil, que tal joven le enamora; que no asistió a tal concurrencia por que había mucha broza, aunque era en la casa del general R...dejo a este elegante envanecido de ante-

mano, por las señoras que cree, que que le ven, o admirando su gracia y compostura, o aspirando con timidez a sus favores, sin conocer este pobre hombre que pueden ser miradas de burla, o de desprecio: lo dejó, en fin, por que más vale dejarlo.

Entréguese norabuena en estos momentos, la joven de buen tono, a pensar si su rostro mórbido se ostentará más hechicero entre el delicado encaje de una airosa pañoleta, o si <sup>al</sup> a pesar del frío mostrará su esbelto cuello, expuesto a las miradas importunas, y lo que es más a la rigorosísima intemperie.

En tanto que la <sup>la</sup> feliz criada de las pobres costurerillas o ribeteadoras de sombreros, recorren las casas de las conocidas de sus amas pidiendo en una guantes, abanico y cinturón; en otra &c. &c. y haciéndose sin quererlo las dichas señoritas objeto tierno de los recuerdos de cuantos en aquel escaparate ambulante han puesto sus prendas a la pública expectación.

Emprenda cantando su marcha, o cabilando en los divertidos juegos de prendas, el escriente de tal licenciado, y vaya a repetir por la milésima vez, en un reducido círculo de niñas su expresivo wals de amor, su canción poblana, sus lúgubres lágrimas de Voltaire o su juego del casero, conveniéndose tácitamente en que se ha de mandar de penitencia el abrazo rogado, lo menos cinco o seis veces en la noche, por que si esto no quita el frío, se hace por lo menos algún ejercicio: recíbanlo los ladridos o los alhagos, que todo es peor, de los perritos de la casa: amenácelos con rabia la descuadernada futura del escribiente, y agazátese el falderillo trémulo y gruñendo en las faldas de una gruesa matrona, que en medio de una bocanada de puro, aplaude con desentonada risa aquella gracia; de su incomparable Pirata o Polione, si es macho, y si es hembra Norma, o Adalgisa. He aquí uno de los bienes que nos ha traído la ópera italiana.

Séale, en fin, propicio el cielo a estas horas al amante entusiasta que se extasia, contemplando los bastidores de un balcón y que recoge victorioso una marchita florcilla que se arroja del balcón después <sup>de un leño aguacero o de</sup> de una reclamación del prefecto por sospechoso. Por <sup>lo</sup> que toca a mí, paso a paso, y evitando lo mejor posible un peligro <sup>so</sup> encuentro, v.g. con un descontentatizo político, con uno de nuestros sabios de por



allá, con un moderado que me aturda con sus buenos, pero inútiles consejos, con miles de quienes se pudiera decir con Bretón:

Se llevó el cólera morbo  
A millares de inocentes,  
Y no se llevó a estos entes  
Que sólo sirven de estorbo.

Como iba diciendo, paso a paso me dirijo a Veroli, aunque muy expuesto a que si conocen los criados por desgracia, que <sup>solo</sup> pago el real del chocolate sin gratificarles, me dejen desollar los dedos de la mano derecha, golpeando las mesas: por fin sonó con estrépito la campana del administrador del café, y atropellando gente, se presenta a mis ojos un mozo: por fortuna hay marchantes y de consiguiente me libertad de que entablara conmigo una larga y fastidiosa conversación, como sucede en nuestras fondas y con los sirvientes de los baños.

Como hay tanto que hablar sobre café, mil plumas, y sin adularme, muchísimo más diestras que la mía, han descrito con gracia cómica estos lugares.

Es un divertido panorama un café: ve V. allí la especie humana ennoblecida: guerreros, siempre vencedores, que han favorecido a los generales de más valor y nombradía; políticos, en cuyas manos si estuviera el mundo, así saldría; jóvenes, a quienes, a quienes si mienta V. la calle de Mesones dicen ¿quién conoce ese arrabal? a quienes calza el mahones, viste Senac, comen en la genovesa, juegan treguas de a cinco pesos, duermen de bata y gorro en un catre hermosísimo del Norte ¿cómo se entiende nuestra pobreza? Se cree uno en un café trasladado al país más ilustrado, rico y feliz del universo: a no ser que se tropiese V. con uno de aquellos hombres <sup>que</sup> son un pero viviente un sin embargo personificado, que se granjean reputación, pronosticando desgracias y afeando cuanto ven en nuestra patria.

A la retreta: las 8 a la retreta: la lara la: qué linda aria.

Música triste, la escena está oscura; muchos y muchas embozados en capotes y capotas, aunque éstas sean de sangaleto: un hombre de sombrero tendido e inclinado hasta los ojos, con su espada debajo del brazo, por supuesto, la misma que llevó al paseo.

Uno que atravieza cantando mal.

Varios jóvenes solitarios y meditabundos.

A lo lejos los hermanos de nuestro amo cantando el Santo fuerte.

Varios cócoras, aturdiendo con sus gritos y formando semicírculo al frente de una cadena, aspirando con los circunstantes al renombre de veteranos con insulsas y groseras chocarías.

Varios amantes que obsequian a sus amadas con llevarlas a La Alameda, a la retreta o a tal cual bailecito casero, mientras quiere Dios darles una lotería en las rifas de Santa Inés y el Hospicio para efectuar el suspirado enlace.

Hay gente para todo; aquí y favorecida de la oscuridad, se desliza entre los anchos pliegues de una capota la mano blanca y delicada de una joven que entrega al feliz amante, que está recargado pensativo contra un pilar, un perfumado billete, que a la luz de su puro y tal vez con la bien formada letra inglesa, descubre un adorado que no deja sin dormir de regocijo y satisfacción.

Hay también, como en todo, gente que padece, gente a quien persigue un energúmeno dulcero, con sus papeles de almendras y sus yemitas garapiñadas, sin dejarle respirar, si es que no le asusta y ronco y destemplado grito de un indio chaparro y de bigote, que en el oído le dice: castaña azada. Pero cuán dulce es <sup>en</sup> una noche oscura, y oyendo, en medio del murmullo de los transeuntes, el obligado de un clarinete y a pesar del aire que azota a V. por sus cuatro costados, oír también la voz dulcísima de su festiva compañera: allí sirviendo de careta la oscuridad, se aventuran palabras atrevidas: se fijan las miradas con pasión frenética en su rostro bañado al soslayo por la escasa luz del distante y mal alumbrado farol; gracias al contrastista del ramo, se pierde uno a las miradas inquisitoriales de una anciana, que no es poco adelanto: y sin que se adviertan por fuera las undulaciones de un pérfido capote, puede uno a sus anchuras oprimir la mano de su adorada, o llevar sus dedos blandamente entrelazados con los de uno; por supuesto para estos casos son inútiles los anillos, y más de piedras porque... también por la oscuridad.

Aunque sólo son las ocho y media, pienso ir al bailecito de la calle del Estanco Viejo: me lo figuro por el estilo del que describe D. Dolores en la comedia del Alferez; dice así:

No hace mucho concurrí  
Con mi querida Matilde  
A un baile de gente humilde  
Y escuche V. lo que vi:  
Pieja a medio blanquear  
Era, donde una cortina  
Dividía la cocina  
Del paraje de bailar.  
Sillas de varios colores  
Y tamaños la adornaban,  
Que con bondad franqueaban,  
Los concurrentes mejores.  
En mesas de cien abriles  
Sostenidas con esmero  
Por uno que otro madero  
Estaban dos luces viles.  
Pérfidos la resguardaban  
Dos candeleros raquíticos  
Que al sentir gente, impolíticos  
Las bujías ladeaban:  
Junto al techo había una luz  
De una lamparita escuálida,  
Que alumbró la frente pálida  
Del redentor en la cruz.  
Sentados los circunstantes  
Y otras gentes pobrecillas,  
Los bien vestidos en sillas  
Y en el suelo los restantes.  
Haciendo papel decente  
Entre tanto badulaque  
Siete impresores de fraque  
Un fraile y un subteniente;  
Escuchándose a la vez  
Un perrillo que ladraba,  
Algún chico que lloraba,  
Y las risotas de Andrés;

Después de diez mil quimeras  
Un músico calvo y tuerto  
Tocó no con mucho acierto  
Unas alegres boleras.  
Y de un oscuro rincón  
Con el frac, corto de sisa,  
Largo el cuello de camisa,  
Mas que corto el pantalón;  
Corbata de hombres pueriles,  
Llena de pliegues y lazos,  
Y distantes los dos brazos  
De sus agudos cuadriles,  
Salió, con garbo gentil  
Haciendo mil contorsiones  
Y habriéndose los faldones  
De su casaca ¿quién? Gil.  
Extiende la flaca pierna,  
Suena el palillo con curia;  
Y habla, alzándose la furia  
Con su compañera tierna.  
Mil pies llevan el compás,  
Ya se escucha poco ruido  
Pero gritan ¡el marido!  
La niña no baila más:  
Hay gritos ¡oh suerte impia!  
Todos huyen por la ronda,  
Y es preciso que me esconda  
Hasta que asoma otro día.  
¿Para qué ocuparme más en mí? que  
serán tan caritativos los lectores de este artículo que no anoten con pasajes de mi vida pública y privada mi insulso escrito? - Creo que no.

D. Benedetto.

## APÉNDICE C

Guillermo Prieto "Las doncellas"

Pretendo considerar a la mujer, en este artículo, despertando del sueño de la infancia para abandonarse en la corriente de la vida, al impulso de las dulces ilusiones de la juventud.

No es ya esta bella criatura la niña a quien ayer tributábamos nuestra sonrisa, con inocente satisfacción; no es la juguetona mocuzuela que riñe con su primo por una sonaguilla, que excita nuestra risa en tal cual procesión a que asistió de saya y mantilla, como señora grande; no es, en fin, el arcángel S. Gabriel que figuró en los últimos desagrazos de S. Francisco o de Jesús.

Es ya la joven reservada y misteriosa, a la vez ingenua y falaz, candorosa y astuta; pertenece a aquella clase de la sociedad, que bajo la influencia de todos los climas y costumbres, descubre caracteres idénticos e inequívocos.

¿Para qué hacer la minuciosa distinción de todas las clases de doncellas que en mi juicio existen? Diré por ahora, lo que en general las distingue de las demás mujeres.

En esta época de su vida, precursora por decirlo del desenvolvimiento de las facultades físicas y morales, es casi indefinida la doncella, sin embargo al primer homenaje de nuestra adulación, despierta su soberbia; la necesidad de agradar la hace parecer dócil, y perdiéndose insensiblemente su carácter entre multitud de pasiones, ya nos sorprende su indiferencia, o nos embelesa su candor, o nos fascina su <sup>m</sup>prudente orgullo.

A pesar de eso, pocas veces ocultan las doncellas, aquella necesidad poderosísima de buscar un corazón que comprenda el suyo; aquella inquietud indefinida; aquella melancolía que las hace tan seducoras; aquel sonreír, después de un importuno suspiro que nos descubrió sus pensamientos vagos, aquellas afecciones nerviosas, tan útiles en estos casos y cuya inventora merece una estatua de chaquira; aquellos dolores de muelas que las alejan de la sociedad impertinente de tías y de ancianas; aquellas jaquecas, en fin, para las cuales, todos los hombres sabemos mandar, agua de colonia, carbonato,

magnesia, oler aguardiente, o un pris de Nachestoches por lo menos.

Parece que esto prueba que una de las armas poderosas del bello sexo es el disimulo; yo no sé; y que se lisonja, ~~ca~~ al alucinarnos con un ingenioso estratagema; pues no lo diré por cuanto mundo tiene.- Pero es fuerza decir algo, señor, y ya estoy en un apuro in-cerpeible. Hagan de cuenta que no soy yo; pero que otro bribón refería que durante una visita dilatada ha visto a la tímida doncella, con los ojos constantemente fijos en su bastidor, sombreando un hermoso galgo de canevá y que a no ser porque algunas veces, murmuraba entre dientes algunas palabras, contra la seda floja la hubiera uno jurado sordo muda.

Pero ¡Santo Cristo del Buen viaje! Salga V. del quicio de la puerta y verá qué granizada de epigramas lanza la doncellita contra V; el nudo de la corbata, la imperceptible mancha de chocolate de su camisa, el botón que de menos tiene en el frac, nada se ha escapado a su observación <sup>o /o</sup> escrupulosa: es un diluvio, una inundación de sátiras ingeniosas y malignas; en fin, sufre su señoría una verdadera autopsia moral.

Examinemos ahora a la doncella en sociedad.

Una de las cosas que más caracteriza sus reuniones es que no andan, no salen, no corren, ni se detienen sino colectivamente: sus movimientos, sus risas, sus miradas, se hacen con una semejanza tan perfecta, que una compañía de veteranos los más agurridos se hgoraría con aquella uniformidad. No quiero describir aquella singular manía de atravesar un salón de baile, después de una contradanza y con unado están más silenciosos los concurrentes, un grupo de garbosas muchachas abrazadas cordialmente y riéndose y hablando en secreto y emprendiendo unas carreritas monísimas. ¿Para qué hablar de esto? Todo el mundo lo ve... y lo ve no muy a sangre fría. No hay una sola gente que deje de conocer la diferencia que existe entre una reunión de sólo mujeres, y cuando es parte de esta reunión uno de los nuestros. Veréis entonces a aquellas jóvenes francas y alegres, componiendo el rostro, estudiando actitudes. Ésta parece distraída, la otra sonríe como ruborizada de que el hijo de Adan la mira, otra extiende, como descuidadamente hasta descubrir un breve zapato, que encierra un bien formado pie, atado como un fascineroso con redun-

dantes cáligas de listón, otra...no señor, basta ya de otra y otra.

~Vuelve en tí, pecador, y ¡ay!, ¡tres veces ay!, como en drama romántico, ¡ay de aquel que tiene la imprudencia de arriesgarse a entrar sólo en una <sup>11</sup>sociedad de amigas! Mejor mil veces le fuera perder la brújula en desconocidos mares, o verse rodeado por las venenosas serpientes de nuestros desiertos: mejor le fuera, escuchar una importante noticia de boca de un tartamudo: mejor le fuera...os encontraréis sin guía, oyendo un lenguaje intraducible, relativos, infinitos, como ¿te acuerdas de aquello? ¿estaba allí? ¿lo mismo que aquél? Risas reprimidas, burlescas miradas; en fin una correspondencia muda, metafísica, fantástica, telegráfica, diabólica!!

Pues señor, ¿ve V. a las doncellas así ni más ni menos doncellas como son? También padecen, y toma si padecen, ¡alma mía de ellas!, ¡cómo sufren! v.g. si la mamá no les ha dicho abur de corazón a los amigos del alma, cuánto padecen las virgencitas. Asisten a una tertulia en que las agasajan demasiado, la mamá cuenta del pe a pa sus defectos: cuando más embelezada escucha un requiebro, le manda la mamá que cierre una mampara, la hace señas para que hable más quedo. Salen a la calle; la mamá con el señorito N. buen mozo, galano, y ella, ¡pobrecita!, con el hermano grande, que la llena de dicterios por todo el camino: ¿van al baile? la mamá de falla, zapato blanco, &c. &c. ¿y ella? ella con una esclavina de punto que sirvió a la señora en la entrada de Iturbide: ella con un túnico que le achicaron, y peinada <sup>por</sup> mal cabo: en el paseo saluda después de la mamá; la corrigen cuando habla, y cuida a los hermanitos chicos allí y en el teatro. ¡Pobres doncellas!

Hay no obstante, una langosta en esta adorable porción de nuestra sociedad, que si pudiera hablar, la denunciaría al tremendo tribunal de la opinión pública.

Por ahora, padres y madres de familia, os ruega D. Benedetto, mucho cuidado con las niñas y más

1<sup>a</sup> Con los grandules que hacen migas con los hermanos chicos y los llevan a la nevería y les saludan, cuando los inocentes muy quitados de la pena, van pian piano tras de las hermanas, arreglando su tirante de orillo, metiendo un pañuelo

que sirva de apéndice a su cabeza para que no se les suma el sombrero del papá, o acallando con un pedacito de cera, el imprudente ruido de la zuela de su zapatón.

- 2º Con aquellos señores, de muy buen corazón, que ofrecen colocaciones a los hermanos, que se hacen apoderados, que se ofrecen a cobrar el montepío, que en todo y por todo nos ofrecen su amparo: alerta, sí muy alerta.
- 3º Con los maestros de baile, música o escritura, sin paga, que estos son tal cual licurgo barbero, descarreado estudiante u oficioso escribiente.
- 4º Si lleva las andas de los peregrinos en algunas posadas la niña, cuidado con los que acompañan en la vihuela la letanía.
- 5º Si representan pastorela o comedia casera, ojo al diablo o al primer galán.
- 6º Si se enferma alguno de la casa, mucho cuidado con los caritativos que se comiden a velar al enfermo.

En fin el mejor de todos es huírlos ¿y cuando esto no se pueda? proponerles el séptimo sacramento, y o herar o quitar el banco. ¡Ah! si yo fuera gobernador de una ínsula como el incomparable Sancho, la primera de mis siete leyes había de ser: excluyo del número de las vírgenes a las siguientes.

- 1º A toda ronca o de nombre que huela a macho, como Jorja, Longinos, Espiridiona, Dorotea, &c. &c.
- 2º A toda hembra, no sé cómo llamar a este sexo que por mas que digan no es bello, que fume puro o tome polvos.
- 3º A la que use botas o zapatones aun en tiempo de recios aguaceros.
- 4º A la que tuviere una dotación rica de bigote y patilla.
- 5º A toda mujer que agarre, pegue o dé muestras de excesiva soltura de muñecas.



6º A las que hablen de política y respondan a una declaración de amorosa con un artículo de reformas del Independiente o del Cosmopolita.

En fin ya no hablo más, y tengo que decir mil preciosidades; pero el impresor dice que <sup>esto</sup> basta.

(D. Benedetto I. del F.)

## APÉNDICE C

Lorenzo de Zavala "Costumbres alemanas"

Cuando amanece en Madrid uno de esos días en que el cielo se cubre del azul indefinible que causa una emoción difícil de explicar, cuando el habitante de Madrid se levanta un día de primavera y le viene a las mientes respirar el aire embalsamado de los campos, oír el rumor sordo de las hojas de una alameda, entonces reconoce el prosaico Madrid, con sus raquíticos teatros, su mimado Prado, su quinta del Espíritu Santo sin una ensalada, su pórtico sin un árbol, y sus alrededores estériles y calizos. Los pueblos meridionales nos contentamos con el sol, y la lozanía de la vegetación: en los pueblos del Norte el hombre crea las delicias, forma lagos donde no los había, construye un bosque donde no había más que un arenal, y la mano del trabajador suple la ingratitud de la naturaleza. Lo que en Alemania se llama un lustgarten es una de las cosas más curiosas de este país en que los artistas y los poetas hallarán siempre tanto que contemplar.

Yo he visto los cafés de París, radiantes de luz con sus cien espejos, dorados y arabescos y todo esto me daba lástima. No concibo más triste placer que el de ir y venir por un salón estrecho, sentarse a un velador de media vara con las cuatro columnas de un periódico al frente, o con un juego de dominó. Esto se entiende en las horas en que están accesibles, que cuando a las seis de la tarde concurren a ellos los extranjeros, los paseantes y los ociosos, es de todos los refugios ofrecidos al capricho y a la haraganería el más fastidioso, el más insoportable.

Allí se prensa una persona contra otra, se pisa, se codea, se disputa, con la espada en mano en sitio de dos pies cuadrados al ángulo de una mesa. A poco de haber logrado, después de sudores y mil combates, una mesa donde descansar, se encuentra uno al instante apremiado de un lado y de otro, hasta el punto de perder toda libertad de movimiento. A mano izquierda un abonado, que nunca toma una simple taza de café, interrumpe vuestros pensamientos con una tos asmática que taladra los oídos; a la derecha está sentada una vieja entretenida en dar bizcochitos y terrones de azúcar a su dogo, con harto pe-

ligro de vuestra ropa y del lustre de las botas; al frente hay sentados dos graves políticos discutiendo en alta voz el tratado de la cuádruple alianza y la política de Luis Felipe.

Si usted necesita aire, los mozos del café abren por mucho favor una ventanilla de a cuarta, parecida a un agujero de una prisión: paisaje y bosques no se encuentran allí más que los pintados en las paredes del establecimiento. En Alemania es diferente, en este país de la poesía y del pensamiento todo es bello y grandioso, el fantástico mirar de los hijos del Rin se retrata hasta en sus diversiones públicas. El lustgarten alemán es un grandioso y bello jardín rodeado de una cerca de zarzas, lleno de bosquetes de rosales con mesas rústicas sobre las que cae un desmayo, o que sombrea una acacia. En el centro se eleva un tablado estimado a la orquesta. En el fondo se percibe una bonita casa, pintada de azul o verde con guirnaldas de flores en la portada y en las ventanas y un poético epígrafe en la fachada principal. Aquel es el laboratorio del repostero, el templo de la gastronomía, y en esta ciencia es necesario confesar el atraso en que nos hallamos. Yo he visto un hojaldre confeccionado por el diseño de un lustgarten alemán y destinado a un alto potentado, y que tenía la forma de un castillo gótico. Encima del puente levadizo se distinguían con claridad las armas del duque; en el interior el artista había representado con pequeñas manzanitas balas almacenadas para defender la fortaleza; los cañones estaban figurados con biscochos cilíndricos, y los soldados formados de almendras tostadas. En cuanto a la estructura del edificio, las murallas estaban hechas con una masa blancuzca hábilmente trabajada; los hierros de las ventanas eran gruesos hilos de chocolate, y el rosetón de la capilla era un grupo de pastillas de color. Los placeres del lustgarten duran todo el año, pero las horas del triunfo, de grande alegría, no son más que en estío. Cuando se ha derretido la nieve, cuando el cielo ha recobrado las hermosas tintas del sol de junio, cuando los pájaros cantan sobre el follaje naciente de los árboles, el buen ciudadano alemán que ha consultado el estado de la temperatura y el calendario, entra en su casa lleno de gozo y dice a su familia: el domingo iremos a lustgarten. Llega el domingo y toda la familia está en movimiento, las mujeres sacan del armario sus más ricos

vestidos, y los hombres recomponen sus mejores pipas: a las dos llenan las plazas y las calles mil gentes que se dirigen por el mismo camino. Al aproximarse al encantador sitio de recreo se nota en todas las fisonomías una alegría y una sorpresa indefinibles. La cerca ha recibido alguna variación, alguna mejora; las calles del jardín presentan mil sorprendentes novedades, se ha hechado en las sendas una arena más fina, y la orquesta se ha aumentado con alguna notabilidad musical.

Cada familia se sienta en una pequeña mesa y se hace servir el té y alguna empanada; las mujeres se ponen a bordar o hacer calceta, los hombres fuman, y los jóvenes se entregan a las juveniles fantasías. En este intermedio, las ramas de acacia, sacudidas por un viento ligero cubren la tierra de odoríferas hojas blancas; las aves saludan alegremente a estas familias de felices ciudadanos que no han visto hace mucho tiempo; el cielo lo mira sonriendo estos inocentes gozos terrestres, y los poetas empiezan de nuevo a cantar la naturaleza. De repente el jefe de la orquesta sube a su puesto, se ha dado ya el compás de aviso, y los instrumentos entonan una ópera de Rossini, un romance de Kreutzer. Pásanse así largas horas, ¡oh!, quién podrá decir cómo pasan fugaces y dulces; y por la noche cuando la madre de familia reúne su pequeña asamblea, cuando el serio mercader mete su pipa en el estuche y toma el camino de su casa, quien es capaz de contar las dulces miradas dirigidas al través de las lilas y de los olmos, los jóvenes corazones que han batido por primera vez en este memorable día de primavera? El lutsgarten está situado siempre en un sitio pintoresco, capaz de seducir la imaginación de los poetas, y fijar la mirada del artista, si hay un lago cerca de la ciudad, el lutsgarten se mirará en las aguas de este lago; si hay un bosque, allí se construirá el jardín solitario. Poco importa la distancia, con tal que se logre el placer y que el té sea bueno.

Los estudiantes van a caballo los ricos en coche, y los que no tienen medios para sostener caballo ni carruaje, se encuentran muy satisfechos en ir a pie. Regularmente hay alrededor de cada ciudad varios lustgarten, y de aquí resulta una útil emulación para ganar el favor del público. Éste debe su fama a su excelente cerveza, aquí a su buen repostero, y otro a su escogida orquesta. Las familias alemanas escogen generalmente uno donde celebran con la mayor fidelidad todos los

acontecimientos de su vida. Muchas veces la casualidad más insignificante hace la fortuna de un propietario de Lustgarten. Que un corresponsal le remita un buen café de moca, o que el cazar le haga encontrar un buen director de orquesta, ya le tienen rico. Su nombre pasa en las alas de la fama de un cantor a otro, y todo el mundo se cree indigno de sí mismo si no va a disputar las delicias de tan bella adquisición. Finalmente, pueden considerarse estos sitios como la habitación de verano de las ciudades de Alemania, el hombre de negocios descansa allí de sus fatigas, cada mesa reúne a una familia que no desampara sus quehaceres. Es muy frecuente ver en estos días de recreo el canastillo de la costura al lado del asiento de la madre, y el libro en las manos de las jóvenes que estudian. Cuando entre nosotros renazcan los deseos de gozar del campo, de sustituir al aire de los corrompidos cafés, el ambiente de los bosques, será una señal de que nuestras costumbres toman otro giro, y que nos dulcificamos y engrandecemos.

El Patriota.

LOS ENSAYOS MORALES EN EL MUSEO POPULAR

Sin firma "Influencia del bello sexo"

El bello sexo ejerce sobre los hombres un dominio indeclinable, y que se extiende a toda la vida. Impera sobre la niñez por el cariño, sobre la juventud por los deseos, sobre la edad madura por la posesión, sobre la vejez por la debilidad. Hijos, amantes, esposos y padres, todos obedecen al mando del amor y de la hermosura: todos sufren el yugo del sexo débil, tiránico si se quiere, absoluto, pero amado y embellecido por las gracias.

Si la naturaleza hubiera dotado a las mujeres del vigor físico y de la fuerza intelectual de los varones, sin quitarles nada de sus gracias, de su ternura de la vivacidad agradable de su imaginación y de la delicadeza exquisita de sus sentimientos, no tendrían que cansarse los políticos en buscar los verdaderos principios del orden civil. La mujer sería en esta hipótesis un hermafrodita moral, y teniendo en su mano la seducción que subyuga, y la razón y el valor que defienden, ¿qué podría el hombre feroz contra ella? La naturaleza hubiera indicado entonces la única forma de gobierno que convendría a la sociedad, el despotismo mujeril.

Pero la naturaleza ha dispuesto las cosas de otro modo, haciendo incompatibles física y moralmente las cualidades de entre ambos sexos. La mujer domina por el sentimiento, pero en cuanto a la razón es de pendiente del hombre. Aún hay más: el sentimiento, que es un medio de dominar en la mujer, es también un medio para dominarla, y cada individuo de ese sexo, si manda a veces tiránicamente, algún día obedece o algún día obedecerá, y lo más común es que manda porque obedece. De ningún ambicioso se puede decir con más razón que de las mujeres la expresión de Tácito: omnia serviliter pro dominatione. Se humillan para dominar.

La razón de este fenómeno no está precisamente en la inferioridad de la fuerza física, motivo de mucha influencia a la verdad en los pueblos bárbaros, pero muy poco poderoso en las naciones civilizadas. Tampoco está en la energía de sus sentimientos que las someten al que es objeto de ellos: la experiencia enseña que las pasiones del hombre, aunque menos duraderas son enérgicas, y no por eso es más ser-

vil su sumisión. La causa esencial que obliga al bello sexo a la servidumbre, debe buscarse en la naturaleza de sus facultades intelectuales: en su imaginación más ardiente, más delicada que la nuestra, más hábil para encontrar recursos momentáneos pero pasiva, sin facultad creadora, poco fecunda de ideas y de una esfera limitada. Las prendas y defectos de la imaginación mujeril dependen de su constitución física, y por tanto la educación podrá modificarlos algún tanto, pero no destruirlos.

De esta disposición natural resulta que la mujer ha de recibir de fuera las ideas que han de servir de pábulo a su imaginación, y la mente, de la cual las reciban, ejercerá sobre ellas un imperio exclusivo y de larga duración. Hemos dicho exclusivo, porque sólo se someterán a aquella mente de la cual han recibido o han creído recibir luces; esta sumisión les parecerá forzosa en virtud de su debilidad física, o amable si las pasiones la han fortalecido, pero el alma mujeril sirve una sola vez, y semejante a los esclavos de Egipto, se vale de su esclavitud para mandar después; y las ideas que han adquirido en su sumisión le sirven para dominar en la sociedad.

Así se explica un fenómeno bastante general en la historia. Las mujeres siguen siempre el espíritu del siglo. Ciudadanas rígidas en Esparta, recogidas en Atenas, corrompidas a los fines de la república romana, fanáticas y superticiosas en los siglos de la barbarie, galantes con decencia en los de la caballería, y con cierto grado de instrucción en el presente, nunca han sido otra cosa que lo que han querido los hombres que sean, por la imposibilidad en que se hallan de trabajar con otro caudal de ideas que el que presenta a cada una la persona que elige *por* maestro.

Esta sola consideración basta para hacer ver la urgente necesidad de educar bien al bello sexo. La mujer igualmente que el hombre ha recibido de la naturaleza una gran dosis de curiosidad, y esto no se limita, como algunos afectan creerlo, a la chismografía del amor y de la vanidad. Su ardiente imaginación tiene necesidad de un pábulo, es decir, de ideas, y si no se les dan maestros que se las comuniquen, ellas los buscarán. Pero el maestro tomado por elección de la discípula puede ser muy nocivo para la felicidad de ella, y para la influen-

cia que ha de ejercer después en la sociedad. Estos maestros interesados procurarán inspirarles ideas útiles a ellos mismos, y presentarán a una imaginación nociva un mundo de invención propio, en el cual no habrá un objeto más esencial que el salario de sus lecciones. Unos procurarán inspirarles ideas y sentimientos de obediencia pasiva a la autoridad paterna, aun cuando sea injusta y tiránica; otros les enseñarán a practicar como virtudes la g<sup>a</sup>moñería y la apariencia de la religión; otros, semejantes al insecto que devora las hojas de una rosa, destruirán en su alma los sentimientos del pudor y de la honra; otros, en fin (y éstos son los más peligrosos), las reducirán toda la historia del mundo a las novelas, y toda la moral al catecismo del amor. ¿Qué obstáculo puede oponer a estos males la imaginación ardiente y vacía de una joven,  $\neq$  si llega<sup>a</sup> vaciarse en ella el sentimiento, único recurso del bello sexo contra la corrupción del espíritu?

Estos males se hacen mucho mayores por la naturaleza de las meditaciones, <sup>a</sup> que con más placer se entregan las mujeres. El bello sexo es esencialmente moral, y si no le son desagradables los estudios de las bellas artes, de la física y de la historia natural, no hay duda que los que le gustan más generalmente son los relativos a la historia y a la teoría de los deberes y obligaciones domésticas. Esta preferencia se debe a la inferioridad de su fuerza física y a la superioridad de su tacto en el conocimiento del corazón humano. El débil no tiene más apoyo que las leyes; y la moral es el legislador doméstico y civil. El que posee un arma ventajosa quiere conocer bien todas las maneras de usarlas; y las combinaciones morales son las que pueden enseñar a la mujer a sacar el mayor partido posible de su conocimiento del hombre. No es extraño pues, que prefieran las lecturas morales a todas las demás.

Luego, si el maestro que la elección o casualidad deparó tiene interés en pervertir las ideas morales de su discípula, o por lo menos no tiene el saber necesario para presentar las buenas con claridad y distinción, corrompido el sentimiento de lo justo, de lo bello y de lo verdadero, ¿quién volverá a curar el espíritu mujeril, muy semejante al ángel en no abandonar lo que una vez aprendió?

Se ve, pues, la necesidad de libertar al bello sexo de estos peligros, fijando en su imaginación las buenas ideas, antes de que entren en el mundo. Su felicidad propia, la felicidad de las personas sobre



las cuales han de ejercer más inmediatamente su influencia, y hasta cierto punto el tono moral de la sociedad dependen de la educación de las mujeres. ¿Por qué se ha de dejar al arbitrio de su corazón inexperto o de su imaginación desalumbrada o de la casualidad un objeto tan interesante?, ¿por qué se ha de dar tan poca importancia a las ideas primitivas que han de servir de base a sus sentimientos futuros, y que han de ser las fuentes de delicia o tormento para las familias y de corrupción o moralidad para las personas que las traten?

Nos hemos extendido tanto en este asunto, porque no están los hombres generalmente convencidos de la necesidad de fijar desde muy temprano las buenas ideas en la juventud del bello sexo y de dar a su imaginación el único pábulo que le es provechoso.

Nosotros creemos que toda la instrucción literaria de las mujeres, generalmente hablando, debe reducirse o dirigirse al objeto más interesante para ellas, es decir, a la moral. Fortalezcamos su espíritu de modo que pueda resistir vigorosamente a las seducciones futuras de su imaginación. Presentémosles la imagen verdadera de la virtud, y valgámonos de la ternura y rectitud de sus sentimientos para hacerse la amar. Es muy difícil que sea infeliz la mujer que llegó una vez a conocer y amar la virtud.

La dificultad está en lo primero; porque en casi todos los sistemas de educación se han padecido muchos errores acerca de la manera de presentar la idea de la virtud en todas sus ramificaciones: nosotros nos limitaremos en este artículo a señalar algunas máximas generales que deben tener presentes los institutores morales del bello sexo.

1. La virtud religiosa no consiste en las prácticas de la devoción, sino en el cumplimiento de los deberes y en el ejercicio de las virtudes morales, combinado con la idea de la presencia del Ser Supremo que las mandó y las premiará, y con la frecuente memoria de sus beneficios en el orden sobrenatural. A un sexo tierno debe presentarse continuamente el amor de Dios como el premio de las virtudes; pero debe combatirse la inclinación bastante general de las mujeres a todo lo que es exterioridad y prácticas minuciosas.

2. Las obligaciones de las mujeres son muchas, fastidiosas y continuas: no hay un hombre capaz de cumplirlas. Deben pues ser muy severos los principios de moral que se les enseñe, y el primero de todos ha de ser la vigilancia consigo mismas y con todos los objetos que las rodean.
3. Para las mujeres es una obligación lo que para los hombres es un premio de la virtud; a saber, la buena fama y reputación. El hombre la recobra aunque haya llegado a perderla: la mujer no. Se le debe decir muchas veces, que no le basta ser buena: le es preciso además parecerlo. El pudor que es natural al bello sexo les hace fácil el ejercicio de esta máxima.
4. Inspirad a las mujeres la virtud de la caridad, y habréis completado su educación moral. En ellas la compasión es un tormento y la beneficencia un placer. Dirigid hacia el indigente, hacia el enfermo, hacia el infeliz, ese raudal inagotable de ternura que la naturaleza depositó en sus almas, y las habréis librado de grandes peligros.- Cop.

## APÉNDICE D

Sin firma "Sobre la excesiva locuacidad"

La conversación es como una sociedad mercantil: cada uno debe poner en ella su capital y ser partícipe del producto.

El que siempre calla es un socio que quiere tener parte en el producto, sin exponer ningún capital.

El que siempre habla es un capitalista que quiere llevarse todos los productos del negocio.

En general, cada uno gusta más de vender en la conversación su propia mercadería, que de adquirir la ajena, y en vez de formar cabal idea de los demás, aspira a darla de sí propio.

Agitados no pocos por el afán de charlar, anhelan tener siempre la palabra sin cederla un punto sólo: de ahí nace que hablan de todo: de un libro nuevo después de haber leído cuatro o cinco páginas salteadas, de una máquina sin haber visto más que un pedazo de ella, de un cuadro por que tuvieron ocasión de admirar el marco, y deciden y sentencian sin instrucción ninguna, semejantes al juez de Aristófanes, que, encerrado por sus padres en un patio, quiso dirimir la disputa de dos perros.

Los inconvenientes a que se expone el que habla demasiado son:

- 1º El de fatigar sus pulmones.
- 2º El de verse obligado a repetir las mismas cosas, vicio que produce fastidio en los oyentes, y revela los límites de su talento.
- 3º El de exponerse a decir desatinos queriendo hablar de cosas que no le son familiares, y a manifestar que ninguna sabe; pues los que saben bien una cosa se abstienen de hablar de las que ignoran.
- 4º El de ofender a los que <sup>si</sup>quieren hablar mientras él no calla.
- 5º El de hacer a los demás mucho más severos al juzgarle.

- 6º El de estorbar la difusión de ideas mejores que las suyas.
- 7º El de descubrir, tal vez, por dar pábulo a su discurso, los secretos ajenos; haciéndose así indigno de ellos y privándose de la confianza de sus amigos.
- 8º El de olvidar muchas veces las reglas del decoro, el carácter de las personas con quienes habla, el lugar en que se halla, la situación de los ánimos, &c. Para cautivar exclusivamente la atención, se pone de pie, gesticula muchísimo con manos y cabeza; y si se atreve cualquiera, no digo a poner <sup>14</sup>encuadra su infalibilidad, que sería por cierto una horrible impertinencia, sino hacerle alguna objeción, le vuelve gentilmente las espaldas, compadeciéndose para su sayo la sencillez del interlocutor, o le responde como hacía la Pitia, que se mostraba furiosa cuando no sabía como dar solución a un problema importuno.

Estos habladores sempiternos, cabezas generalmente superficiales, y tal vez privadas de sentido común afectan saber lo que ignoran, comprender lo que es superior a sus conocimientos, poseer lo que ciertamente les falta. ¿Se trata de una noticia? para ellos es ya añeja; ¿de una ciencia? la han estudiado; de un acontecimiento extraordinario? fueron testigos de él; ¿de un juego?, ellos se lo enseñaron a su nieto; y por parecer instruidos, apartan de sí todos los medios de adquirir instrucción.

Siempre sucede que el carro vacío es el que mete más ruido.

Cop.

## APENDICE D

Sin firma "Educación y condición social de las mujeres en París"

En las cercanías de París hay muchos colegios o casas de pensión para señoritas, en los cuales se educa la mayor parte de la población femenina de esta capital, sin excluir las principales familias: estas casas están generalmente bien situadas y ventiladas; tienen hermosos jardines y arboledas, baños y escuelas de equitación y de gimnásticas. En ellas se enseñan además de los ramos elementales, costura, bordado, dibujo, baile y las lenguas italiana, inglesa y alemana. El costo total de cada pupila oscila entre 175 y 200 pesos al año, incluyendo la mesa, el lavado y todos los demás gastos menudos, excepto la ropa. El único ramo que se paga por separado es la música a razón de 60 pesos al año: a las niñas inglesas o americanas de los Estados Unidos se les rebajan 36 pesos porque no tienen que estudiar su idioma. Hay algunas escuelas aún más económicas; en las cuales por 150 pesos pueden obtener iguales ventajas.

Las niñas entran en ellas generalmente entre doce y trece años, y permanecen hasta los diez y ocho o diez y nueve, que es el periodo señalado por las costumbres parisienses para que se presenten en la sociedad. En estos establecimientos se pone mucho esmero en todo lo que se refiere a la salud, modales y apariencia exterior de las pupilas, pero su religión y moralidad se mira como cosa de especie secundaria y en este lamentable abandono las escuelas siguen el impulso de la sociedad. Sin embargo, a las niñas protestantes se les conduce con urbanidad al servicio divino en las capillas de su secta cuando hay oportunidad para ello. La influencia del clero católico es de consiguiente, poca o ninguna en estos colegios, aunque se debe añadir, en honor de la verdad, que su régimen interior es muy discreto y moderado.

Los corsés están generalmente proscritos en ellos, a causa de que en París ya no se mira una cintura delgada como una perfección, sino más bien como una deformidad: de aquí es que la mayor parte de las enfermedades del pecho y de la espina dorsal que hacen tantos

estragos en las niñas inglesas, son desconocidas entre las educandas en estas casas. En cambio se les enseña con gran prolijidad a vestirse con sencillez, con gracia y elegancia.

El viajero que visita las galerías del Louvre, los museos, bibliotecas y otros establecimientos públicos, se admira del gran número de mujeres que se encuentran por todas partes, y si se les dirige la palabra, se les encuentra familiarizadas con las obras mejores de las bellas artes, y con los nombres de los escritores eminentes. Las directoras de colegios conducen con frecuencia sus pupilas a estos sitios para que se aprovechen en sus estudios históricos y mitológicos.

Las mujeres de París hacen mucho ejercicio al aire libre, abundan a ciertas horas en las plazas y paseos, y sobre todo en los actos públicos. La libertad con que se en estos casos codean a la muchedumbre para abrir paso, deja atónitos a los extranjeros. En las revistas y ejercicios militares las mujeres de todas clases componen la masa principal de los espectadores. A la verdad la mujer goza en Francia una especie de supremacía de que no se tiene idea en otros países, presidiendo en todas las diversiones, y aun muchas veces en los negocios, y toman siempre el primer lugar con la seguridad de un monarca que sabe que no han de disputársele: en el interior de la familia, el marido se eclipsa, y la mujer es la que recibe las visitas y arregla todo el ceremonial como si fuera la única propietaria.

El placer es el objeto universal de las mujeres en Francia, y de aquí es que nunca se las ve desazonadas ni de mal humor, en sus semblantes está siempre pinçada la sonrisa, y para no salir de este estado de beatitud terrenal están fuera de su casa todo el tiempo posible. Todo lo que es diversión o entretenimiento lo buscan con ansia, y si sobrevienen disgustos o lances desagradables se desentienen de ellos mientras pueden, y cuando no hay medio de evitarlos, prefieren arrojar al Sena. Su casa es el único lugar que miran con hastío: un lugar destinado solamente para satisfacer las necesidades indispensables y para dormir. Una cama, una mesa, cuatro o seis sillas, una o dos piezas sin alfombras ni tapices, he aquí la suma de todas las conveniencias domésticas de la clase media de París.

## APÉNDICE D

Sin firma "Pensamientos de un soltero"

De una esposa el afecto, la dulzura,  
 Do quier del hombre templan la fatiga.  
 Del grave arado con la reja dura  
 Desplazando el rústico la tierra  
 sobre los surcos el sudor prodiga.  
 A la tarde retirase agobiado:  
 Gime, va a sucumbir a tanto peso;  
 Mas ve a su esposa, y siéntese aliviado.

Heredia.

Si yo fuera casado, renunciaría<sup>a</sup> todas las extravagancias que marcan los días de la vida de un soltero; esa insensata prodigalidad que no acarrea por lo regular más que tristes resultados; esos festines campestres que fatigan el cuerpo y atormentan el espíritu; esos amigos que hacen reír por la noche y evitamos su encuentro a la mañana siguiente.

Si yo fuera casado, querría amar a mi mujer, por <sup>lo</sup> que debe ser un suplicio vivir con una persona que no se ama. Bien sé que hay muchas casas en que los esposos apenas se ven una hora al día, pero me parece que debe ser más dulce buscar uno a su mujer que huir de ella.

Si yo fuera casado, no querría que mi mujer llamase la atención con su figura, ni con su talento, ni con su adorno, ni con sus modales, y, sin embargo, desearía que tuviese todas estas cualidades.

Si yo fuera casado, pocas veces me encontrarían solo en el teatro y en los paseos, puesto que no temería ser visto al lado de mi mujer, y menos temería aún el ridículo con que los fatuos y los tontos quieren revestir a los buenos maridos. Las tres cuartas partes del número de estas gentes se parecen al zorro de la fábula: no pueden alcanzar la felicidad y tratan de vengarse mofándose de las personas dichosas.

Si yo fuera casado, querría tener muchos hijos, porque ellos forman la cadena que enlaza estrechamente a la mujer y al marido.

Si yo fuera casado, querría tener un gabinete particular para trabajar tranquilamente, pero no me agradaría permanecer en el veinte y cuatro horas.

Si yo fuera casado, no correría tras de todas las mujeres por que no querría amar sino a la mía; y aun trataría de ser amable con ella delante de las otras a fin de que conocieran la dicha de mi esposa, y la envidiaran, sería atento con la belleza; buscaría la sociedad de un sexo que amaría siempre, y mi mujer no se incomodaría, puesto que al tomar una flor, es permitido respirar el aroma de otras.

Si yo fuera casado, no sería celoso, por que los celos engendran el mal humor, y éste hace huir los amores, no sería confiado porque las mujeres toman muy a menudo la confianza por indiferencia, y acaso las arrastra a cometer una falta.

Si yo fuera casado, querría tener mucha amistad con mi mujer, por que la amistad sigue al amor; querría también que tuviese talento, que fuera afecta a la lectura y a la música, por que una mujer que ama las artes nunca se fastidia cuando está sola, y si el marido tiene precisión de ausentarse con frecuencia dejando sola a su mujer, la expone a que preste oídos a las distracciones que le ofrezcan.

Si yo fuera casado, llevaría a mi mujer con más frecuencia al teatro que a las tertulias; en el baile la dejaría bailar con otras personas, pero no consentiría que valsase más que conmigo.

Si yo fuera casado, no querría que mi mujer tuviese una amiga íntima, cuya conversación buscara más que la mía y a la que tuviera yo necesidad de guardar consideraciones por temor de no incomodar a mi esposa.



En fin: si yo fuera casado, escogería con cuidado las personas que ha\_bía de recibir en mi casa; despediría muy pronto a esos mo-zalbetes que, por casualidad, van siempre a la hora que el marido ha salido; no dejaría salir a mi mujer sino con su marido, no ten-dría amigos complacientes, que siempre están prontos a ofrecer su brazo y que tienen las bolsas llenas de billetes de teatro; por\_que nunca apartaría de mi memoria que eso hacía yo cuando era soltero.

Traducido por J.M. Andrade.

## APENDICE D

Camilo Bros "Ensayo histórico sobre las modas"

No todos nuestros lectores han de tener gusto en leer un artículo de física y de ideología: tal vez alguna hermosa y elegante señorita tomará de vez en cuando con amable dejadez nuestro humilde periódico para engañar el tiempo, reconciliar el sueño, o hacer pasar con menos pena el intervalo eterno que hay entre la recepción de un perfumado y blanquísimo billete y la cita que en él se da. Al ver el rumboso y científico título: de Ensayo histórico sobre las modas, es fuerza que se excite su curiosidad, y deseará saber si las antiguas matronas romanas usaban medias, calcetas, y basquiña, gorro o peineta de olla: si los valientes y frugales espartanos adornaban su cabeza con una elegante peluca, un diminutivo casquete o un enorme tupé; si usaban chupines, levitas de invierno o sombreros de tres picos: en fin, debe desear conocer el origen, progresos, decadencia y resurrección de todas las partes que componen el traje y adorno de una señorita o de un señorito de moda: creemos, pues, que los artículos cuyas traducciones presentaremos sucesivamente, con sus respectivas adiciones y comentarios adaptados a nuestras circunstancias, llenarán sobradamente tan interesante y noble objeto.

Edad. Esta palabra nunca debe pronunciarse antes, después ni durante el tiempo que una mujer está en el tocador.

La edad es el único secreto que guardan inviolablemente las mujeres, y aun hay muchos hombres que en este particular se les asemejan.

Las mujeres griegas, según Homero, empezaban a contar sus años desde el día de su casamiento. Este método era muy honroso para los maridos, y muy cómodo para las señoras, que podían siempre pasar por jóvenes, cuando se habían casado demasiado tarde.

Lord A\*\* respetaba tanto esta insignificante vanidad que hace ocultar la edad a la mayor parte de las mujeres, que al principio de cada año solía decir a la suya señora: ¿qué edad quiere tener usted este año? Los amigos de Lord\*\* se admiraban de ver que su señora esposa quedó estacionaria, por mas de diez años en los veintiocho.

Entre nosotros lo mismo que entre los romanos, griegos o ingleses, ninguna mujer quiere ser tenida por vieja, y cuántas amistades se han interrumpido, cuántos matrimonios se han deshecho por esta insulsa, imprudente y fastidiosa pregunta: ¿cuántos años tiene usted?

Aconsejamos, pues, a nuestros lectores mucho de hacerla a ciertas señoras y cuya rugosa frente y talle encorbado, están denunciando el anacronismo que hay entre sus adornos juveniles y elegantes y su vuestro físico. Por el contrario, el mayor placer que puede causarse a una tierna joven es el de ponerla en el duro caso de confesarnos que tiene quince años entrados en diez y seis; si encontramos esta dichosa oportunidad, debemos repetir la pregunta de cuando en cuando, y será mejor hacerla delante de la mamá, porque se infiere entonces que la tal señora tendrá de treinta a treinta y un años, como debe decirse, pues nunca estará de más quitarle veinte años de encima.

En México hay un método cronológico muy expedito para conocer la edad que tienen realmente las niñas de cincuenta años. Nuestros cronistas ocurren para esto a las llegadas de los virreyes Lacroix o Branciforte, a la peste de las viruelas, a la aurora boreal o a la última inundación de México.

No es difícil encontrar algunas veces una reunión de </> señoras matusalénicas, cuyas edades sumadas se elevarían a algunos siglos, preguntémosles su edad, y sacaremos por consecuencia que una niña que asistió a la jura de Fernando VII y que tal vez es viuda de un reverendo inquisidor, tiene ahora quince años entrados en diez y seis.

B.

## APÉNDICE D

## D. "Novias y queridas"

Uno de los preceptos del decálogo que observo yo con más escrupulosidad es, a no dudarlo, el que nos prohíbe hostilizar a la mujer del prójimo; y bien sea por miedo, bien por virtud, bien por egoísmo (que de todo puede haber), dejo a los esposos en el goce de todos sus derechos y preeminencias, y busco amores entre las solteras. Todo el mal que con éstas pueda sobrevenir, es el de que lo califiquen a uno con el dictado de novio, sinónimo en el día de tonto. Yo, sin embargo, no rehuyo cargar con toda la ridiculez de este epíteto, que a tantos se ha aplicado, se aplica y se aplicará, y cuya odiosidad se desvanece con el tiempo. En una palabra, me decido por Platón.

Esta determinación arraigada hace mucho tiempo en mi corazón, contribuyó a que lo estuviera más aún una conversación que tuve con un antiguo amigo.

Dos son los nombres que se dan las mujeres cuando le favorecen a uno: novia o querida. Estos dos nombres que tantos confunden, los concibo yo de tan diferente manera, bajo tan distintos colores, como pudiera concibir la noche y el día; lo blanco y lo negro. Trataré este asunto, ya que ha caído en mis manos, con todo el decoro y circunspección que se merece. Yo, desde luego, me decido por la primera; es mi fuerte.

Empezaremos por la querida, que es lo que más abunda en el día; y haré sólo de ésta varias subdivisiones.

- 1º La querida que quiere al hombre que la quiere, y que no da nada por este cariño; ésta es la clase más noble.
- 2º La querida que quiere al hombre que no la quiere, y que da por que la quieran; ésta es la clase más odiosa.
- 3º La querida que no quiere, y a quien el hombre no quiere, y que por razones incomprensibles, se mantienen en una política, armoniosa a veces, exabrupta otras, y siempre fría; ésta es la más divertida; es como los cumplimientos de los diputados en el Congreso; "mi digno amigo", "mi ilustrado compañero", etc.

No hago más subdivisiones porque en las ya hechas dejo sobreentendidas a las viejas, '1' a las casadas y a todo el sexo en fin que se encuentre en este caso.

La primera subdivisión poco o nada ofrece qué decir, y este cariño '1' sólo existe en los jóvenes.

A la segunda pertenecen sólo las viejas verdes, que olvidando las arrugas imprudentes de los años, tratan de ocultarlas, valiéndose de cuantos inventos ha sugerido y sugiere diariamente la química. ¡Cuán caras compran éstas las ilusiones de un momento! Porque no pasan de ser ilusiones, y no ilusiones floridas, doradas, como las de la juventud, sino secas y ajadas, como su edad.

No las llamo placeres por no profanar este nombre; porque para gozar se necesita vida, pasión; y allí no hay sino costumbre, vicio. Pero si es despreciable la mujer vieja que se compra a sí misma, ¿cuánto más despreciable será el hombre que se vende en estos términos? No entro a discutir el punto de los viejos que compran a los jóvenes; éstas no forman parte de la especie que queremos definir: éstas están todavía algunos escalones más abajo que aquellas.

Réstame ahora la tercera subdivisión que es la que más me divierte, y en la que pueden comprenderse jóvenes y viejos, porque todos entran en ella, porque a todos es peculiar el fastidio y el hastío.

Cuando veas, amado lector, alguna pareja, sea cualquiera su edad, que con la risa en los labios, tratan de guardar en la sociedad todas las apariencias de buena armonía; que se deshacen en cumplimientos el uno para el otro, obsérvalos sin embargo, y no te dejes engañar por aquellos falsos matices. Obsérvalos, te repito, y verás a través de aquella sonrisa, de aquellos cumplimientos, un vacío en sus corazones, y un vacío que no es dado llenar al objeto a quien se dirigen. Ninguno de los dos se atreve a salvar la valla; ninguno se atreve a ser el primero; porque han hecho ya como costumbre esa vida, y porque (y es lo más cierto) temen la censura de esa sociedad que escarnecieron, y olvidaron ellos también después.—Estos no se aman, no; se temen.

Descifrado ya este punto pasemos a las novias, que son las que yo prefiero. Éstas sólo existen entre las solteras o las viudas, por consiguiente no hay marido que asuste, no hay escondite que encierre. Al lado de la novia se pasan las horas como momentos. Una

sonrisa, una mirada suya nos deja más contentos, más satisfechos, que todos los favores de una querida.

A mí me sucede que cuando mi morena me mira de soslayo, pierdo los estribos estando a pie, y no trocaría mi suerte por la de Mahamud. ¿Y por qué ese entusiasmo?, me dirán algunos, ¿saben por qué, señores míos? Porque allí hay pasión, esperanza, porvenir, ilusiones, y esto es la vida, la vida fantástica, la vida que hace gozar; porque la vida sin esto es nada; la vida sin ilusiones, sin esperanzas, es una monótona cadena de horas tristes; de días más, más tristes aún; en fin es una vida que procuraré no pasar nunca, por lo que hace tiempo busqué una novia que coloqué sobre las niñas de mis ojos, y mirando los suyos suelo quedarme muchas veces con la boca abierta. D

## APÉNDICE D

Mariano José de Larra "Las palabras"

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! Nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan: un poco fiero, algo travieso, eso sí, pero en cuanto a lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffon y Valmont de Baumare, me dijese que animal, por animal que sea, habla y escucha. He aquí precisamente la causa de su superioridad, me dirá un naturalista, y he aquí precisamente <sup>la</sup> de su inferioridad, según pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente a un león devorado del hombre (cualidad única en que puede compararse el hombre al león), preséntele un carnero, y verá precipitarse a la fiera sobre la inocente presa, con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva, que está por satisfacer. Preséntele al lado un artículo de un periódico el más lindamente escrito y redactado, háblele de felicidad, de orden, de bienestar, y apártese algún tanto, no sea que si lo entiende, le pruebe su garra, que su única felicidad consiste en comérsela.

El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramente que el gamo no es pera a oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa, porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razón, a la simple vista huye el segundo del primero, y éste es el orden, el único orden posible. Déseles el uso de la palabra: en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal o cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sábios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones a los demás, a quienes creen que importan; el león más fuerte subirá a un árbol y convencerá a la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir a su albedrío, sino para obedecerle a él, y

no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre a las cosas, y llamando a una robo, a otra mentira, a otra asesinato, conseguirán no evitarlas, sino llenar de delinquentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio; el noble bruto que dormía tranquilamente las veinticuatro horas del día, se desvelará ante la fantasma de una distinción, y al hermano a quien sólo mataba para comer, mátales después por una cinta blanca o encarnada. Déles en fin el uso de la palabra y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambición; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia; querrán goberno como cosa indispensable, y en la clase de él ¿estarañ de acuerdo?, ¡vive Dios!, éstos se dejarán degollar por que los mande uno solo, afición que nunca he podido entender; aquellos querrán mandar a uno solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiero decir... (o mejor no sé lo que quiero decir) los que manden a los de baja cuna, allá no habrá diferencia de cunas... ¡Qué confusión! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusión: los animales, como no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario, el hombre habla y escucha; el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la mujer; cree en la opinión, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo en lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. Dígale que tiene talento.-Cierto -exclama en su interior. Dígale que es el primer ser del universo.-Seguro -contesta. Dígale que le quiere - Gracias -responde. de buena fé. ¿Quiere llevarle a la muerte?, trueque la palabra y dígale: -Te llevo a la gloria: irá. ¿Quiere mandarle?, dígale sencillamente: -yo debo mandarte. - Es indudable -contestará.

He aquí todo el arte de manejar a los hombres. ¿Y es malo el hom-



bre?, ¿qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán y no palabras. "El hambre, ¡oh lobos! -decidles-, se ha acabado; ahogado el monstruo para siempre.- Mentira, gritarán los lobos, al redil, al redil; el hambre se quita con cordero".

La hidra de la discordia, ¡oh ciudadanos! -dice por el contrario un periódico a los hombres- yace derribada con mano fuerte; el orden, de hoy más, será la base del edificio social; ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte; el iris de paz (que no significa paz) luce después de la tormenta (que no se ha acabado): de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomún...etc. etc.

¿Ha dicho hidra de la discordia, justicia, procomún, horizonte, iris y legalidad? Ved en seguida a los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones. ¡Haravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Después de un breve diccionario de palabras de época, tómese el tiempo que quiera; con sólo decir mañana de cuando en cuando, y echarles palabras todos los días, como echaba Enéas la torta al Cancerbero, duerma tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre...palabras todo, ruido, confusión: positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

I N D I C E      G E N E R A L

## ÍNDICE GENERAL

Agradecimientos . . . . .	3
Introducción . . . . .	4

## ESTUDIO

I. CONTEXTO NACIONAL EN EL QUE SURGE EL MUSEO POPULAR

1. Hechos históricos . . . . .	9
2. Ciencia, técnica y educación . . . . .	13
a) Obras que revolucionaron el pensamiento del hombre .	13
b) Tratados, teorías y leyes que surgieron durante los primeros treinta y nueve años del siglo XIX . . . . .	14
c) Descubrimientos, inventos y bienes culturales . . . . .	14
d) Educación . . . . .	16
3. Romanticismo y costumbrismo	
a) El romanticismo . . . . .	18
b) El costumbrismo . . . . .	21
c) El romanticismo en México . . . . .	22
d) El costumbrismo en México . . . . .	25

## II. LETRAS NACIONALES

1. Los maestros . . . . .	26
a) Figuras sobresalientes . . . . .	27
b) La Academia de Letrán . . . . .	30
2. Las publicaciones periódicas . . . . .	32

## III. EL MUSEO POPULAR

1. El título . . . . .	36
2. Guillermo Prieto y Camilo Bros, ¿editores? . . . . .	37

3. Definición de la revista . . . . .	42
a) Objetivos . . . . .	45
b) Formato . . . . .	49
c) Géneros literarios . . . . .	51

#### IV. LOS CUADROS COSTUMBRISTAS EN EL MUSEO POPULAR

1. Definiciones . . . . .	54
a) Conceptos . . . . .	54
b) El género . . . . .	56
2. El cuadro costumbrista mexicano . . . . .	59
a) El texto . . . . .	61
b) El escritor . . . . .	63
3. El cuadro costumbrista en <u>El Museo Popular</u> . . . . .	67
a) Anónimos . . . . .	68
b) Camilo Bros . . . . .	71
c) Ramón de Mesonero Romanos . . . . .	74
d) Guillermo Prieto . . . . .	79
e) Lorenzo de Zavala . . . . .	90

#### V. EL ENSAYO MORAL EN EL MUSEO POPULAR

1. Definiciones . . . . .	92
2. El ensayo moral en <u>El Museo Popular</u> . . . . .	94
a) Anónimos . . . . .	94
b) Camilo Bros . . . . .	102
c) D. . . . .	102
d) Mariano José de Larra . . . . .	103

VI. ÍNDICE GENERAL DE <u>EL MUSEO POPULAR</u> . . . . .	106
VII. CUADROS ESTADÍSTICOS SOBRE <u>EL MUSEO POPULAR</u> . . . . .	117
VIII. CONCLUSIONES . . . . .	122
BIBLIOHENEROGRAFÍA	
1. Bibliografía de consulta general . . . . .	126
2. Hemerografía consultada . . . . .	
a) Periódicos . . . . .	136
b) Textos en publicaciones periódicas . . . . .	139
NOTAS A PIE DE PÁGINA . . . . .	144
APÉNDICES	
A. Prólogo de Guillermo Prieto a la edición de la segunda época de La Linterna Mágica, de José T. de Cuéllar. . . . .	149
B. "Cuadros de costumbres", de Guillermo Prieto . . . . .	155
C. Los cuadros costumbristas en <u>El Museo Popular</u> . . . . .	164
D. Los ensayos morales en <u>El Museo Popular</u> . . . . .	206

-----